

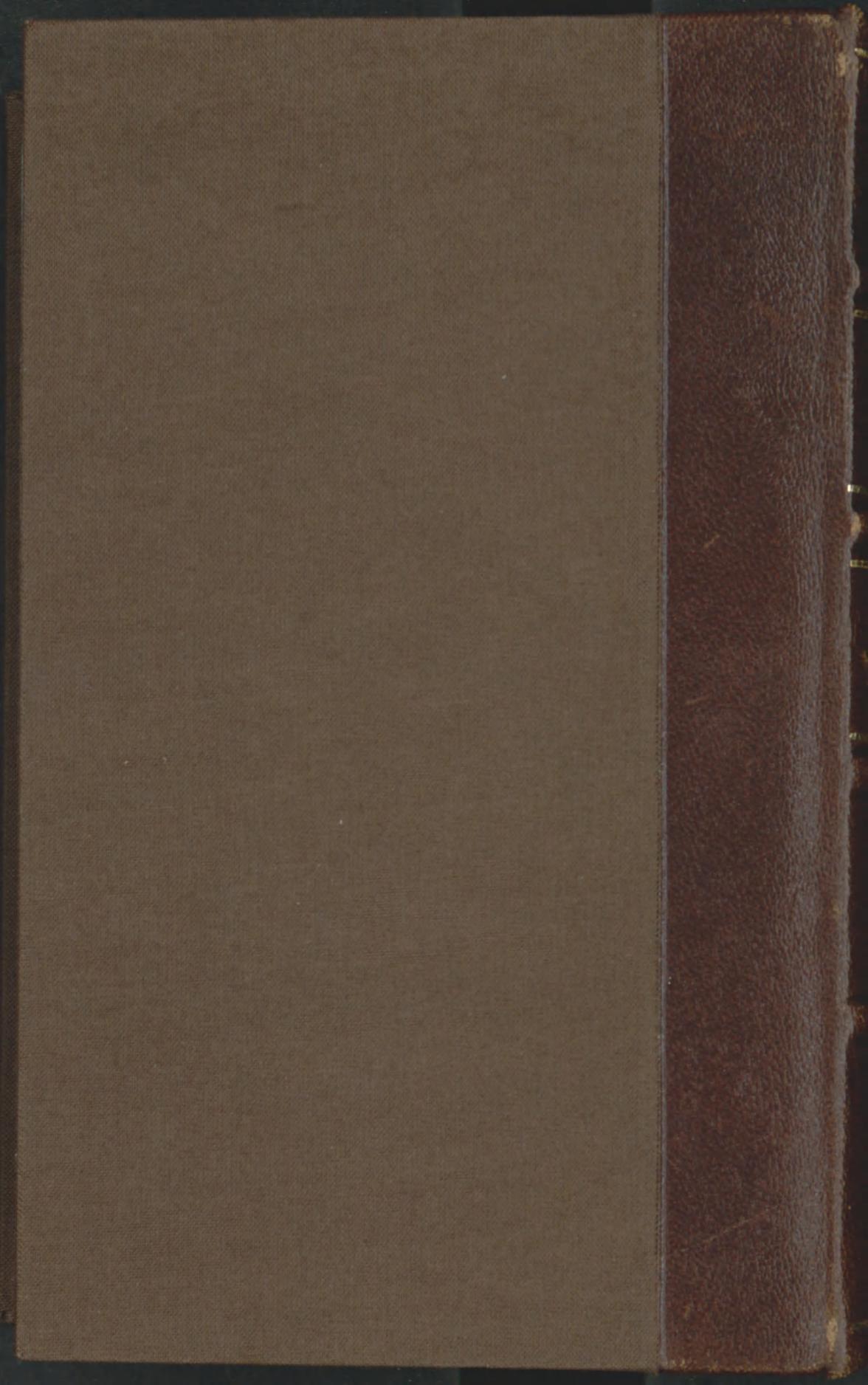


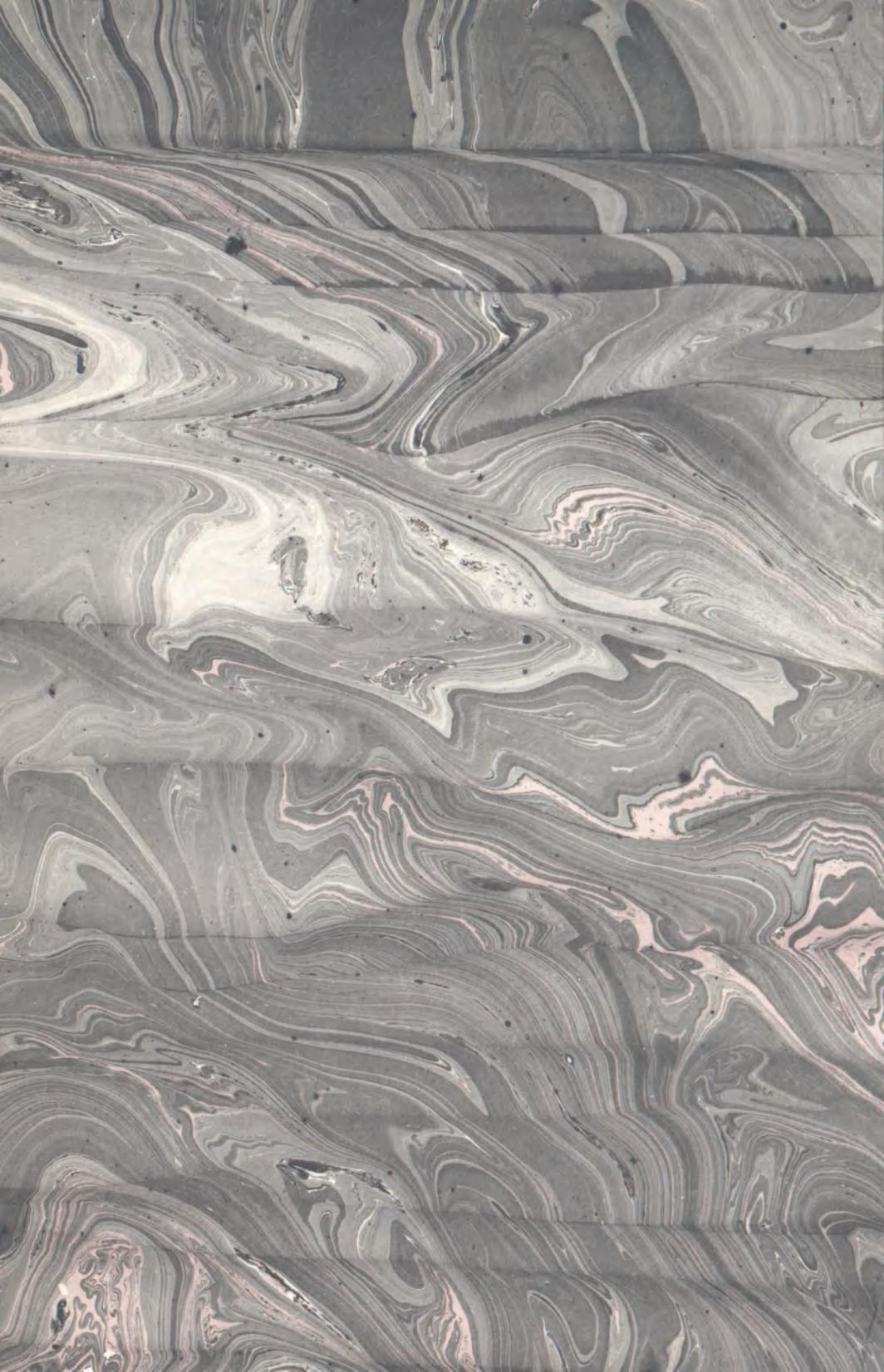
LEON - BOYD

EL AÑO
ARISTOCRÁTICO
1914 ~ 1916



1916







Centas
18000ph

R.1753

EL AÑO ARISTOCRÁTICO.--1914-1916

**Reservados los derechos de
propiedad artística y literaria**

LEÓN-BOYD
(ENRIQUE CASAL)

EL AÑO ARISTOCRÁTICO

(COMPENDIO DE LA VIDA ELEGANTE)

1914 - 1916



VOLUMEN SEGUNDO

28 MAYO 1997

CON OCHENTA Y OCHO LÁMINAS FOTOGRÁFICAS



De ti para mí

ACE ahora justamente dos años que desde las primeras páginas de otro libro mío tuve también el honor—como lo tengo hoy—de dirigirme a ti, amigo lector. Fué, entonces, con ocasión de publicar mi libro *Fiestas aristocráticas*. ¿Te acuerdas tú de él? ¿Recuerdas tú aquel conjunto de páginas en las que se detallaban todas las fiestas del año social desde Octubre de 1913 a Junio de 1914? ¿Vive aún en tu memoria, si no el recuerdo de mis pobres crónicas, la grata impresión que pudiera producirte—que te produciría seguramente—aquella colección de retratos que con mis artículos te ofrecía yo?

Pues heme aquí otra vez ante tu vista con este nuevo libro, es decir, con el segundo tomo de la obra que con *Fiestas aristocráticas* he querido comenzar. Solo que éste no se llama como aquel de hace dos años. Y no se llama así porque *Fiestas aristocráticas*—su nombre lo indica—no contenía más que los ecos de fiesta, las notas alegres de la temporada, y el de ahora, este AÑO ARISTOCRÁTICO que descansa en tus manos como en su mejor librería, contiene ¡ay! con muchas alegrías, muchas penas también.

¿Has creído, acaso, que voy a hablarte de la guerra porque he hecho alusión a los pesares? No, no. Yo no voy a hablarte de la campaña que riega de sangre los campos dorados por el sol; yo no voy a hablarte de la lucha fiera que devasta hogares y parte cora-

zones, no; yo no voy a hablarte de esta tragedia mundial—tan reñida a mi modo de ver con el progreso, precisamente en los momentos en que el progreso adquiere mayor preponderancia y desarrollo—, aunque sus efectos se han dejado notar bien a las claras en nuestra vida de sociedad.

Aludía a las penas que han puesto en nuestra alma las desapariciones de tantas personas queridas como nos han abandonado en estos dos últimos años; aludía, también, a que la sociedad madrileña no ha mostrado ese grado de animación y de bullicio que hubiera sido de esperar si las circunstancias hubiesen sido otras, si esta guerra cruel... ¿Pero es que voy a tener que hablar de la guerra? No, no, no puedo, ni debo, ni quiero. Ahora bien; que como se ha reflejado en todas las cosas de la vida ¿cómo no aludirla? ¿Cómo no decir que, por la guerra, no ha habido en estos dos años fiestas en las representaciones diplomáticas cuando nosotros nos acordamos de que fueron precisamente las Embajadas y Legaciones las que con más brillantez mantuvieron la animación de la vida de sociedad en los últimos años? ¿Cómo no decir que por la guerra han disminuido muchas rentas y, por consiguiente, se han reducido mucho los gastos y no se han abierto algunas Casas? ¿Cómo no decir que, aunque la posición fuera la misma, no está el espíritu en ese «tren» de fiesta que es lógico que esté cuando uno se encuentra contento y satisfecho?

No. En estos dos últimos años, desde Octubre de 1914 a Julio de 1916, las fiestas no han menudeado tanto; en cambio las penas forman un capítulo más que numeroso.

Aquí están, de unas y de otras, los ecos más salientes; de todas sería imposible; y si sigues leyendo y vas pasando páginas, irás recordando por el orden cronológico de meses y de días, todos los sucesos a los cuales seguramente has asistido tú: la boda, la recepción, el baile, el *bridge*..., el duelo; sin olvidarnos de las noches del Real y los miércoles de la Princesa y las tardes espléndidas de las Carreras de Caballos y de alguna que otra nota de arte que haya tenido eco brillante en la temporada que se comprende en este tomo.

Hemos puesto «en la temporada» y hemos puesto mal; hemos querido poner «en las temporadas» porque son dos las que se na-

rran. Animados por la acogida feliz que todos dispensasteis a *Fiestas aristocráticas*—muchas y muchas gracias, señores míos—, pensamos nosotros ahora hace un año el segundo volumen de esta obra. Pero pasó el tiempo y no lo hicimos. Amigos buenos—que por fortuna no nos faltan, aunque no abundan—nos preguntaron varias veces por nuestra obra comenzada que, a juicio de ellos y claro que también al nuestro, era interesante; y alentados por estas preguntas, por estos juicios, por el éxito—¿se me tachará de inmodesto?—de mi libro anterior y porque creemos de buena fe (como creemos siempre las cosas) que este libro, andando el tiempo y rodando los años, será un libro curioso que reflejará las costumbres de una época, nos hemos decidido a continuar nuestra comenzada colección y a servirlos el número dos de lo que comenzó llamándose *Fiestas aristocráticas* y se titula ahora EL AÑO ARISTOCRÁTICO.

Bajo esta última denominación admite el libro más variedad y por tanto puede dar más idea de la vida del gran mundo en sus diversas manifestaciones. Naturalmente que en el presente tomo—como abarca dos años—hemos tenido que reducirnos mucho y aun así ya veis el número de páginas que alcanza; pero queremos que este libro llegue a ser un verdadero anuario mundano. Aún faltan muchas cosas, aún no es lo que nosotros tenemos pensado, lo que nuestra imaginación soñó cuando apagada la luz de nuestra habitación y dispuestos al descanso nos hemos puesto a pensar en vez de dormir. Pero principio quieren las cosas, ya que la perfección no se consigue del primer intento... ni del último.

He aquí, pues, este nuevo libro. Cuando publiqué el anterior decía: que será el primero... y el último según la acogida que se le dispense. Dios y vosotros, amables lectores, habéis querido que publique el segundo... ¿Para qué hablar más por ahora? Si la acogida es también feliz y bondadosa vendrán el tercero y el cuarto y el quinto y... qué sé yo. Espero no cansarme de esta labor de coleccionista puesto que sólo he hecho eso; coleccionar unas cuantas de mis crónicas diarias y publicarlas aquí reunidas. Tendrán, a buen seguro, no sé cuántos defectos; bien lo siento; pero la intención que puse en ellas y la rapidez con que fueron escritas las salvarán de sus pecadillos.

Para terminar. Con mis crónicas os va una espléndida colección

de fotografías que no debo elogiar porque os la presento y en su presentación está su elogio—no en balde las firman quienes tienen conquistado un nombre y una reputación—y una portada que ya habréis admirado cuando hayáis llegado a estas líneas. Es de Juan Antonio Benlliure, ese maestro de la pintura delicada y exquisita; ese artista brillantísimo tantas veces laureado y cuyos cuadros se ven—y se miran, que no es lo mismo ver que mirar—en muchos salones aristocráticos; ese pintor admirable cuyas obras tienen toda la suave elegancia de su espíritu y todo el refinamiento de su gusto. Es, al fin y al cabo, un Benlliure.

Y nada más.

Aquí tenéis la vida de dos años sociales. Esto es lo mejor. Lo peor es que al lado de la Vida, que sólo ha puesto rosas en el alma, está también la Muerte que ha hecho florecer crisantemos en nuestro corazón.

León-Boyd

OCTUBRE - 1914



S. A. R. el infante don Fernando.

(Fot. Franzen)



Su Alteza la duquesa de Talavera de la Reina.

(Fot. Kaulak.)

Boda en Fuenterrabía.

S. A. R. el infante don Fernando
y S. A. la duquesa de Talavera.

CEN el palacio que los marqueses de Villasinda poseen en Fuenterrabía, situado en una pintoresca altura, cerca del Peñón del Cantábrico, se ha celebrado esta mañana la solemne ceremonia del matrimonio de S. A. R. el infante don Fernando de Baviera con S. A. la señorita María Luisa de Silva, duquesa de Talavera de la Reina.

La capilla se había instalado en un salón del primer piso del palacio, adornado con magníficos tapices, y el altar, todo él adornado con profusión de blancas flores, ofrecía un precioso golpe de vista.

La duquesa de Talavera, que llegó a la capilla del brazo de su padre el conde de Pie de Concha, primer introductor de Embajadores, vestía elegante traje blanco, adornado con antiguos encajes; ostentaba también la preciosa diadema regalo de SS. MM. Su alteza real el infante don Fernando vestía el uniforme de gala de la Escolta Real, cruzando su pecho con la banda de Carlos III.

Bendijo la unión el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, que pronunció una breve y elocuente oración sagrada. En la misa ofició el padre jesuita Pedro Lardizábal, hermano de un cuñado de la novia, asistido del padre Manzanos y de otro capellán de la Real Capilla, además del notario de la misma, señor Morales de Setién.

Apadrinaron a los nuevos esposos los padres del infante don Fernando, SS. AA. el príncipe Luis de Baviera y la infanta doña Paz, que no han podido venir de Munich a causa de la guerra, quienes confiaron su representación a la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos, tía de la novia, que llegó ayer a San Sebastián, y al conde de Pie de Concha.

En representación del ministro de Gracia y Justicia asistió el director general de los Registros, señor Jorro y Miranda, que levantó acta, actuando como secretario un alto funcionario de la Dirección.

Su Santidad el Papa envió su bendición especial para los novios.

Suscribieron el acta como testigos, por el Infante, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla, que había llegado de su castillo de Butrón; los duques de Luna y Victoria, el vizconde de Uzqueta, jefe de la Escolta Real, y el capitán Pulido, ayudante de S. A.; por la duquesa de Talavera, su hermano, el marqués de Zahara; su hermano político, el señor Lardizábal; el duque de Medinaceli, el subsecretario de la Presidencia, marqués de Santa Cruz, y el marqués de Camarasa.

Asistieron únicamente a la ceremonia algunas personas de la intimidad de la familia del conde de Pie de Concha y los parientes, figurando entre ellos la señora de Lardizábal, los condes de Villamarciel y los señores de Sanjuanena.

A la una de la tarde se sirvió un banquete de 50 cubiertos, al que asistieron las autoridades de Fuenterrabía, que también habían estado presentes en la ceremonia.

En los alrededores del hotel se habían reunido numerosas personas de la colonia veraniega y del vecindario de Fuenterrabía.

El infante don Fernando y la duquesa de Talavera han donado 500 pesetas para los pobres, rehusando los agasajos que pretendía hacerles el Ayuntamiento.

El conde de Pie de Concha ha recibido hoy numerosos telegramas de felicitación.



La duquesa de San Carlos, el nuncio de Su Santidad, la duquesa de Talavera, el infante don Fernando y el conde de Pie de Concha, en la terraza de «Villa Linda», inmediatamente después de la boda.

La fiesta del Pilar en los salones.

CUÁNTO tiempo hacía que el día del Pilar no se abrían los salones de la marquesa de Squilache? Mucho. Hacía mucho tiempo que la ilustre dama no pasaba en Madrid el día de su santo. Desde San Sebastián se trasladaba a París, y a París era donde envlábamos sus amigos nuestra felicitación a esta Pilar aristocrática. Pero ya que las circunstancias, ciertamente dolorosas, por que atraviesa Europa han impedido este año ir a París a los españoles que pasaban el otoño en la capital de Francia; ya que la marquesa de Squilache se encuentra en Madrid, trabajando—¡y cómo no!—en la Junta de damas de la suscripción en favor de los repatriados; ya que ayer era su santo y estaba entre nosotros, dió orden de recibir a cuantos fueran a felicitarla, y sus salones se llenaron de distinguidísima concurrencia.

¿Me preguntan ustedes que si había flores? Un vergel. Pocas veces se ven tantas y tan mercedamente enviadas: claveles, lilas blancas, rosas, violetas, camelias, nardos... que rebosaban, aromatizando el ambiente, de grandes *corbeilles*, de centros de plata y de cristal, de jarroncitos de fina porcelana. Y el tono variado de los colores ofrecía una linda decoración.

Las primeras felicitaciones que recibió fueron de la Casa Real. Sonó el teléfono muy tempranito, y SS. MM. las Reinas y S. M. el Rey y SS. AA. los infantes brindaron a la dama su deseo de felici-

dad; después comenzaron a llegar por cientos cartas, telegramas y tarjetas, muchas de ellas de Centros obreros que la marquesa protege, no faltando la de los huérfanos del Asilo de Jesús, de San Martín, que la marquesa no olvida; y más tarde comenzaron a llegar sus amigos, que, como es sabido, son legión: aristócratas, políticos, literatos, militares, artistas, académicos, todo, en fin, lo que representa algo en España.

La dama de la Reina, vestida de negro por el luto de Corte con motivo de la muerte del Rey de Rumania, recibía a sus amistades con esa amabilidad que tantas simpatías y afectos le ha creado, y todas ponían en sus labios su más cariñosa felicitación:

—Marquesa: mil felicidades, muchos años de vida y mucho humor para hacer caridades y presidir fiestas.

La concurrencia fué numerosa, y la conversación, naturalmente, teniendo en cuenta la calidad de los reunidos, fué muy amena y variada, aunque el tema de la guerra, en el que las damas tomaron no escasa parte, fué de los que principalmente se escucharon ayer. A pesar de las diversas opiniones, todos deseaban el rápido fin de la campaña.

Señalemos unos cuantos nombres de los que recordemos haber visto ayer en el palacio de la plaza de las Cortes. Señora y señorita de Dato, esposa e hija del jefe del Gobierno; el ex presidente del Consejo conde de Romanones y la condesa, el ministro de la Guerra y la condesa del Serrallo, el marqués y la marquesa de Valdeiglesias, la duquesa viuda de Sotomayor (que por celebrar también *sus días* era muy felicitada) con una de sus lindas hijas, el director de la Guardia civil y la generala Luque, la señora y señorita de Castro y el duque y la duquesa de Ahumada.

La duquesa de Pinohermoso, el conde de Esteban Collantes y sus dos hijas María y Manolita, la condesa y la condesa viuda de Vilana con sus dos hijas la señora Gil Delgado y la bellísima Lolita Cassani, la señora de Bermúdez de Castro y Amparito Quiroga y Navia Osorio, la señora de Serrat, hija de aquel inolvidable diplomático-escritor don Juan Valera; la condesa de Aguilar de Inestribas y la señorita de Carvajal, la condesa viuda de Peña-Ramiro, las marquesas de Villabrágima, Marín y Frontera y la señora viuda de Gayo.

La señora de Santos Guzmán con sus hijas la marquesa de Miravalles y María Luisa, la condesa de Agrela, el conde y la condesa de Maceda y la vizcondesa de Fefiñanes, el conde y la condesa de San Luís, el señor y la señora de León y Ramos, la marquesa de la Viesca, el gobernador de Madrid y la señora y señorita de Sanz y Escartín, la dama de la infanta Isabel, señorita Margot Bertrán de Lis; la señorita María Matilde de Hocés, hija de la duquesa viuda de Hornachuelos; la condesa de Aguilar y una de sus hijas, y el conde y la condesa de Belascoain y sus dos hijos, uno ya oficial del regimiento del Rey y otro aventajado alumno de la Academia de Infantería.

El presidente del Senado, general Azcárraga; los capitanes generales marqueses de Estella y Tenerife; los condes de Superunda, Montelirios y Casal; el marqués de la Calzada, el arzobispo de Granada, los académicos marqués de Laurencín y Fernández de Béthencourt, el general Loygorri, el ilustre doctor Tolosa Latour, el pintor Martínez Abades, Lastra, Escalera, Santa María, Gual Torella, Méndez Vigo, Manera y algunos más.

En el comedor fué servido un espléndido té.

Por la noche la marquesa comió rodeada de una docena de buenos amigos.



La duquesa de Fernán-Núñez, la condesa de Alcubierre y otras aristocráticas Pílares fueron asimismo muy felicitadas. Y hubo una Pilarcita—la señorita de Gómez-Oña—que festejó su santo vistiendo su primer traje largo. Estaba encantadora. Y a saludarla acudieron muchos amiguitos. No sé si fué verdad o lo he soñado yo; pero quiero recordar como que alguíen murmuró al oído de la nueva mujercita, mientras en el piano vibraban los acordes de un vals de moda:

Con tu vestido largo,
recogido tu pelo,
y con la luz que nace
en tus ojazos negros,
me gustas más que antes
y más que antes te quiero.

Yo no sé fijamente si se lo recitaron; pero si no fué así, debió serlo.

*
* *

En cambió—¡ay!—hubo otros salones en los que todo fué recuerdo doloroso de una hija perdida entre el oleaje del mar y hallada después en la misma orilla, como si las aguas, luego de arrebatarse su existencia, hubiesen querido ofrecerle el cuerpo inanimado a los inconsolables padres. También se llamaba Pilar la señorita que con su muerte ha puesto desde hace mes y medio mucho luto en el corazón y muchas lágrimas en los ojos: Pilar Jordán de Urríes, hija de los marqueses de San Vicente y de Velilla de Ebro.

¿Cómo no recordarla ayer, primer año que nos faltaba? ¿Cómo no musitar una oración por el descanso de su alma, elevada al cielo entre las blancas olas del mar? ¿Cómo no ir a casa de los infortunados padres?

Y fuimos.

Y nos los encontramos llorando.



Señorita Pilar Jordán de Urries y Ruiz de Arana, hija de los marqueses de San Vicente y de Velilla de Ebro.



Señoritas María de la Concepción y María Cristina Macías.

Dos bodas. Las señoritas de Macías y los señores Melgar y Maycas.

CN la iglesia de San Jerónimo el Real se celebraron ayer tarde los enlaces de dos encantadoras hermanas: María de la Concepción y María Cristina Macías, hijas del teniente general, director del Cuerpo de Carabineros, con los señores don José Nicolás de Melgar, hijo menor de la marquesa de Canales de Chozas, y don José de Maycas y de Meer, hijo del consejero del ferrocarril del Norte de igual apellido.

El cuadro que ofrecía el presbiterio del artístico templo era bellissimo; engalanáronse sus muros con ricos paños de damasco grana; encendiéronse todas las arañas; el altar mayor desaparecía casi totalmente entre blancas florecillas de azahar y profusión de luces, y allí, en sus rojos reclinatorios, se destacaban las figuras de las dos enamoradas parejas; ellas, con sus elegantes vestidos de desposada, adornados con encajes y guirnaldas de las simbólicas flores, con sus largas colas cayendo sobre los alfombrados peldaños de la escalinata, y velando con sus albos velos los negros cabellos; ellos, de levita, el señor Maycas, y con el uniforme de los maestranes de Ronda, el señor Melgar. Y completando la armonía del cuadro, los cuatro padrinos y los testigos, todos de uniforme.

María de la Concepción y don José de Melgar fueron apadrinados por la distinguida señora de Macías, madre de la novia—una Ramírez y Cortés perteneciente a antigua e ilustre familia anda-

luza—, sobre cuya negra *tollette* refulgía un soberbio *pendantiff* de brillantes, y por el marqués de San Juan de Piedras Albas, hermano mayor del novio, figurando como testigos, por parte de ella, el secretario de S. A. la infanta doña Isabel, don Alonso Coello; el director de la Guardia civil y ex ministro general Luque, y el ex ministro doctor Cortezo, y por la de él, los duques de Osuna y de Maqueda, el ex ministro marqués de Figueroa, el marqués de Ariany y el conde de Sallent.

De María Cristina y de don José Maycas fueron sus padrinos la generala Obregón y el padre del novio, y sus testigos, por ella, el conde de Castillo-Fiel, el capitán de Artillería señor Ramírez y el jefe de la Casa militar de S. M. el Rey, general Aznar, y por él, su hermano don Enrique y los señores Sánchez Roldán, Flores (don Carlos) y don José Argota.

Bendijo los enlaces el párroco de San Jerónimo, don Antonio Calvo, que pronunció una oración elocuente enalteciendo el Sacramento del matrimonio. Cuando les dió a los nuevos esposos su bendición, los sonos del órgano rasgaron el augusto silencio con la marcha de *Lohengrin*.

La concurrencia fué muy distinguida. Unos nombres. El duque y la duquesa de Sessa, la duquesa viuda de Almenara Alta y su hermana la señorita de Téllez Girón. Las marquesas de la Regalía, Canales de Chozas, Figueroa, Cenía, Ariany, Conquista, Alboloduy, Peñafuente y viuda de San Miguel de Híjar. Las condesas de Oliva, Villamonte, Castillo-Fiel y viuda de Campo Alange. La baronesa de Andilla. Las señoras y señoritas de Azcárraga, Melgar, Urrutia, Canthal, Coloma, Maycas, Zaragoza, Rodrigáñez, Fernández de Córdoba, Palacio, Ossorio de Moscoso, Santa Cruz, Latorre, Salamanca, Aznar. El presidente del Senado, general Azcárraga; el capitán general marqués de Tenerife, los condes de Oliva y Villamonte, los marqueses de la Regalía, Cenía y Alboloduy; el presidente de la Audiencia provincial de Madrid, señor Ortega Morejón; los señores general Macías, Halphen, Retortillo, Canthal y muchos más.

Todos fueron obsequiados espléndidamente en uno de los salones del Palace, el hotel elegante que es centro de la sociedad madrileña.

Los señores de Melgar marcharon a sus posesiones de Avila; los de Maycas, a las suyas de Mataespesa.
Sean muy dichosos.



Los señores de Melgar celebraron sus velaciones en Avila el primer domingo de Noviembre, en el oratorio privado de la casa-palacio del marqués de Canales de Chozas, propiedad hoy del de San Juan de Piedras Albas, siendo apadrinados por la señorita Dolores de Melgar, primogénita del marqués de Benavites, y por el duque de Parcent, conde de Contamina y patrono del convento de Mosén-Rubí de la ciudad citada.

La ceremonia tuvo efecto en familia, oficiando en ella el maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral y prelado doméstico de Su Santidad, don José Caro y Romero.

NOVIEMBRE - 1914

San Carlos. - Nuestra tarjeta.

AL día como hoy puede decirse que se inauguraba la temporada aristocrática madrileña. San Carlos. Y San Carlos era esperado como la fecha de animación en la sociedad de Madrid. Ya se sabía. La tarde de San Carlos, como la del día del Patrocinio—segundo domingo de Noviembre—, era de rigor ir al hotel de los barones del Castillo de Chirel a felicitar al barón y a la baronesa; los salones se abrían de par en par, la juventud bailaba sin descanso, los tresillistas y *bridgistas* ocupaban sus mesas y los amigos de conversar charlaban de todo en animados grupos. Se saludaban unos y otros después de sus excursiones veraniegas, contábanse sus impresiones, hacíanse pronósticos para el invierno; renacía, en fin, la vida social.

Y todo el mundo acudía a la casa de la calle de Ayala sin previa invitación. No las había, ni hacía falta. Se sabía de antemano y de todos los años; era cosa ya clásica que el día de San Carlos y el del Patrocinio de Nuestra Señora se iba a casa de los Chirel a felicitar a esta ilustre familia.

Las horas se pasaban muy gratas, muy felices, y siempre se presentaban en estas tardes algunas de las señoritas que empiezan a florecer en la vida de sociedad. Sus madres decían, refiriéndose a sus hijas pequeñas:

—Las he traído como un anticipo de lo que luego han de frecuentar y porque se trata de una fiesta por la tarde.

Y con las conversaciones de la vida de sociedad se mezclaban las charlas políticas, en las que solía descubrirse alguna noticia o algún plan, que callábamos luego porque así lo dictaba la discreción.

Este año no ha habido nada de esto. Los salones no se han abierto, las arañas no se han encendido, los valsos no han resonado, la alegría ha desaparecido de allí, y en su lugar se ha enseñoreado la tristeza. La familia de los Castillo de Chirel, tan unida, tan íntima, tan cariñosa, llora en vez de reír; y es que la muerte de la virtuosa Magdalena Frígola de Muguero, ocurrida el último verano, segó de los labios de los Chirel toda sonrisa y arrancó de su alma todo espíritu de diversión.

La sombra y el recuerdo de la hija adorada, muerta en pleno vivir, flotan en el ambiente; nos parece verla, nos parece oirla; a buen seguro, de haber entrado hoy en los salones la hubiéramos buscado para saludarla, como la buscábamos otros años; porque se resiste uno todavía a creer en muchas tristes realidades. Pero son así, realidades y tristes—como casi todas las realidades—, y hay que creerlas.

No ha habido, pues, hoy fiesta en el hotel de los ilustres aristócratas, ni la habrá el próximo domingo; en lugar de charlas, hay rezos; en vez de risas, lágrimas. Pero, aun sin haber fiesta, los amigos de la amable familia hemos acudido a su casa a dejar una tarjeta. Porque nos acordamos del Carlos de este año, que priva, por desgracia, sobre el de años anteriores. Y ya que no con una felicitación, porque no era posible, hemos dejado nuestra tarjeta, como un recuerdo de nuestra amistad.



El duque de Rivas.
(De un grabado de don Bartolomé Maura.)

Una pérdida dolorosa.-El duque de Rivas.

 EN las primeras horas de la tarde nos ha sorprendido la noticia. Trabajábamos en nuestro despacho iluminado por los débiles rayos de un sol de otoño, cuando hemos oído que nos decían:

—El duque de Rivas ha muerto.

Y de las cuartillas hemos levantado la pluma y a los tiempos pasados hemos llevado la memoria y hacia lo alto hemos alzado nuestros ojos. Porque con el duque de Rivas, con éste don Enrique Ramírez de Saavedra y Cueto, desaparece una figura ilustre en la Nobleza y en las Letras, una figura clásica y respetada en los salones madrileños.

La noticia nos ha entristecido. Porque amantes de todo lo hidalgo, de todo lo verdaderamente distinguido, de todos los timbres honrosamente ganados, vemos desaparecer una figura prestigiosa que a su gran caballerosidad supo unir con gallarda dignidad la herencia gloriosa de su padre el insigne autor del *Don Alvaro*. Las fortunas las hereda cualquiera bien; los apellidos hay que saberlos heredar. Y no es cosa fácil heredar un apellido y un título ilustres y mantenerlos sin decadencia en las altas regiones del talento.

Desde hace algunos años el duque de Rivas estaba alejado de la vida social por su edad y sus achaques: contaba ahora ochenta y siete años. Alguna vez se le vió concurrir al Senado para tomar parte en alguna votación importante. Muy rara vez asistió

en esos últimos tiempos a las sesiones de la Academia Española.

Pertenece a la antigua y noble Casa española de los Saavedra, oriunda de Galicia, cuyo origen se hace remontar a los primeros tiempos de la Reconquista. El primer duque de Rivas, con Grandeza de España, fué don Juan Martín Pérez de Saavedra y Ramírez, sexto marqués de Rivas, marqués del Villar, caballero mayor de la princesa de Asturias.

El duque de Rivas que acaba de morir era hijo del insigne poeta, cuarto poseedor del título, y de doña María de la Encarnación Cueto, hermana del marqués de Valmar. Nació en la isla de Malta, por encontrarse allí emigrados sus padres, a causa de los sucesos políticos en que tan activa parte tomó el famoso autor del *Don Alvaro*.

Poeta como su padre, don Enrique Ramírez de Saavedra cultivó con gran brillantez las aficiones literarias desde su juventud, cuando hacía sus estudios en Sevilla. Allí publicó sus primeras poesías, llenas de inspiración, que luego formaron el precioso libro *Sentir y soñar*. A éste siguieron más adelante la leyenda *La hija de Alimén*, la novela histórica *La leyenda de Hixem II*, la colección de cuentos y narraciones *Historias novelescas*, el notable libro *Impresiones y fantasías*, y otros de leyendas, romances y diversas poesías, que le valieron el figurar entre nuestros primeros poetas y el ser llevado a la Real Academia de la Lengua.

Figuró también en política, primero en el partido moderado y luego en el conservador. Fué concejal y teniente de alcalde de Madrid, diputado a Cortes y senador del reino. Fué también ministro plenipotenciario cerca del Rey de Italia, llevando entonces el título de marqués de Auñón.

En 1868, al triunfar la Revolución, acompañó a la Reina Isabel II en el destierro, hasta la proclamación de Don Alfonso XII.

Entre otras muchas condecoraciones, poseía el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro y el de Carlos III.

Hermanos del finado duque fueron doña Octavia, marquesa de la Ribera; doña Malvina, marquesa del Villar y de Torneros; don Gonzalo, marqués de Bogaraya; doña Corina, marquesa de Aranda y de Guimarey y Señora de Rubianes; doña Leonor, marquesa de Heredia; el marqués de Villalobar, el marqués de Viana y el conde de Urbasa.

Menos las marquesas de Aranda y de Heredia, viudas hoy de estos títulos, que, por fortuna, viven todavía, todos los demás han fallecido.

El finado duque, que, como toda su ilustre familia, gozaba generales simpatías y respetos, estaba casado con una distinguida y virtuosa dama: doña Celina Alfonso Aldama. De este matrimonio sólo queda una hija, la marquesa de Villasinda, que se encuentra en Lisboa, con su esposo, el ministro plenipotenciario de España.



—¿No es verdad que el talento, la cultura y el donaire son característicos en los Rivas?—me decía una ilustre dama cuando con ella conversaba a mi regreso del entierro.

—Verdad, mucha verdad. Todos han heredado aquellas cualidades del gran literato. Y por cierto que no es caso frecuente.

Peró en esta familia de los Rivas no ha habido excepción. Como el duque que acaba de fallecer, todos sus hermanos tenían algo de literatos y poetas; todos eran, o son, amenos conversadores, y tenían, o tienen, extraordinaria simpatía, como el difunto marqués de Bogaraya y el anterior marqués de Viana, tan queridos en Madrid.

En la tertulia que la duquesa viuda de Rivas, esposa del autor de *Don Alvaro*, mantuvo hasta su muerte, reuníanse todos sus hijos. Fué aquél uno de los últimos salones madrileños en que se rendía culto a la conversación. Como la tertulia terminaba siempre tarde, muchas veces acudían a ella los que salían del Real y otros teatros. La duquesa entreteníase en hacer colchas de encaje, por ejemplo, y cuando el criado anunciaba a una de las exquisitas de entonces, la dama dejaba caer suavemente bajo la mesa la labor, diciendo:

—Ahora no puedo seguir que entra «una elegante».

Tertulianos constantes de la duquesa eran sus hermanos, el marqués de Valmar, don Antonio Cánovas del Castillo, don Juan Valera, Menéndez y Pelayo, Moret, el general Primo de Rivera, don Gaspar Muro, Cañete y otros ingenios.

De los hijos del duque de Rivas viven aún, por fortuna, como ya hemos dicho, doña Corina, marquesa viuda de Aranda, y doña

Leonor, marquesa viuda de Heredia. Las personas que tratan a estas dos ilustres damas admiran en ellas todas las cualidades de los Rivas. Su conversación encanta por la amenidad y el gracejo, a las que acompañan una verdadera cultura.

La marquesa viuda de Aranda estuvo casada con aquel inolvidable marqués de Aranda y Señor de Rubianes, secretario casi perpetuo del Senado, el cual se captó tan grandes simpatías en la Cámara, que a su muerte se hizo colocar su retrato en la sala de secretarios. Hijos de este matrimonio son el actual marqués de Aranda, la marquesa de Guímarey, viuda del marqués de Casa-Pavón, y la condesa de Maceda.

La marquesa viuda de Heredia se distingue, como su hermana, por el donaire de su conversación. Estuvo casada con aquel ilustre caballero, también poeta, que llevó dicho título. Hijos suyos son el actual marqués de Heredia y la condesa de Doña Marina.

La actual duquesa viuda de Rivas, doña Celina de Alfonso y Aldama, vive retirada desde hace algunos años por su estado de salud. De su matrimonio con el finado duque tuvo cuatro hijos: don Hernán y don Tello, fallecidos hace algún tiempo; doña Consuelo, fallecida también, que casó con don Gabriel Anduaga, cuya hija mayor heredará el título de duquesa de Rivas, y doña Clemencia, marquesa de Villasinda, que, como ya queda indicado, es la única que vive.

Descanse en paz el ilustre escritor y poeta, que fué espejo de caballeros y de hombres amantes de su Patria, y reciban su viuda, sus hijos y demás deudos, a cuyo duelo nos asociamos, nuestro sincero pésame.

Los restos del autor de "Don Alvaro"

Ya que dedicamos estas páginas a la familia de los Rivas, recogemos aquí—aunque lo que se relata aconteció en Diciembre—las siguientes líneas, recordando así nuevamente aquella figura gloriosa cuyo solo nombre nos mueve a admiración y respeto:

Nos referimos al traslado a la Sacramental de San Isidro de los restos mortales del insigne poeta y político don Angel Ramírez de Saavedra, duque de Rivas, autor del *Don Alvaro*.

Al acto de la traslación, que se verificó primeramente, asistieron los albaceas, testamentarios del último duque, sus hijos políticos, señores Anduaga y marqués de

Villasinda, y los nietos y bisnietos del egregio vate, marqueses de la Ribera, Rocamora, Elduayen, Torneros y Viana; condes de Maceda y Doña Marina, y señores Roca de Togores y Liñán y Heredia.

Desde ese día los restos del autor de los *Romances históricos* descansan al lado de los de su esposa, doña Encarnación de Cueto, hermana del primer marqués de Valmar.

El duque de Rivas falleció en Madrid el 22 de Junio de 1865, y su cadáver recibió sepultura en la iglesia del convento fundado por su santa antecesora doña Beatriz Ramírez de Mendoza, condesa del Castellar, nieta de *La Latina* y madre del primer marqués de Rivas; título que ganó por sus proezas en Flandes, elevando a marquesado el antiguo e histórico señorío, que poseía ya el legendario Gracián Ramírez, conquistador de Madrid, y tronco de las grandes Casas de Bornos y de Rivas, separadas a la muerte del ganador de Málaga, Francisco Ramírez *el Artillero*.

El convento y la iglesia se hallan situados sobre el solar del antiguo castillo de Rivas, en uno de los sitios más pintorescos de las márgenes del Jarama y muy próximos a Vicálvaro.

La inauguración del Real.

A recobrando la vida aristocrática madrileña su habitual animación del invierno. Sus partidas de *bridge*—dígalos la jugada anoche en casa de la marquesa de Squilache—, sus bailecitos vespertinos en este o en el otro hotel, sus comidas, aunque íntimas; y para que ya no falten los días de abono en los teatros elegantes, el lunes se abre la Princesa con el estreno de *Las flores de Aragón*—bonito título y dícese también que bonita obra—, y anoche se inauguró el Real con esa ópera magna, del gran Wágner, *La Walkyria*.

—Pero ¡cómo! ¿Se ha inaugurado el Real?

—Anoche, ya lo ha dicho usted.

—Pues no decían...

—Decían eso, sí, señor; que no iba a haber temporada, que el Real iba a permanecer cerrado, que...; pero tales temores han quedado anoche claramente desvanecidos, y ya lo habían sido antes cuando todos los que tienen sus palcos de propiedad se habían apresurado a sacar sus abonos: Fernán Núñez, Medinaceli, la antigua y nueva Sociedad de Palcos, las de la Caza y la Gran Peña... ¿Para qué seguir?

Tenemos, pues, Real porque así debía suceder, aunque claro es que el que deba suceder una cosa no es causa bastante en la vida para que suceda, sino casi casi para todo lo contrario; pero, en fin,

tenemos Real—como hay teatros también en Berlín que no se han cerrado a pesar de la guerra—, y anoche se inauguró brillantemente con *La Walkyria*.

—¿Admira usted a Wágner?

—Le venero.

—¿Y hace algunos años?

No contestaron. Y es que Wágner, el músico insigne, el renovador de la técnica, tan discutido, tan loco, tan extraviado, a juicio de algunos, al principio de conocer sus obras, es hoy, en opinión de aquellos mismos, un gran coloso. Wágner no ha variado. Wágner, supremo artista, sufrió el calvario destinado a todos los innovadores, a todos los genios.

Bien. Pues anoche se inauguró el Real, y la sociedad madrileña acudió al regio coliseo, abriéndole aquella sala, de por sí soberana. El efecto—en cada palco asomaba un grupo de damas y damitas—era precioso. ¿Una mirada por los palcos? Al instante.

En uno, el embajador de Italia y la condesa de Bonin-Longare, con la señora de Bañer. ¡Buen palco! La diplomacia, la hermosura y la bondad, todo reunido. En otro, el duque y la duquesa de Valencia y la condesa de la Corzana y la duquesita de Algete; en otro, la marquesa de Villalba, los señores de Sarthou y la marquesita de Selva Alegre; en otro, la marquesa de la Viesca y la señorita de Vadillo; en otro, las marquesas de Valdeiglesias y López-Bayo; en otro, la vizcondesa y el vizconde del Castillo de Genovés con la señora de Canthal; en otro, la marquesa de San Miguel de Híjar con sus hijos los condes de Sierrabella y el señor y la señora de Vázquez de Zafra. (Vázquez de Zafra era muy felicitado por su nombramiento de secretario de la Alta Cámara.) En otro, la marquesa de Aguiar con la señorita de Ramonet; en otro, la condesa de Romanones y su hija política la marquesa de Villabrágima; en otro, la marquesa de Olivares y las señoras de Franco y Bascaran; la condesa de Torre-Arias con la duquesa de Plasencia y las marquesas de Santa Cruz y Torneros; la duquesa de Lécera y sus hijas las señoritas de Silva; la señora de Bermúdez de Castro y la señorita de Quiroga y Navía Osorio; la vizcondesa de Rodá y la señorita de Jordán de Urrés; la señora de Castro Casaléiz, la de Laiglesia (D. E.) y la señorita de Somió; la condesa del Rincón,

la de Alcubierre y su hija la marquesita de Espinardo; la señora de Núñez de Prado y su hija; la señora de Gayo, la de Propper y la de Navarro Reverter (D. E.); la marquesa viuda de Amboage, las señoritas de Salazar, la duquesa de Sotomayor, las marquesas de Jura Real y Villatoya, las señoritas de Escrivá (hijas del barón de Cortes, empresario hoy del teatro Real), las señoritas de Figueroa y Bermejillo, hijas de los duques de Tovar; Canillejas, Castellar, Adanero y algunas más.

En butacas había también brillante concurrencia.

Y unas y otras damas elogiaron la exquisita belleza—aparte de su arte, exquisito también—de la señorita Fitziu, que fué una encantadora Siglinda.

DICIEMBRE - 1914

La inauguración de la Princesa.

LA inauguración de la Princesa es siempre una fiesta de arte y de sociedad. No en balde dirigen el aristocrático coliseo María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

—¿Ha dicho usted María Guerrero y Fernando Mendoza?

—Eso he dicho.

—Pues como si hubiese exclamado: verdaderos defensores de las tradiciones y prestigios de nuestro arte dramático.

Quien así dijera tendría razón, y creo que así opinarán todos los que recuerden la labor de este ilustre matrimonio.

Y anoche, a la novedad de la inauguración, unióse el interés del estreno de una obra de Marquina que lleva por título *Las Flores de Aragón*. La sala estaba brillante, pues a las personas aristocráticas que figuran en la lista de abonados a lunes de estrenos, se sumaba todo ese público especial de las primeras representaciones: políticos, escritores, autores, críticos, los que todo lo encuentran bien, que son los menos, y los que todo lo encuentran mal, que son los más, porque es mucho más fácil criticar que escribir. ¡Ah! si todos los que critican trabajaran con la pluma... no pondrían tanta acidez en sus juicios.

Bien; pues la sala veíase totalmente ocupada, y claro es que tratándose de la Princesa que tiene por director a Díaz de Mendoza, no hay que decir que el drama de Marquina fué puesto en esce-

na con gran decoro y propiedad. Las decoraciones, que reproducen una estancia del castillo del marqués de Villena, en Orgaz; un salón del palacio de la Reina viuda Doña Isabel de Portugal, en Madrigal, y otra estancia del palacio del obispo Carrillo, en Valladolid, son muy acertadas; reproducen fielmente la arquitectura de la época.

Muy sobrios en su alhajado los palacios de aquel tiempo, no hay ocasión para hacer alarde de lujo en las decoraciones. Llamen la atención, sin embargo, los antiguos muebles, entre ellos característicos arcnes, con artísticos herrajes; los sillones de alto respaldo, y otros, adornados con preciosas tallas.

En la indumentaria de los actores se admira la misma propiedad; como que los modelos han sido exactamente copiados de antiguas estampas. María Guerrero luce en el primer acto un magnífico traje, de brocado de oro sobre fondo violeta; velo de malla de oro, y peinado con cocas.

Las señoras fijaban su atención en la gran artista, encontrándola más delgada y más guapa después de su viaje a América. Su arte, exquisito siempre, no ha cambiado.

Con mucha propiedad vestían las demás actrices, y la señorita Ladrón de Guevara muy linda en su papel de mesonera aragonesa.

La misma fidelidad se observa en los trajes de los caballeros, con sus características cotas y calzas, sus jubones y sus petos de acero. Díaz de Mendoza lleva en el primer acto una especie de dalmática bordada, antigua; muy bien Thuillier en su traje de obispo guerrero, y muy bien el cardenal, representado por Medrano.

La sala, como decimos, ofrecía el más animado aspecto. En un palco estaba la condesa de Pardo Bazán, recién llegada de Meirás, con sus hijas, la generala Cavalcanti y la señorita de Quiroga. Muchas personas fueron a saludar a la ilustre escritora y a departir con ella, pues bien sabido es con cuánto gusto se escuchan sus juicios.

En otros palcos estaban el ex presidente del Consejo conde de Romanones, con su hija la duquesa de Pastrana; la duquesa viuda de Sotomayor y marquesas de Caicedo y Valdeiglesias; condesa de Montarco y señora de Ordóñez; condesa de Bugallal y señora de Linares Rivas con las señoritas de Bugallal; señora viuda de Hoff-

man, sus hermanas, la de Coghén, y señorita de González Álvarez y señorita de Sterling; duquesa de Tetuán y su hija, marquesa viuda de la Laguna y la condesa de Requena, marquesa viuda de Amboage, señoritas de Villavicencio, Igual, Retortillo (don Alfonso), Álvarez Quintero, Carvajal y otras muchas.

Asistieron también algunas de las extranjeras que se encuentran en Madrid, entre ellas la señora de Sucre, con su madre.

La velada, en suma, muy agradable. Al terminar, las espectadoras aristocráticas se daban cita para el miércoles, primera reunión de la sociedad madrileña.

El día de la Concepción.

No fué el día de ayer, como lo era otros años, muy atareado para la sociedad aristocrática. Son mayores, en la balanza de la vida, las penas que las alegrías, y el platillo se inclina hacia el lado del reposo y del silencio que impone el dolor.

Antes el día de la Concepción... ¡Jesús! ¡Dios mío! Aquello era no descansar... Aquel palacio de la marquesa de la Laguna en el que se reunía todo Madrid, desde que el marqués falta no se abre. Ayer sólo recibió la marquesa a contadas personas.

La duquesa de Baena y su hija la marquesita de Villamanrique; la condesa de la Viñaza, esposa de nuestro embajador en el Vaticano, recién llegada de Roma; la señorita de Heredia, dama particular de la Reina; la señora de Castro y Casaléiz, esposa del embajador de España en Viena... todas fueron muy felicitadas.

Conchita Dato, hija menor del presidente del Consejo, ¡vaya si se vió agasajada! Aquel gabinetito suyo era un jardín. Claro que lo es siempre, aunque no sea el santo de Conchita, porque ella, por sí, es una flor, y muy linda, que vale por todas las demás. Pero ayer estaba encantador.

Muchas personas fueron después a casa de los señores de Santos Guzmán y allí felicitaron no sólo a la distinguida esposa del ilustre ex ministro y consejero de Estado, sino también a su bellísima hija la señora de Suárez de Tangil, que asimismo estaba de *días*.

¿Mucha concurrencia? Veamos el desfile: marquesas de Squilache, Ahumada, Navamorcuende, Conquista, Seijas, viuda de Aldama, Santa Coloma, Perijáa, Torralba, Argüelles, Garcillán, Puebla de Rocamora, Guevara, Zornoza, San Miguel de Híjar, Valdefuentes y Valdeiglesias; condesas de Aguilar de Inestrillas, Atarés, Castronuevo, Giraldeli, Aguilar, Peña-Ramiro, Torrubia y Vilana, y señoras y señoritas de Flórez, López Chicheri, Amblard, Calbetón, Montojo, Carvajal y Quesada, Linares Rivas, Cárcer, Bascaran, Ezpeleta, Rosales, Vázquez Zafra, viuda de Cárdenas, Soriano, viuda de Alcalá Galiano, Cejuela, viuda de Santana, viuda de Orfila, Reyna, Du-Quesne, Traumann, Santa Cruz, Huelin, Agrela, Molans, Seijas, Díaz, Carvajal, Otero, Almagro, Elizaga, Rózpide, Fernández Maquieira, viuda de Ojeda, Alvarez y otras más.

No será preciso decir que se pasaron unas horas muy agradables.

La bellísima condesa de Velayos, que festejaba también *sus días*, no abrió sus salones, y la condesa de la Unión, que se encuentra en Zarauz al lado de sus padres los duques de Granada y de Villahermosa, vió testimoniadas las muchas simpatías con que cuenta por numerosos telegramas de felicitación que la remitieron a la histórica residencia conocida por el palacio de Narros.

Y así transcurrió el día de ayer. Y veremos a ver cómo transcurre el del año próximo.



La marquesa de la Habana.

(Fot. Franzen.)

Muerte de una gran dama. La marquesa de la Habana.

HA fallecido en la mañana de ayer. Su muerte no nos ha sorprendido; pero nos ha llenado de dolor. En la sociedad aristocrática—en la que ocupaba puesto preferente por derecho propio—causará también la triste noticia sentimiento muy vivo.

¡La marquesa de la Habana! ¡Cuántos años hacía que esta dama virtuosa e ilustre hallábase retraída de la vida mundana, que tanto frecuentara ella en su juventud! Pero si la incurable dolencia que padecía era obstáculo para que ella concurriese a las fiestas aristocráticas, no lo era, en cambio, para que diariamente viera animado su salón de la calle de Alcalá Galiano, por la concurrencia de deudos y amigos que a él acudían llevados por el trato encantador y afectuoso de la dama y por el deseo de trasladarle los ecos diversos de los salones madrileños.

—Hacen ustedes una obra de caridad—solía decir la ilustre señora— viniéndome a ver. ¡Ay! Si yo pudiera moverme...

Y en aquel salón tan distinguido, tan elegante, tan señoril, charlábase y conversábase a diario de cuanto sucedía en la vida, porque de cuanto ocurre en la Muerte ya lo veremos cuando lo quiera Dios—como decía alguna vez la gran señora.

Así, en su salón, como no sólo acudían a él damas de alto linaje, sino políticos, palatinos, generales, figuras, en fin, preeminentes de

la sociedad, todo se sabía y todo se comentaba y hasta había quien decía a la marquesa:

—Lo sabe usted todo sin salir de casa; nosotros, saliendo, no sabemos tanto.

Sonreía la pobre inválida, inmóvil en su sillón de ruedas, y dando al olvido los dolores que la torturaban continuaba la sabrosa charla, comentando los sucesos de actualidad: el último discurso parlamentario, la próxima crisis, una boda concertada, otra deshecha, un beneficio, un sermón, un crimen...

De todo tenía conocimiento y a todos los sucesos aplicaba su personal criterio, muy conservador, intransigente a veces; pero sin llegar jamás a la acritud en sus discusiones. Era una santa... y una mártir.

Doña Carmen Gutiérrez de la Concha y Fernández Luco era la mayor de las hijas del capitán general don José de la Concha, marqués de la Habana y vizconde de Cuba, y de doña Vicenta Fernández de Luco, única hermana de la que fué princesa de Vergara y duquesa de la Victoria por su matrimonio con el general Espartero.

Lo mismo que sus dos hermanas, era de una hermosura incomparable; y esto, unido a la posición social de su padre, que con su hermano, el heroico marqués del Duero, fueron durante una época los árbitros de España, lo que hacía preguntar todas las mañanas a cierto ilustre prócer: «¿Están contentos los Conchas?», hizo que las tres señoritas fueran las reinas de la sociedad madrileña, haciendo muy pronto lo que se llama tres buenas bodas, pues la mayor—cuyo nombre encabeza esta crónica—casó con el marqués de Guadalest, después marqués de Tavara y grande de España, hermano del almirante de Aragón marqués de Valmediano y duque del Infantado; la segunda, Vicenta, contrajo matrimonio con otro grande de España de ilustre alcurnia, el conde de Torrejón, marqués de Monte-Real y otros títulos; y la tercera, Jacinta, con el conde de Xiquena, duque de Bivona, jefe de la rama segunda de la insigne Casa de los duques de Medina-Sidonia, y que dejó en nuestra política honrosa memoria.

Del matrimonio de doña Carmen de la Concha con el marqués de Guadalest nació un solo hijo varón, cuya trágica muerte en el hundimiento del circo de Price, ocurrido hace varios años, sumió a la madre amantísima en perdurable desconsuelo; sus hijas son doña

María de la Concepción, actual poseedora de los títulos de la Casa, que casó con don José Luis de la Torre; doña Elena, casada con el marqués de Nájera; doña Inés y doña Isabel.

Las tres han tejido para su madre una corona de amor: con sus cuidados asiduos, con su compañía, con su abnegación, han ido apartando de su frente las espinas con que la Providencia quiso templar su carácter y aquilatar sus virtudes.

Dios haya acogido en su seno el alma de la mártir y dé a sus hijas la virtud que ella tuvo en altísimo grado: la virtud de la resignación.



Esta mañana se verificó el entierro de la marquesa de la Habana en el cementerio de la Sacramental de San Isidro, constituyendo el acto una gran manifestación de duelo.

Desde primera hora se dijeron misas en la capilla ardiente, a las que asistieron numerosas señoras de la sociedad de Madrid.

El cadáver, encerrado en un féretro de ébano, fué conducido en una carroza, a cuyos lados iban varias religiosas.

Presidieron el duelo: el marqués de Villanueva y Geltrú, por S. M. el Rey; el duque del Infantado, por la Reina Doña Cristina; el marqués de Monteagudo, por la infanta doña Isabel, y el capitán Pulido, por el infante don Fernando.

En la presidencia de la familia figuraban el párroco de Santa Bárbara, el duque de Bivona y los marqueses de la Torrecilla, Mina y Nájera.

Entre las muchas personas que concurrieron al triste acto, se hallaban el presidente del Senado, capitán general señor Azcárraga; el ministro de Estado, marqués de Lema; el ex presidente del Consejo conde de Romanones, el capitán general marqués de Estella, el ex ministro general Luque, los subsecretarios de la Presidencia y Gobernación, marqués de Santa Cruz y señor Sáenz de Quejana; el director general de Administración, señor Piniés; duques de Alba, Santo Mauro, Montellano, Aliaga, Lécera, Luna, Vega y Nájera; marqueses de Comillas, Cenía, Castell Rodrigo, Romana, Sanfelices de Aragón, Martorell, Pons, Santa Marta, Mochales, Portago, Guadalmina, Santa Cristina, Donadio y Valdeiglesias; condes de Torre-Arias, Paredes de Nava, Velayos, Pie de Concha, Albiz, Sallent, Scláfani, Címera, Villaverde la Alta, Maceda y Cerragería, y señores Pérez de Guzmán, Palmer, Cuadra, Castro (D. A.), Travesedo, Rosales (D. M.), Rodríguez Escalera y otros.

La comitiva se dirigió por el paseo de Recoletos y las calles de Alcalá y Mayor a la cuesta de la Vega, donde se despidió el duelo.



Señorita Carmen Espinosa de los Monteros y González Conde,
hija de los barones del Solar de Espinosa.

(Fot. Compañy.)

Carmen Espinosa de los Monteros.

DESPUÉS de una enfermedad larga y cruel, que aniquiló todo su espíritu, que marchitó toda la flor de sus encantadores veinte años, ha caído al fin, vencida por la muerte, una belleza aristocrática a la que hace cuatro años saludamos con su presencia en sociedad.

Me refiero a la linda señorita Carmen Espinosa de los Monteros, hija de los barones del Solar de Espinosa y nieta de la marquesa de Villamantilla de Perales, que acaba de morir en sus posesiones de Jumilla, a las que fué buscando alivio a su dolencia, a aquella enfermedad que le quedó como consecuencia de una pulmonía doble padecida hace año y medio.

Ese tiempo hace, poco menos, que vivía en el campo. Figurábase todos que el campo, donde nacen muchas flores, podría hacer renacer esta otra flor que llegaba a él marchita por la maldad de la ciudad. Y, en efecto, se alivió al principio; pero luego cayó más, y hoy ha caído para siempre.

Soñó con venir a Madrid, quería ver la corte, de la que estaba separada tanto tiempo, y en Agosto último la trajeron sus padres.

—¡Por fin voy a Madrid!— decía—. Allí me pondré buena

Y vino. Y a los dos días de estar aquí, ella misma volvía a sus padres su mirada y tristemente les suplicaba:

—Al campo, al campo otra vez; aquí me ahogo, me moriría antes... y aún puedo vivir.

¡Y tanto, hija, y tanto! Con veinte años no es que se puede vivir, es que parece que hay la obligación de vivir, y, sin embargo, a los veinte años viene también la muerte y siega una vida a la que no debía tener derecho.

Pobres padres, pobres hermanos, pobre abuela, pobre familia de la muerta. Sufren hoy un dolor muy grande, para el que no hay consuelo. En esa angustia los acompañamos nosotros.

¡Pobre Carmen!

Del rosal de la vida ha desaparecido una de sus rosas más bellas.

Nochebuena y Navidad.

LA Nochebuena y la Navidad aristocráticas no han revestido en el año presente la animación que en otros. Lutos y ausencias, y sobre todo la guerra, esta guerra cruel que quita todo espíritu de alegría, han sido las principales causas de los pocos festejos celebrados. ¿Quién se atreve a cantar sabiendo que llora tanta gente?

No podía ser. Quien más, quien menos, se ha acordado en estas Pascuas de que hay muchas madres que lloran y muchos padres que han perdido sus hijos.

Sin embargo de todos estos recuerdos la fiesta del Nacimiento del Hijo de Dios, que la religión católica conmemora, tampoco podía pasar sin los homenajes y actos del caso. Hubo misas de gallo y cenas en varias casas aristocráticas; pero en la mayor intimidad.

Y acaso, por esto, más encantadoras.

Una de las Casas en las que se rindió culto a la tradición fué en el palacio de los duques de Valencia. Hubo una solemne misa en la artística capilla y después se besó un magnífico Niño Jesús, que descansaba en su rústica cuna bajo un cielo de brillantes.

Las damas asistieron luciendo la clásica mantilla española, blanca o negra, y alguna, como la marquesa de Cartago (Concha Narváez por otro nombre), con sus encajes soberanos sobre la alta peineta de Carey, evocaba el recuerdo de las figuras primorosas de Goya.

La capilla se adornaba e iluminaba profusamente, y en aquel altar, presidido por un soberbio lienzo de Alonso Cano representando en toda su grandeza a la Virgen de las Angustias (alguna granadina se emocionaba al contemplarla), celebró el capellán de la Casa el santo sacrificio, mientras un escogido sexteto, con un armonium, nos dejaba escuchar religiosos acordes. Al alzar hubo un alto en la música que se ejecutaba; entonces resonaron majestuosos los de la Marcha Real.

En aquel palacio, museo de tanta obra de arte, reuniéronse, entre otras personas, además de los duques de Valencia, de sus hijos los señores de Narváez (don José), de su hijo Ramón y de su primo don Rafael, y además también de la marquesa de Cartago, ya citada, que ostentaba un soberbio peto de perlas y brillantes y un broche magnífico de brillantes y perlas, todo ello heredado de su ilustre madre; la marquesa de Zornoza, la señora Valero de Barcáiztegui, hija del difunto almirante de este apellido; la condesa de Campo-Alange y su hija, la de Villamonte, la duquesa de Medina de Rioseco y su hermana María Teresa Téllez-Girón, la eximia condesa de Pardo Bazán y su hija Carmen Quiroga, la señorita Ana María de Rábago, la marquesa de Caicedo — una de las damas de más amena conversación que saludamos —, la señora viuda de Díez-Martelín, la condesa de Torrejón, plena de juventud y de belleza; la vizcondesa de Val-de-Erro, la marquesa de Alquibla — de quien puede decirse otro tanto que de la condesa de Torrejón — y su hija, la señora de Rosales, las bellas hijas de los marqueses de Oquendo, sobrinas de los duques...

El académico marqués de Gerona, el duque de Osuna, el marqués de Figueroa, el conde viudo de Albiz, el de Torrejón, los señores Rojas, Rosales, Almagro, Hoyos y Vinent, Asúa, Baeza, Halphen, Retortillo...

Las horas transcurrieron muy felices.

Después se sirvió una espléndida cena.



Ha habido también misas del gallo en el oratorio del palacio de los duques de Medinaceli, donde toda la ilustre familia se congregó

ante la bella y artística imagen de la Virgen, cincelada por un artista insigne; en el antiguo palacio de Sástago, donde la condesa de Alcubierre reunió a todos sus hijos y algunos amigos íntimos; en la residencia de los duques del Infantado, marqueses de Santillana, en donde las encantadoras niñas de los duques cantaron villancicos durante la misa, formando un verdadero coro de ángeles; ante el suntuoso altar de mármol y plata, en el que se destaca una hermosa Virgen, pintada por Coello, del hotel de la marquesa de Coquilla, se reunieron también todos los miembros de la familia Roca, a excepción de los marqueses de Viana, que se hallan ausentes, y en la elegante casa de los condes de Artaza, a la que asistieron el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, y el presidente del Consejo, señor Dato, con su señora y con sus hijas.

Las únicas cenas en grande fueron las de los hoteles, en los cuales se ha refugiado la animación de la vida de sociedad. El *hall* del Palace estaba agradablemente decorado, y en él se instaló un gran árbol de Navidad, cargado de juguetes, que se repartieron después de la cena, mientras la notable música de Boldi ejecutaba un selecto concierto.

El elegante programa del *réveillon de 1914* aparecía orlado en un ángulo con la característica rama de *güt*. La cena fué magnífica, y el *gateaux réveillon* que figuraba en el *menü* valió justos elogios al cocinero. No en balde estaba todo dirigido por Gemelli, que fué el que hizo el primer *réveillon* en 1910, cuando él dirigía el Ritz. Entonces, gran parte de la sociedad madrileña era aún contraria al *réveillon*, pero Gemelli lo hizo y «a pesar de todo» sirviéronse doscientas cenas; luego ascendieron a cuatrocientas y más tarde se duplicó este número. La novedad ha triunfado.

Como en el Palace, hubo también gran concurrencia en el Ritz.



Entre los árboles de Navidad ha sido muy interesante el instalado en casa de los príncipes Pio de Saboya. El baroncito de Benifayó invitó a sus primos y amigos a la fiesta, y para todos hubo lindos juguetes.

Pero antes de que comenzaran a desprenderse los *frutos* del

árbol se sirvió espléndida merienda a la concurrencia infantil.

De la misma formaban parte dos encantadoras niñas de los marqueses de Bayamo; la bellísima *Toto* Silva, hija de los duques de Aliaga; la menor de Santo Domingo, digna de su estirpe de bellezas, y su precoz hermanito; la preciosa Rosarito Agrela, la niña de los señores de Soriano, en quien todos admiraban los rasgos de la belleza de su abuela la marquesa de Ivanrey; la lindísima hija de los condes de Clavijo; la de Areces, tan bella como su madre; las de Valdefuentes y Portago, ambas muy lindas, y los niños del embajador de Inglaterra y de Batier.



De los Nacimientos ha llamado la atención, por ser una verdadera nota de arte, el de la duquesa de Parcent.

Los Reyes quisieron ver el artístico Nacimiento, que está instalado en uno de los salones del palacio, y fueron a tomar el té con los duques de Parcent y su hija Piedad Iturbe.

Acompañaron también a SS. MM. algunas personas del alto séquito palatino, la marquesa de Ivanrey y la condesa de Aguilar de Inestrillas.

La duquesa de Parcent había adquirido en sus viajes muchas figuras de madera, procedentes del siglo anterior, que son las que ahora se admiran en el «Nacimiento». Unas, italianas; españolas las otras; algunas procedentes del famoso *Belén* del infante don Sebastián.

Como se trata de colecciones distintas, las figuras tienen tamaños diversos, llegando algunas a alcanzar 30 centímetros de altura. Era, por ello, difícil el acoplamiento; pero la duquesa de Parcent, ayudada por el insigne Moreno Carbonero, salvó la dificultad colocando las figuras en distintos planos, según sus tamaños, obteniendo así un buen efecto de perspectiva. Todas las figuras son muy bellas, de las que suelen conservarse en vitrinas; algunas están vestidas muy artísticamente con trajes antiguos.



Apéndices de las fiestas de Navidad han sido el té de ayer tarde en el Palace, al que asistió tan gran concurrencia que muchas per-

sonas tuvieron que tomarle en los pasillos, y después del cual hubo animado baile, y la comida de anoche en el Ritz, a la que asistieron muchas distinguidas personas.

Entre ellas figuraban el ministro de los Países Bajos y madame Van Royen, el de Grecia y la baronesa de Falkenberg, la duquesa viuda de Sotomayor y sus hijas, marquesas de Salamanca, Coquilla, Mohernando, Casa-Argudín, Tenorio y Laguna; vizcondesas de Val-de-Erro y Roda, y señoras y señoritas de Lázaro, Soriano (D. R.), Vázquez Barros, Laiglesia, Goyeneche, Güell, Carvajal, Cárcer, Milla, Ranero, Sucre, Núñez de Prado, Bermúdez de Castro, Quiroga, Castro, Manso de Zúñiga, Lopez Monis y otras.

La competencia que hacen los grandes hoteles a los salones se pone, pues, de manifiesto hasta en estas fiestas tradicionales. Hay personas que siguen rindiendo culto a la tradición, y celebran las fiestas en la intimidad del hogar; pero hay otras muchas también que ceden a la costumbre, y buscan esparcimiento en los hoteles. Es una lucha de principios en los procedimientos.

ENERO - 1915

Año nuevo. Manolitas y Manueles. En el Palace y en el Ritz.

LA fiesta del Año Nuevo—fiesta también de Manolitas y Manueles—ha sido celebrada en los salones madrileños con menos animación que otras veces. Ayer se abrieron a la amistad muy pocos salones, y entre ellos fueron de los más concurridos los de los condes de Aguilar—la condesa celebraba *sus días*—y los de los señores de Cejuela, por celebrar su santo el jefe de la simpática familia.

Hubo en ambas casas mucha gente y muy distinguida, que al tiempo que decían «mil felicidades» deseaban un año venturoso a todos los reunidos.

La condesa de Aguilar, a la que auxiliaron sus hijas en la tarea de hacer los honores, recibió buena cantidad de flores y otros regalos.

La Reina Doña Cristina la envió un precioso objeto de *vermeil*, con flores.

Con gusto volvía a saludarse, después de su luto, a la marquesa del Muni, a quien rodeaban muchos de sus amigos.

Dos encantadoras Manolitas, que no se habían quedado en casa, recibían allí muchas felicitaciones: las señoritas de Esteban Collantes y de Vázquez Barros.

La señora de Semprún presentaba en sociedad a su hija Ana

María. Es una bellísima muchacha, que cuando concurra a los bailes será uno de los grandes atractivos de los salones.

Entre otras muchachas bonitas, llamaba también la atención las señoritas de Levenfeld y Otermin.

Además de las citadas, asistieron a la reunión, entre otras muchas señoras, la duquesa viuda de San Fernando de Quiroga, marquesas de López Bayo, Cortina, Peñafuente, Valdeiglesias, Vadillo, Benicarló, Atalayuelas, Olivares; condesas de Valmaseda, Artaza, Bernar, Valle de San Juan, y señoras y señoritas de Dupuy de Lôme, Valmaseda, Bermúdez de Castro, Quiroga y Navia Osorio, González-Hontoria, Comyn, Travesedo, Silvela, Llanos y Torriglia, Orfila, Lázaro Galdiano, Franco, González Castejón, Reynoso, Bascaran, Agrela, Gómez Rodulfo, Chavarri, Bernar, Gómez-Acebo, González de Gregorio, Crespo...

Asimismo concurrieron el presidente del Senado, general Azcárraga; el ex embajador de España en París marqués de Villa-Urrutia, el marqués de Cortina y otros hombres políticos.

Muy felicitados fueron también ayer la condesa del Serrallo, esposa del ministro de la Guerra; el ex presidente del Consejo marqués de Alhucemas, el ex ministro señor Allendesalazar y el senador señor Burgos y Mazo.

En casa de los señores de Cejuela hubo también agradable reunión, a la que asistieron las marquesas de la Conquista, Gerona, Seijas, Selva-Alegre y Atalayuelas; condesa de Polentinos, y señoras y señoritas de Linares Rivas, Sarthou, Sanz y Escartín, González Alvarez, Luque, Sterling, Coghen, Orfila, viuda de Santana, Díaz Merry, Ezpeleta, Bargés, Ziburu, León y Cienfuegos; el ministro de la Gobernación, señor Sánchez Guerra; el alcalde de Madrid, señor Prast; el general Ezpeleta y otras muchas personas que fueron colmadas de atenciones por los señores de Cejuela y señora viuda de Molano.

Por la noche hubo una comida de Año Nuevo en casa de la marquesa de Squilache, asistiendo algunos amigos de su intimidad. Eran éstos el ministro de la Guerra y la condesa del Serrallo, el general Luque y su distinguida esposa, la marquesa y el marqués de Valdeiglesias, el académico señor Fernández de Béthencourt, el señor Burgos y Mazo y el conde del Moral de Calatrava.

El presidente del Consejo y la señora de Dato, que estaban también invitados, se excusaron de asistir, por no decidirse aún el señor Dato a salir de casa.

Al servirse el champagne se levantaron las copas en honor de los Manueles; la condesa del Serrallo y el señor Burgos.

También se brindó por que pronto vuelvan a gozarse los beneficios de la paz.

Por la tarde hubo gran número de visitas de primero de año en las Embajadas y Legaciones. Muchas personas de la sociedad de Madrid fueron a dejar sus tarjetas a los diplomáticos, que en atención a las dolorosas circunstancias presentes se abstienen de concurrir a los salones, en los que se les echa muy de menos. Las visitas de ayer constituyeron un justo homenaje de consideración y simpatía.



Las cenas de Año Nuevo celebradas en los hoteles Ritz y Palace, centro hoy de reunión de una buena parte de la sociedad aristocrática, se vieron concurridísimas. Más de mil personas se reunieron a cenar entre ambos hoteles, no sin haber tomado previamente las uvas al sonar la primera campanada de las doce.

Una vez rendido este tributo a la ya tradicional costumbre, se bebió champagne y se brindó por el nuevo año, mandando al otro noramala, que no otra despedida merece quien tantas calamidades ha repartido por el mundo.



Entre la distinguida concurrencia que llenaba los salones del hotel Ritz figuraban: la marquesa de Salamanca, la de Casa-Argudín con su hija, la condesa del Villar, que completamente restablecida de su enfermedad viene a instalarse entre nosotros, abandonando su residencia del extranjero; la vizcondesa de Amaya y sus hijas, la distinguida americana señora de Márquez de la Plata, la marquesa de San Miguel de Híjar y su hija la condesa de Sierrabella, la condesa de Vilana, la bella señora de Soriano, la de Zulueta, dos hijas de la duquesa de Hornachuelos, la menor, Purita, que se presentaba por primera vez en sociedad y es tan bella como sus her-

manas; las señoras y señoritas de Orfila, Núñez de Prado, Agrela, Carvajal, Cárcer, Santos Guzmán, Milla, Franco, Sancho Mata, Hurtado de Amézaga, Goyeneche, Huelin, Sterling, Portago, Murga, Igual, Güell, Rózpide, González-Alvarez, Bárcenas y su hermana la marquesa de la Puebla de Parga, Highlaus, Chavarri, Rodríguez-Codes y muchos más.

La juventud saludó al nuevo año alegremente, como que le recibió bailando a los acordes del escogido sexteto del Ritz.



El Palace estuvo brillantísimo. Todo lleno, todo completo, aquel *hall* y aquellos salones presentaban un aspecto lucidísimo. ¿Cuántos cubiertos creerán ustedes que se sirvieron anoche? (Igual número se sirvió la noche de Nochebuena). Pues alcanzaron la cifra de ochocientos. Que me parece que es servir ¡¡ochocientos cubiertos!! Y sin embargo, estaba todo tan bien dispuesto que como si hubiese sido una comida familiar.

—¡Bravo, señor Gemelli!—dijo alguien al inteligente director. Y el buen Gemelli sonreía satisfecho y exclamaba:

—Que estén ustedes satisfechos es lo que quiero yo.

¿Quieren ustedes que citemos la concurrencia que acudió al Palace Hotel? Me encantaría; pero declaro que no puedo. ¿Quién recuerda a ochocientas personas? ¿Quién recuerda a tanta mujer bonita aunque por bonitas debiéramos recordarlas? Conservamos de ellas la grata impresión que nos produjeron, el suave perfume que a su lado aspiramos; el perfume de la juventud y de la risa...

Y esto ha sido, en conjunto, la despedida a un año menos y el saludo a un año más.

En casa de la marquesa de Squilache.

Los banquetes de los miércoles de la marquesa de Squilache, ya tradicionales en casa de la ilustre dama, tuvieron anoche su brillante inauguración. Indudablemente los salones de esta marquesa amable y popular tienen que pasar a la Historia. En ellos se han congregado muchas veces distintas representaciones de la vida española y en ellos se han solucionado algunos problemas políticos que no encontraron tal solución en las Cámaras ni en Consejos. Y es que en aquel ambiente de amistad y de agrado no se conoce la rencilla—por muy política que sea—y sólo hay un ideal: patria.

A la mesa de la dama que nos ocupa se sentaron anoche el jefe del Gobierno y tres de sus ministros; después de la comida acudieron el presidente de la Alta Cámara y otros ex ministros. ¿No es esto buena prueba de lo que he dicho? Pero vamos por partes. Sobre el blanco mantel, festoneado de encajes, y sobre el que descansaban centros de plata cuajados de rosados claveles, se extendían unas artísticas guirnaldas. La luz de los argentados candelabros vertía su claridad sobre las flores. Y alrededor de la mesa tomaron asiento los comensales: la marquesa de Squilache, el presidente del Consejo y la señora de Dato, el ministro de la Guerra, conde del Serrallo; el capitán general marqués de Estella, la condesa de Alcu-bierre, la condesa y el conde de San Luis, la duquesa y el duque de Ahumada, la marquesa y el marqués de Valdeiglesias, los minis-

tros de Instrucción pública y Gracia y Justicia, señores conde de Esteban Collantes y Burgos y Mazo; el jefe de la Casa militar de S. M., general Aznar; el conde de Peñalver y el señor Escalera.

La comida fué servida admirablemente, y la conversación que durante ella se mantuvo fué amenísima. ¡Cuántas cosas se recordaron! ¡Y con qué fino ingenio refirió algunas el conde de Esteban Collantes, que es un admirable *causeur*!

Los ministros dieron una noticia verdaderamente grata: la de haber quedado favorablemente resuelta en el Consejo la cuestión del pavimento de Madrid. Y las señoras, que se interesaban mucho por este asunto, ya que las malas condiciones de nuestro pavimento las impone las naturales molestias, tuvieron un motivo de satisfacción.

Terminada la comida, fueron acudiendo las personas invitadas a la reunión, a las cuales recibía a la entrada de los salones la marquesa de Squilache, teniendo para cada uno una amable frase. Para este primer miércoles las invitaciones se habían limitado.

Los *bridgistas*, que son los habituales de la casa, prefirieron dedicarse a su afición predilecta. Las demás personas formaron animadas tertulias, en las cuales se daban interesantes noticias.

La duquesa de Ahumada hablaba de los agradables días que ha pasado con la duquesa de Fernán-Núñez en La Flamenca. Allí continúa aún la ilustre dama, a quien van a hacer compañía algunos de sus amigos. Entre los últimos invitados figuraron el señor Maura y el conde de Peña Ramiro.

Era saludada con gusto por sus amigos la señora de Güell, sobrina de los marqueses de Comillas, que está pasando unos días en Madrid.

Noticia grata para la sociedad era la de que el joven marqués de Santa Marta está ya en período de franca mejoría, por lo cual, aprovechando estos hermosos días, podrá ser trasladado pronto a Madrid.

Le asisten el doctor Sloker, especialista en cirugía de la cabeza; González Alvarez y Baró, y su madre, la condesa de Torre-Arias, que no se ha separado un momento del lado del paciente.

Muchos amigos de éste han ido a la finca *Paris* para velarle, y toda la sociedad madrileña ha hecho a la distinguida familia una verdadera manifestación de simpatía.

También se daba noticia del viaje a Viena de la duquesa de San Carlos, que va a pasar unos días con su hija la princesa de Metternich. Lo ha hecho por Barcelona y Génova, en unión de la embajadora de Austria, princesa de Fürstenberg, y ambas regresarán también juntas.

La marquesa de Alquibla, que tan justas simpatías goza en sociedad, acompañaba a su hija, digna heredera de su belleza.

En un círculo hablaban los generales Primo de Rivera (don Miguel) y Fernández Silvestre. A éste, que aún permanecerá algunos días en Madrid antes de regresar a Larache, le acompañaba su ayudante, el joven duque de Hornachuelos, que hace muy pocos días hizo su primera guardia con S. M. como gentilhombre grande de España.

—¿Cuántas señales tiene usted en su cuerpo, mi general?— preguntaba alguien al comandante general de Larache, conocedor de las profundas heridas recibidas por él en distintas campañas.

Y Fernández Silvestre, que vestía de uniforme, destacando sobre su uniforme el rojo fajín, contestaba sin darle importancia a lo sufrido y frunciendo en una amable sonrisa su rostro moreno y sus negros y encrespados bigotes:

—Veintidós agujeros.

Dentro de unos días— el 20—saldrá de nuevo para su puesto.

El académico señor Fernández de Bèthencourt acompañaba a otro joven militar. Es un sobrino suyo que ha venido a Madrid para cruzarse caballero en la Orden de Santiago.

No hay que decir que el distinguido académico de la Española y de la Historia daba noticias de las próximas fiestas académicas. La primera de éstas será la recepción del ilustre novelista don Ricardo León en la Academia de la Lengua.

Asistían a la reunión el cónsul de España en Burdeos, señor Pereira, y su esposa, que es una distinguida dama española. El inteligente funcionario ha prestado excelentes servicios, con ocasión de la guerra, a nuestro país y a los españoles que han tenido necesidad de pasar por Burdeos. No pocas señoras le guardan gratitud por las facilidades que las diera para su viaje de regreso a España.

Advertíase en la reunión la ausencia de diplomáticos extranjeros, como se ha de advertir también en otras fiestas, a causa de las

circunstancias presentes. Pero en todas las reuniones se consagrará un grato recuerdo a tan distinguidas personalidades.

Las muchachas, a quienes no se había permitido bailar en atención a las circunstancias, formaron grupo también, y conversaron animadamente. Alegres risas matizaban con frecuencia la charla juvenil.

Entre otras personas, asistieron a la reunión, además de las citadas, el ilustre presidente del Senado, general Azcárraga; las duquesas de T'Serclaes y viuda de Sofomayor, marquesas de Artafe, Moctezuma, Ahumada y Caicedo; condesas de Llovera y Riudoms, señoras y señoritas de Icaza, Núñez de Prado, Rosales y Sanz y Escartín, y los señores general Luque, marqués de Ahumada, condes de Riudoms y Llovera, Icaza, Gil Delgado, Méndez Vigo, Creus, Hoyos, Torres (don José Luis), Quiroga (don Jaime), Weyler (don Antonio) y otros.

También estaba don Martín Rosales, y no hay que decir que muchas personas le preguntaron acerca de la unión de los liberales. El distinguido diputado demócrata contestaba negativamente.

El señor Icaza, presidente, como es sabido, de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, daba curiosos detalles del curso que comenzará en breve.

«Las ciudades de España vistas por sus escritores» es el tema atrayente y sugestivo de estas conferencias.

Así, Madrid será descrito por Galdós; Salamanca, por Unamuno; Santiago de Compostela, por Valle-Inclán; las Vascongadas, por Pío Baroja...

¡Qué cosas tan interesantes sabrán decirnos estos y otros grandes escritores! ¡Qué deleite el que darán a nuestro espíritu los jardines de España descritos por Rusiñol!

—Los billetes para estas conferencias van a ser más codiciados que los de 1.000 pesetas.

—Ello daría idea de nuestra cultura y de nuestra sobra de dinero.

La idea de Icaza ha sido verdaderamente afortunada.

Algunas señoras preguntan a Antonio de Hoyos por sus trabajos recientes:

—Una novelita para *Los Contemporáneos*—contesta el fecundo escritor—es lo que ahora preparo.

—¿Su título?

—«La zarpa de la esfinge», y lleva una portada del notable pintor Valentín Zubiurre; las ilustraciones son todas retratos de la gran artista de la danza Tórtola Valencia.

—¿La leeremos?—preguntábanse las señoras.

• —¡Ay, hija, no sé! Como cuenta esas cosas...

A la una suspendieron su juego los *bridgistas* para ir al *buffet*, que fué espléndidamente servido.

Habían pasado una noche divertida. Pero no la pasaron menos agradablemente los conversadores.

La marquesa de Squilache, con *toilette* negra y oro, hizo los honores amablemente y de todos sus invitados escuchó, al despedirse, la misma frase:

—Hasta el miércoles.

Una fiesta de Arte.

CEN el estudio del gran escultor Mariano Benlliure se celebró anteayer tarde una deliciosa fiesta de Arte; fiesta que tuvo todos los encantos de la intimidad, de la sencillez y de la franqueza, y todos los del noble y puro arte de la Música. Porque la fiesta de anteayer fué musical: fué la presentación, ante un gran número de amigos del gran escultor, de un artista brillantísimo que sueña con su arte y al que esperan en España los mismos resonantes éxitos que ha conquistado en sus numerosas *tournées* por el extranjero.

Stefaniai. Este es el nombre del pianista admirable que anteayer nos subyugó con el poderío de su arte. Es joven, es simpático y, sobre todo, es artista de corazón. Fué en el estudio de Mariano Benlliure donde Stefaniai saludó a Madrid, porque este celebrado virtuoso del piano tiene el honor de ser hijo político del autor de tanto glorioso monumento. ¡Momento feliz aquel en que la máquina fotográfica sorprendió al pianista extraordinario junto al mago del cincel, unidos los dos por un sublime ideal de arte supremo!

Mariano Benlliure presentó al gran artista con una viva satisfacción. Se comprende. Estaba contento, alegre, juvenil. Y Stefaniai, juvenil también y también alegre y dichoso, mostraba en su semblante una sonrisa placentera.

Allá, en un momento en que la tarde se iba apagando; cuando nuestra mirada se extasiaba ante las obras del maestro—vigorosos

destellos de su inspiración soberana—, los acordes del piano rasgaron el silencio que se había hecho. El alma de Stefaniai transmitía sus sentimientos al teclado; los dedos del artista pulsaban notas en el magnífico Cussó,

¿Qué obras ejecutó Stefaniai? Las que siguen:

Primera parte: *Chaconne*, de Bach-Busoni; *Andante*, op. 5, de Brahms; las *Rapsodias en fa sostenido menor y en mi bemol menor*, de E. V. Dohnangí.

Segunda parte: *Gran sonata en sol menor*, de F. Listz (dedicada a Schumann). Lento arrai. Allegro enérgico. Andante sostenuto. Allegro enérgico y prestissimo.

Nos deleitó, nos asombró, subyugó nuestro espíritu con su maestría, con su sentimiento, con su delicadeza; con su alma a veces vigorosa, fuerte; otras suave, fina: una verdadera sensitiva. Nuestras manos se juntaron en aplauso cerrado al tiempo que de nuestros labios salía un ¡bravo! sincerísimo. Stefaniai es, indudablemente, el artista extraordinario que nos habían anunciado, y cuya fama llegó hasta nosotros. Anteayer llegó él en toda la magnificencia de su trabajo, en todo el brillo luminoso de su arte.

—¡Bravo! ¡Bravo!—repetían los oyentes, con verdadero entusiasmo. Y Stefaniai, modesto, con la modestia sana de quien tiene conciencia de su mérito, sonreía agradecido. Mariano Benlliure, también.

Hubo un intermedio. Se sirvió el té, se descorchó el champagne, se fumaron unos cigarros. Y en cada copa hubo un brindis para Stefaniai, a quien el público admirará en los dos conciertos que ha de ofrecer en el teatro de la Comedia, y el primero de los cuales se celebrará el próximo lunes.

¿Quiénes escucharon anteayer a este artista? Representantes de las Artes, de las Letras y del periodismo; amigos todos del gran Mariano. Hombres solos—hombres solos... lo decimos con cierta pena.

Cuando sólo quedaron en la intimidad de la casa los más allegados a ella, atendidos amablemente por esa trinidad de Benlliures que se llaman Mariano, Juan Antonio y Blas, Stefaniai se sentó de nuevo al piano y le arrancó unas notas hermosísimas: *San Francisco*, aquella melodía de Chopín, el enamorado Chopín... Cerramos los ojos para escuchar. Parecía que soñábamos una divina fantasía.



La marquesa de Torrelaguna.
(Fot. Kaulak.)

El Sagrado Corazón.

En casa de los marqueses de Torrelaguna.

n honor del Sagrado Corazón de Jesús, y para asistir a la ceremonia de su consagración en los salones de los marqueses de Torrelaguna, se reunieron ayer tarde, en la casa-palacio de la calle de Alcalá, las personas de la familia de los marqueses—sus hermanos los señores de Sarthou y la marquesa de Casa-López, sus sobrinos la marquesita de Selva Alegre, Andreíta Oñate, los marqueses de Ugena y los señores de Oñate (D. José)—, las altas autoridades eclesiásticas y las señoras que con la marquesa de Torrelaguna forman parte de la Junta de la Unión de damas españolas y de otras Asociaciones benéficas y cristianas.

Esta ceremonia de consagrar (entronizar se decía antes) la Divina Imagen en las casas particulares, haciendo que sea el Corazón del Redentor el que presida todos los actos de las familias, se va generalizando en España, y a los salones aristocráticos que ya habían celebrado este acto piadoso siguieron ayer los de los marqueses de Torrelaguna, en los que tuvo lugar con gran solemnidad.

A las cinco y media, en el salón-rotonda, bajo aquel techo de Sorolla, sobre un soberbio macizo de flores que descansaban sobre finísimos encajes, alzóse la imagen de Jesús; y minutos más tarde, sobre unos railes de nogal, que cruzaban otros dos salones, se deslizó aquel pedestal sobre el que se alzaba la escultura, suavemente

ayudada en su caminar por la marquesa y el marqués. Detrás seguían el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi; el obispo de Madrid-Alcalá, señor Salvador y Barrera; el padre Mateos, iniciador de estas consagraciones; el auditor de la Nunciatura, monseñor Solari; el capellán de la casa, padre Rus; el padre Bernardo, de las Asociaciones de Santa Rita, y el párroco de San Jerónimo, don Antonio Calvo, seguidos procesionalmente por una buena parte de los asistentes, ya que los demás aguardaban en otros salones el cruce y la llegada de la imagen.

Fué solemne el momento. Al paso del Corazón de Jesús sonaba la *Marcha Real*; luego una voz deliciosa entonó una romanza mística; después, y ante el lugar en que la imagen ha de reposar, el obispo de la diócesis, revestido de estola, bendijo la marmórea escultura, y al final fué colocada la sagrada figura en su sitio preferente y entre los mismos claveles rojos como la grana.

El padre Mateos pronunció una elocuente plática. Oyéronse seguidamente los ecos del himno del Congreso Eucarístico y los del titulado «Te juramos amor», entonados por un coro encantador, dirigido por la celebrada diva Ida Gobatto (hoy señora de Crespo), cuyos halagadores triunfos en la escena del Real se recuerdan aún, y del que formaban parte Andreita Oñate, Jesusa, Antonía y Cristina Velasco, hijas de la marquesa de Unzá del Valle; Pilar, Ana María e Irene Semprún; María Alonso Martínez, hija del marqués de este título; Gloria Gallego y señoras de Oñate y Sanfort, además de muchas de las señoras que se consignan después. Al final el nuncio dió su bendición a los reunidos.

Aparte de las señoras y señoritas citadas, concurrieron: madame Horigoutchi, esposa del encargado de negocios del Japón; la duquesa de Maqueda, las marquesas de Unzá del Valle y Atalayuelas, las condesas de Cartayna y Sepúlveda, las señoras y señoritas de Sánchez de Tirado, Luca de Tena, Kindelán, Lamarca, Semprún, Gallego, López-Oñate, Loygorri, Pineda, Vitórica y algunas más.

Concurrieron también algunos caballeros.

Los honores fueron hechos con exquisita amabilidad.

En el elegante comedor fué servido un espléndido *buffet*.

Las noches del Real. La Vix en "Manon".

LA sociedad madrileña se dió cita anoche en la sala del Real. ¡Cómo estaban los palcos! ¡Cómo las butacas! Ocupados unos y otras por distinguidísima concurrencia.

Las noches del Real forman parte integrante de la vida de sociedad; son noches muy madrileñas y muy aristocráticas, y puede tomarse la sala del regio coliseo como la de un salón más de Madrid al que asiste la aristocracia con gusto preferente.

¡Las noches del Real! ¡Cuántos asuntos políticos se habrán resuelto en aquel salón del antepalco del palco de ministros, lejos los consejeros de la mirada de la Prensa y mientras en la escena conquistaba laureles un artista famoso! ¡Cuántas charlas amenas se habrán sostenido en aquellos palcos por elevados personajes y por matrimonios en proyecto! ¡Ah, si aquellos muros tapizados de rojo pudieran hablar! ¡Cuántas crónicas interesantísimas podrían escribirse!...

Me recuerdo...

Pero ahora no debo acordarme de nada mas que de lo de anoche, del interés con que era esperada *Manon* por el aristocrático abono. Y anoche llegó *Manon*, en función solemne de turno segundo y conducida en una litera, cedida por ese gran aristócrata que tanto ayuda a todo lo artístico y que se llama duque de Tamames. Y descendió de ella, y las señoras rindieron un espléndido elogio a

la *toilette* de Genoveva Vix, esta artista que de continuo circula por la sala del Real entre afectuosos saludos, Genoveva Vix se presentó espléndida en aquel jardín versallesco; Manon reapareció gentil entre aquellos exquisitos aires de minué.

¡Qué elegante y qué distinguida! No sólo en su *toilette* del acto tercero—cuadro primero—, bordada de rosas de esmeraldas, sino en la del cuadro segundo—locutorio del seminario de San Sulpicio—, cuando aparece envuelta entre los pliegues de su magnífica capa de terciopelo, orlada de marta cibelina, como en la que luce en el salón de la fonda de Transilvania. Todas ellas primorosas y elegantísimas.

La notable cantante francesa triunfó como mujer y como artista. Su belleza y sus elegantes *toilettes* fueron muy elogiadas por las señoras.

En el primer acto lució un magnífico traje de tisú de plata, bordado con perlas, completando el atavío una peluca de Luis XV y una guirnalda de rosas *pitimini*. En el tercer acto, cuando Manon llega a Cours-la-Reine, lució un soberbio vestido oro viejo, con aderezo de flores celestes.

Genoveva Vix, que es una incomparable Manon, fué luego muy felicitada. A su *camerino* acudieron a felicitarla muchas personas conocidas y varios críticos.

La concurrencia era distinguida, aristocrática, numerosa y brillante. Unos nombres de damas. En primer lugar, Su Alteza Real la Infanta doña Isabel—con elegante *toilette* gris perla y alto *sprit* blanco—, acompañada de su dama la señorita Margot Bertrán de Lis. Después... Leed los nombres:

La vizcondesa del Castillo de Genovés y la marquesa de Benicarló, la condesa de Adanero y sus hijas, la duquesa viuda de Sotomayor y las señoritas de Guillamas, la condesa de San Luis, la marquesa de Casa-Argudín, la marquesa de Valdeolmos y la condesa de Torre-Arias, la marquesa de Bolaños, la condesa de Riudoms y la señora de Núñez de Prado, con su hija; la señora y señorita de Muguero, la condesa de Crecente y sus hijas.

En otros palcos: la marquesa de Argüelles con su hija la señora de Liñán, sus dos hijas solteras las señoritas de Bernaldo de Quirós y la señorita de Méndez de Vigo; la señora de Lázaro y su hija la

señorita de Vázquez-Barros, la marquesa de Coquilla, la condesa de Bilbao y sus hermanos los señores de Salazar, la marquesa de Torrelaguna y la señorita de Oñate, la condesa de Romanones y la duquesa de Canalejas, la señora y señorita de Santos Guzmán, la duquesa de Tovar y sus hijas las señoritas de Figueroa y Bermejillo, la marquesa de Olivares, la señora de Agrela y la señora de Maquieira, las señoritas de Martínez de Irujo, la condesa de Bugallal con sus dos hijas, la condesa de Castilleja de Guzmán, la señorita de Rodríguez de Rivas y la señora y señoritas de Cárdenas, la baronesa de Cortes y sus hijas las señoritas de Escrivá y Frígola y la señora de De Carlos.

Las dos hijas del ministro de Instrucción, señoritas de Esteban Collantes; la señora de Gómez-Barzanallana, la marquesa de Somo-sancho y las señoritas de Caballero y Echagüe, la marquesa viuda de la Laguna, la duquesa de Valencia, la marquesa de Cartago, la señora de Melgar y Abréu, la condesa de Villamonte, la condesa de la Corzana y su hija la duquesita de Algete y la señorita de Alava, la marquesa de Seijas y su hija, la señora de Navarro Reverter y Gomis (don Juan), la señora de Navaro, esposa del encargado de negocios de Portugal, con la señorita de Tovar de Lemos; la condesa de Romrée y sus hijas, la señorita de Levenfeld, la señora de Benitez, la condesa de Maceda y la vizcondesa de Fefiñanes, la condesa de Alcubierre y la marquesita de Espinardo, la señorita de Tamarit, la marquesa viuda de Amboage, las señoras y señoritas de Aragón, Polanco, Vizcarrondo, Heredia, Cienfuegos, León, Carvajal y muchas más.

El ministro de Instrucción pública, el de Hacienda, el de la Gobernación, el conde de Romanones, el ex ministro señor Navarro Reverter, el vizconde del Castillo de Genovés, el marqués de Benicarló, don Armando Navarro, señores Beistegui, Benlliure, Asúa, Gómez-Barzanallana..., una brillante concurrencia masculina.

La noche, pues, tuvo un gran aspecto artístico y otro gran aspecto aristocrático.

En casa de la marquesa de Squilache.
En la de los señores de González Álvarez.

VINOCHE, como todos los miércoles, se celebró el acostumbrado banquete. Con la amable dama sentáronse a la mesa: el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonés, y el auditor de la Nunciatura, monseñor Solari; el ministro de la Guerra y la condesa del Serrallo, los ministros de Instrucción pública y Gracia y Justicia, señores conde de Esteban Collantes y Burgos y Mazo; los capitanes generales marqueses de Estella y Tenerife, la señora de Dato, el ministro de Estado y la marquesa de Lema, la marquesa de Valdeolmos, el marqués y la marquesa de Valdeiglesias, el subsecretario de Gracia y Justicia, marqués de Grijalba; el duque de Hornachuelos y el diplomático señor Méndez de Vigo.

Después acudieron a los salones de la plaza de las Cortes otras muchas personas, y como la marquesa gusta de proporcionar a sus amigos las más agradables veladas, con las mesas de *bridge* y de tresillo alternó una nota simpática, que produjo la justa complacencia que se esperaba. Pepe Medina, ese simpático maquietista que tantos aplausos ha conquistado en diversos y principales escenarios, amenizó una hora al aristocrático concurso con sus imitaciones singulares. Enrique Chicote, Pepe Rubio, Emilio Carreras, Ontiveros, Barraycoa, Santiago y Ortas pasaron ante el auditorio a través de la múltiple personalidad del artista, por tal modo imitados, que dijérase eran ellos mismos, con sus ademanes graciosísimos, los que

anoche desfilaron por casa de la marquesa. Y hasta los hermanos Quintero, en su modo de dirigir sus producciones, fueron representados por Medina con acierto tal, que no hubo semblante que no sonriera ni manos que no aplaudiesen la labor de Medina como se merecía en justicia.

Obtuvo un éxito que debe agradar mucho al artista, a quien desde el próximo día 5 aplaudiremos en Romea—hoy teatro aristocrático—en un nuevo repertorio. Anoche fué premiado con elocuentes manifestaciones de contento; su peculiar don de imitaciones fué admirado; su gracia, reída; su ingenio, festejado. Por el marco del salón, por su ambiente, por la concurrencia que lo llenaba, fué una buena noche para el notable maquetista.

Entre los invitados al *après-diner* figuraban: el embajador de Italia y la condesa de Bonin-Longare, el embajador de Francia, M. Geoffroy; el consejero de esta Embajada y Mme. Vieugué, la duquesa de Baena y la marquesita de Villamanrique, la condesa de Pardo Bazán, la señorita de Quiroga y el general Cavalcanti y su señora, el señor y la señora de Rosales, el señor y la señora de Icaza, la condesa de Caudilla y su hija Pilar (el conde salió anoche para Tánger en unión de su otra hija Mariflor), la señora y señorita de Núñez de Prado, el conde y la condesa de Riudoms.

La marquesa de Argüelles, la de Caicedo, la de Bolaños, el marqués y la marquesa de la Ribera, la condesa de Alcubierre y la marquesa de Espinardo, la marquesa de Castelar y las señoritas de Patiño, la condesa de Adanero, el vizconde y la vizcondesa de Roda y la señorita de Jordán de Urries, el marqués y la marquesa de Benicarló, la señora y señorita de Muguíro, la condesa de Bernar, la vizcondesa de Garci-Grande y su hija, la condesa viuda de Castilleja de Guzmán y la señorita de Rodríguez de Rivas, el duque y la duquesa de la Victoria, el conde y la condesa de Villamonte, el marqués y la marquesa de la Frontera, el señor y la señora de Dorado y el señor y la señora de Vázquez-Zafra.

Los generales Luque y Fernández Silvestre—que mañana saldrá para Laraché nuevamente—, el académico Fernández de Béthen-court, el gran escultor Mariano Benlliure, los señores Baeza, Hoyos y Vinent, Torres (don José Luis), Santa María, Halphen, el conde de Belascoain, el secretario de la Embajada de Austria-Hungría,

Pineda, Manera Gil Delgado, el conde de Ardales del Río y algunos más.

Fué servido un espléndido *buffet*, y los honores... hechos por la marquesa de Squilache. Con decir eso, basta.



Ayer celebraba *sus días* la señora de González Alvarez, y sus amigos, que son muchos, pues no en balde ha de poseerse amabilidad tan delicada, acudieron a visitarla. Quiero decir con esto que sus salones del elegante hotel de la calle de Prim se cuajaron de flores, se animaron muchísimo y que la señora de la casa recibió un espléndido homenaje de amistad.

Como en casa de la marquesa de Squilache, en la de los señores de González Alvarez no faltan nunca las mesas de tresillo, y, claro es, que ayer las hubo, pero con un delicioso aditamento: el baile. Un grupo encantador de lindas mujercitas pidió permiso a la señora de los *días* para bailar, y como fuese concedido, pronto el elegante *hall* se convirtió en salón de baile animadísimo y brillante.

Se pasaron unas horas deliciosas. ¿Cómo no pasarlas así al lado de bellezas juveniles como las señoritas de González Alvarez, de Sterling, de Bernaldo de Quirós, de Cuesta, de Méndez Vigo, de Ayguavives, de Suárez Inclán, de Seijas y de Calleja? ¿Cómo no pasarlas así al lado de bellezas como la señora viudad de Horstman, la señora de Coghén, la de Suárez de Tangil, la de Zaldo, la marquesa de Mont-Roig, la señora de Palacios?

Completaban aquella concurrencia, a la que hicieron los honores, con los señores de González Alvarez y sus hijas, sus hermanas las señoras de Otero y Sterling, las marquesas de Atalayuelas, Conquista, Argüelles, San Miguel de Híjar, Seijas, Amboage, y las señoras y señoritas de Casanova, Luque, López Sánchez (*née* Atalayuelas), Calleja, Díez-Marteín, López Chicheri, Ezepeleta, Cuesta, Linares Rivas, Cejuela, Nardiz, Oruña, Reynoso y algunas más, con una numerosa representación del sexo fuerte.

Se sirvió un espléndido *buffet*.



Doña Pilar Frigola y Muguero, condesa de la Ventosa.
(Fot. Franzen.)

La condesa de la Ventosa.

Vhe aquí que hemos de terminar esta crónica que sólo ha reflejado notas alegres—así finalizaba yo mi artículo anterior cuando lo publiqué en el *Heraldo*—con una nota tristísima que pone duelo en nuestra pluma y que ha llenado de dolor unos cuantos hogares: la muerte, en plena juventud, en plena dicha, en plena luna de miel aún—hacia escasos años de su matrimonio—, de la condesa de la Ventosa, hija de los barones del Castillo de Chirel.

De nuevo se cierne la amargura sobre esta familia cristiana. Acaban de cumplirse los seis meses de la muerte de su hija la señora de Muguero, y aún sin mitigar su tristeza—que las producidas por las muertes de los hijos deben ser muy grandes—ven caer otra entre las garras de la muerte, de una manera súbita, de una manera rápida. Es horrible. Se resiste uno a creer dolores semejantes tan seguidos. Pero nos convencemos, los creemos cuando entre las luces de los blandones, sobre cojines de negro terciopelo, aparece a nuestra vista el cuerpo sin vida de la dama tan buena, tan virtuosa, todo afecto, todo bondad, con esas condiciones que son patrimonio de la familia modelo que hoy llora tan grande dolor.

El hogar de los barones del Castillo de Chirel está de duelo nuevamente. Nosotros no tenemos palabras con que expresarles nuestro sentimiento; pero saben ellos, padres amantísimos; sabe él,

su viudo angustiado; saben sus hermanos los marqueses de Zugasti, los señores de Hurtado de Amézaga y de Cendra y la señorita de Frígola y el señor de Muguíro, que en su pena hondísima los acompañamos muy sinceramente.



Ayer tarde, a las tres, ha dejado de existir, víctima de rápida enfermedad, la señora doña Pilar Frígola y Muguíro, condesa de la Ventosa.

La triste noticia ha producido en la sociedad tanta sorpresa como dolor, pues no se sabía que la distinguida señora estuviese enferma.

No hace aún mucho tiempo contrajo matrimonio con don José María Alvarez de Toledo y Samaniego, conde de la Ventosa, hijo de la marquesa viuda de Martorell y hermano del poseedor de este título. Rodeado por el cariño y la simpatía de todos, y halagado por la fortuna, el joven matrimonio vivía en plena felicidad, siendo su hogar copia del de sus padres, en el que el amor y la virtud hicieron un verdadero modelo de la familia cristiana.



Esta tarde se ha verificado la conducción del cadáver de la virtuosa condesa de la Ventosa al cementerio de la Sacramental de San Isidro, donde recibió piadosa sepultura. Pocas veces se ha podido decir con tanta razón que el triste acto ha constituido una gran manifestación de duelo.

Buen número de personas de la sociedad de Madrid, hombres políticos de todos los partidos, senadores, diputados y otras muchas personalidades, acudieron a rendir su tributo de duelo a la finada y de simpatía a las respetables familias dolientes.

Durante toda la madrugada y la mañana de hoy se estuvieron diciendo misas en la capilla ardiente. A ellas asistieron muchas distinguidas personas de la sociedad.

A la hora señalada para el entierro, apenas podía transitarse por la calle de Núñez de Balboa. Tal era el extraordinario número de personas que había acudido. La fila de coches y automóviles era interminable.

El cadáver iba encerrado en féretro de caoba, y en la carroza se depositó una magnífica corona de flores naturales, de la desconsolada madre de la finada, baronesa del Castillo de Chirel.

Se formaron dos presidencias de duelo. En la primera iban el duque de Santo Mauro, en representación de S. M. el Rey; príncipe Pio de Saboya, por la Reina

Doña Cristina, y duque de la Victoria, marqués de Hoyos y señor Moreno de Abella, que respectivamente representaban a los infantes don Fernando, don Carlos y don Alfonso. En la presidencia de familia iban los hermanos políticos de la finada, marqueses de Martorell, Zugasti y Sanfelices de Aragón, y señores Hurtado de Amézaga, Muguero y Cendra, y el capellán de Húsares de la Princesa.

La lista de concurrentes sería enorme.

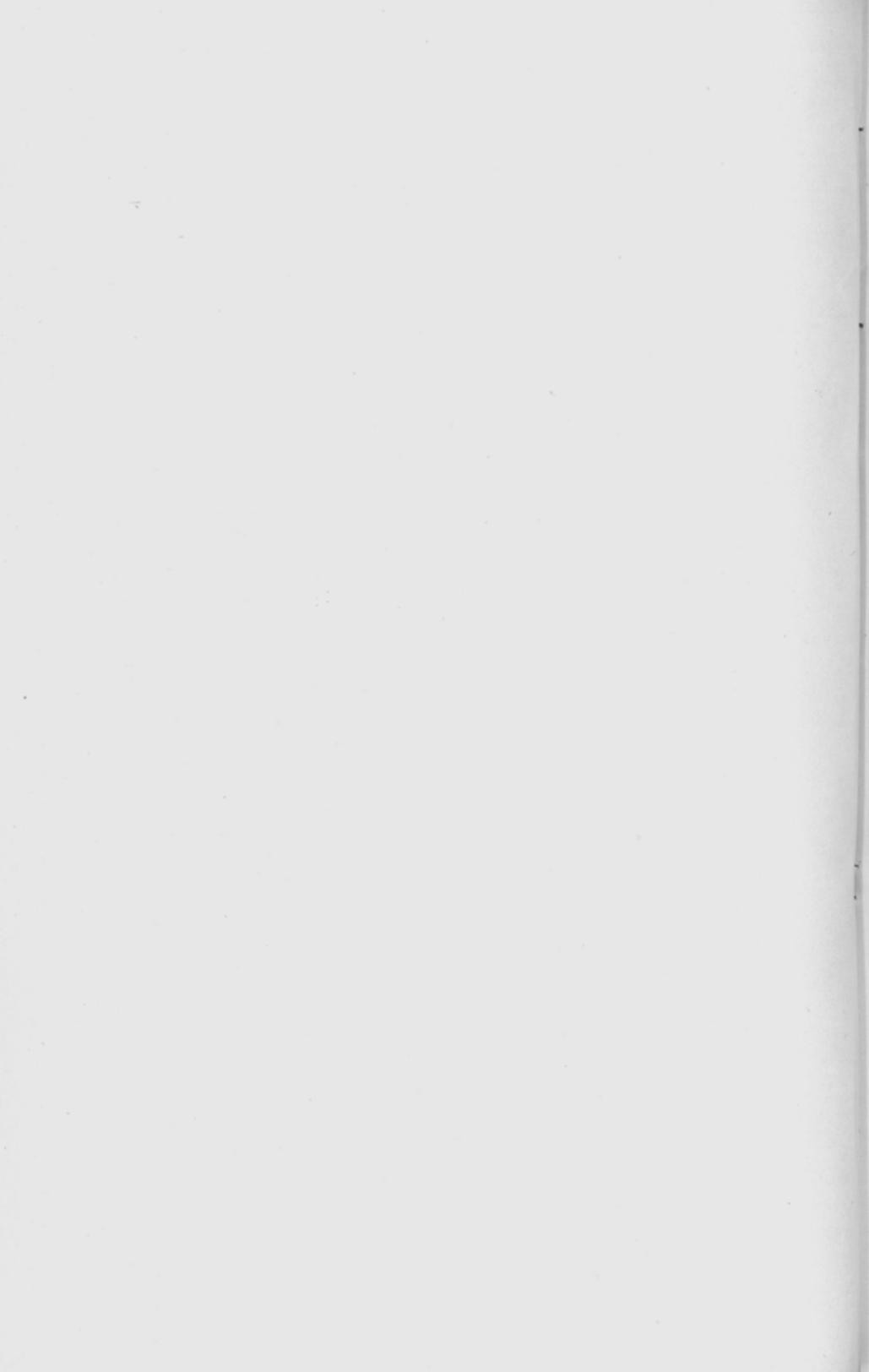
En el acompañamiento figuraban el presidente del Consejo y los ministros de la Guerra, Gracia y Justicia e Instrucción; presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; ex presidentes del Consejo señores Maura y marqués de Alhucemas, ex ministros marqueses de Estella, Figueroa y Vadillo y señor Calbetón; alcalde de Madrid, señor Prast; subsecretarios de Estado, Gracia y Justicia e Instrucción pública; duques de Ahumada, Montellano, Torres, Vistahermosa, Bailén, Infantado y Nájera; marqueses de Grigny, Santa Cruz de Rivadulla, Scala, Mesa de Asta, Peñafiel, Zarco, Pidal, Laurencín, Rozalejo, Camarasa, Granja, Torrelaguna, Quirós, Villatoya y Valdeiglesias; condes de Villaverde la Alta, Velayos, Aguilar, Albiz, Oliva, Vilana, Almenas, Cerragería, Revilla-Gigedo, Andes, Mortera, Adanero, Torrejón, Belascoain, Mayorga, Maluque, Venadito, Heredia-Spínola, Artaza, Rascón, Aybar, Riudoms y Villares; vizcondes de Eza y Bellver.

Generales Primo de Rivera, Jaquetot y Loygorri; señores Pidal, Santos y Fernández Laza, Laiglesia, Mora (D. C.), Dupuy de Lôme, Quiñones de León, Bañer, Cavestany, Alvarez Guijarro, García Molinas, González Hontoria, Lastres y otros muchos senadores y diputados; representaciones de las Sociedades de crédito de que forma parte el barón del Castillo de Chirel, y muchos jefes y oficiales de los regimientos a que pertenecen el conde de la Ventosa y sus hermanos.

Descanse en paz la distinguida y virtuosa dama.



FEBRERO - 1915



Un té - concierto.

UIERE usted acompañarnos a tomar una taza de té?
— Con mucho gusto. Y encantado.

Esto fué lo que dijeron los señores de Nardiz (don Enrique), y esto lo que le contestaron sus amigos. Y como el de ayer era el día señalado por el distinguido matrimonio, su casa de la calle de Juan de Mena se vió muy animada.

¡Una taza de té! Hubo algo más. Hubo un espléndido *buffet*, servido en aquel comedor donde unos trincheros y una vitrina lucen con las bellezas de la época (siglo XIII), una gran cantidad de plata repujada; hubo en aquel *hall* un animado baile, que la juventud agradeció de veras; hubo en uno de los salones seis mesas de tresillo; hubo en todos ellos un interesante conversar, y, sobre todo, escuchamos con encanto un delicioso concierto, interpretado admirablemente por quienes son artistas de alma, aunque no lo sean de profesión.

La señora de Zaldo (don Vicente), por otro nombre la bellísima Amada Muriedas, nos renovó sus entusiasmos por el Arte. En otras ocasiones, siempre escasas, a pesar de haber sido algunas, la habíamos admirado; pero ayer se redoblaron nuestros aplausos al oírla en aquella romanza de la *Manon*, de Puccini; en aquella otra de la Waly, de Catalani, y en aquel dúo de *Hamlet*, que cantó con el señor Alonso. Primorosa manera de cantar. Alguien le decía:

—Usted no será pobre nunca.

—¿Por qué?—preguntaba ella, sonriendo.

—Porque tiene usted un tesoro en la garganta.

Después el señor Alonso cantó admirablemente el *Chatterton*, de Leoncavallo, y cuando se inclinaba este barítono en un saludo de cortesía a la concurrencia que le festejaba, junto al piano se destacaron dos lindas figuras femeninas, a las que nos dispusimos a escuchar. Eran la bellísima señora de Coghen, una González-Alvarez que lleva por nombre el poético de Julia Rosa, y la linda Margot Calleja, que entonaron el dúo de *La Bohemia*. Arte, sentimiento, gracia, delicadeza, de todo hubo en aquella página musical, que fué premiada con justa ovación.

Luego volvió otra vez *Manon* a nuestros oídos con las dulces notas de su amor, y después esta misma señora de Coghen nos llenó el espíritu de la tierna poesía asturiana que fluía de las canciones que cantó. No se puede llegar a más. ¡Qué expresión, qué sentimiento, qué prodigio! Y para terminar, Margot Calleja, que lleva en su cara toda la alegría de su tierra, cantó con singular maestría, rebosante de luz sus ojos, de gracia sus ademanes, de viveza *su aire*, unas cuantas canciones españolas que, en efecto, nos hacían recordar aquello de *alegrémonos de haber nacido*.

Los aplausos resonaron frecuentes. Y todos ellos muy merecidos. Entre las damas que figuraban en la concurrencia recordamos a las marquesas de Argüelles, Amboage, Vista Alegre, Atalayuelas, Oliver y Vega de Anzó; condesas de Bilbao y viuda de Aldana, señoras y señoritas de Oruña, Galdiz, Allendesalazar, Chacón, Reynoso, Nardiz (D. V.), Coghen (don Juan), Espinosa, Calleja, Escobedo, Gómez-Bea, Saro, generala Pallueta, Olea, la esposa del capitán general de Madrid y la señorita de Bazán, Salvador (don Amós), Jordán de Urríes, Martín, Muñoz, González Alvarez, Sterling, Horstman, Cuesta, Liñán, Salazar, Bernaldo de Quirós, Jevenois y Ezpeleta.

Unas horas muy agradables. Y unos honores muy amablemente hechos por la bellísima señora de Nardiz y por los señores Nardiz, padre e hijo.

En la Legación de Cuba.

QUIISO el ministro de Cuba en Madrid, señor García Kohly, obsequiar con un banquete—aprovechando su estancia entre nosotros—al ministro de la Argentina en la Habana y a la señora de Fonseca, y celebróse anoche el agasajo con la esplendidez habitual en la residencia diplomática de la calle de Alfonso XII.

Con el ministro de Cuba, que tenía a su derecha a la señora de Fonseca y a su izquierda a la señora de Baigorria, y con el ministro argentino en la Habana, que ocupaba la otra presidencia, entre la señora Amblard de Pichardo y la señora de Díaz de Tuesta, tomaron asiento en la mesa, de cuyo centro se alzaba un magnífico almohadón de claveles rojos, el ministro y los secretarios de la Legación Argentina, señores Avellaneda, Moreno y Chiappe; el señor y la señora de Sterling y su linda hija Hortensia, el primer secretario de la Legación de Cuba, académico y poeta, don Manuel S. Pichardo y su encantadora hija María-Matilde, que anoche asistía por vez primera a banquetes diplomáticos, envolviendo la gentileza de su grácil figura entre las sedas y gasas azules de su vestido; las lindas señoritas María-Matilde Hornachuelos (hija de la duquesa de este título) y Conchita Alfonso, el canciller del Consulado de Cuba en Madrid y la señora de Arce, el cónsul general, señor Rivero; el *attaché* de la Legación, señor Díaz de Tuesta, y el agregado comercial, señor La Villa.

La conversación fué muy amena, y al descorcharse el champagne las copas se alzaron por la prosperidad de las tres naciones: Argentina-Cuba-España.

Enamorados de esta vieja madre—como decía anoche la señora de Fonseca, dama en la que su belleza corre parejas con su señorial distinción—, el matrimonio diplomático saldrá en breve de Madrid para visitar Andalucía, la tierra del sol, de la gracia y de las flores; Sevilla, Córdoba y Granada... ¡Cuántos recuerdos de épocas lejanas! Y después emprenderán su viaje de regreso.

En el saloncito-rotonda, tapizado de claras sederías, se sirvió el café, y en el despacho del ministro fueron encendidos los cigarros.

Los honores, muy amablemente hechos, y las horas, muy agradables.

Festejando a un académico.

LA marquesa de Argüelles, que tuvo siempre gran afición á las letras y á la política, ha querido festejar con un almuerzo la entrada de don Juan Navarro Reverter en la Real Academia Española. Para la bella dama no podía pasar en el silencio la toma de posesión del nuevo académico, y ya que cuando tuvo lugar no pudo celebrarse el agasajo, se ha celebrado ahora, y ha sido espléndido. Fijémonos bien: espléndido por los señores que lo ofrecían, que espléndidamente hacen siempre las cosas; espléndido por la casa-palacio en que se daba—la *Huerta*, de tantos recuerdos, de tantos secretos, de tantas añoranzas—; espléndido por la calidad de los invitados.

Leed sus nombres. Detrás de cada uno veréis una tendencia política, una idea distinta, un programa diverso; pero en cada uno veréis un caballero amante de la belleza; por eso todos, olvidados de sus puestos y categorías políticas, acudieron sólo como amigos de los marqueses de Argüelles a sentarse a su mesa, adornada, por cierto, con grandes centros de claveles.

Con la marquesa y el marqués tomaron asiento, además de don Juan Navarro Reverter, la ilustre autora de *La vida de San Francisco*, condesa de Pardo Bazán; el insigne director de la Real Academia, don Antonio Maura; los académicos don Juan Vázquez de Mella, marqués de Cerralbo, obispo de Madrid-Alcalá, señor Sal-

vador y Barrera, y don Francisco Fernández de Béthencourt; el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, y el auditor de la Nunciatura, monseñor Solari; el conde de la Vega de Sella, don Juan Navarro Reverter y Gomis, y los hijos de lo marqueses, señora viuda de Liñán, y Rosario, María, Ignacia, Ramón y Federico Bernaldo de Quirós.

Por razones que explicaron en bellas cartas dirigidas a la marquesa, excusaron su asistencia los académicos señores don Augusto González Besada, presidente del Congreso; don Jacinto Benavente y don Ricardo León.

No hay que decir si el almuerzo estaría bien servido y si la conversación sería interesante. Hubo una charla amensísima. ¿Cómo no serlo interviniendo en ella esos grandes conversadores que se llaman Maura, Navarro Reverter, Vázquez de Mella? Pasáronse unas horas deliciosas entre frases de amabilidad y de ingenio.

Y al final del almuerzo, mientras en uno de los saloncillos inmediatos al comedor se servía el café, en otro, hoy decorado por bellos paisajes de Martínez Abades, se encendieron unos cigarros, en cuyas anchas sortijas se veía el retrato del ilustre don Antonio, con una inscripción en la que leímos: *Maura, sí*.

Almuerzos como éste, en los que la belleza y la amabilidad se unen con altos prestigios políticos y literarios, debieran celebrarse más frecuentemente. La marquesa de Argüelles ha dado con este obsequio una prueba de buen gusto.



La marquesita de Campo-Fértil.

(Fot. Kaulak.)

La marquesa de Campo-Fértil y el señor don José de Beneyto.

LA bellísima marquesita de Campo-Fértil, hija de la duquesa viuda de Sotomayor, contrajo ayer matrimonio con el distinguido diplomático don José de Beneyto. Y la sociedad aristocrática, que tanto quiere a la madre de la novia y a la novia, se unió con su presencia y con sus deseos de felicidad a la ceremonia del enlace.

Así el artístico templo de San Fermín de los Navarros se llenó de distinguidísima concurrencia, se adornó con plantas y guirnaldas de flores, y aquel altar mayor, iluminado profusamente, casi desaparecía entre los macizos de claveles.

La novia estaba lindísima. Su figurita gentil iba envuelta entre los pliegues de su elegante traje de *charmeuse* blanco, adornado con antiguos encajes y prendidos de azahar; sencilla corona de estas simbólicas florecillas abrazaba el albo velo, y un collar de brillantes, regalo del novio, orlaba la nacarada garganta. El señor Beneyto vestía el uniforme de diplomático.

Una preciosa niña, Pilar Azlor de Aragón, hija de los duques de Luna, sostenía la cola, de raso bordado, del traje de la novia.

Comenzó inmediatamente la ceremonia, dando la bendición el padre franciscano Fray Federico Curieses, y actuando como maestro de ceremonias el padre Gabriel Palanca.

Se dignaron apadrinar a los contrayentes Sus Majestades los

Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, a quienes representaron en la ceremonia el marqués de Someruelos y la duquesa de Luna.

Como testigos firmaron el acta: por el novio, el presidente del Consejo, señor Dato; el ministro de Estado, marqués de Lema, y el director de los Registros, señor Jorro Miranda, hermano político del señor Beneyto, y por la novia, el duque de Sotomayor y los marqueses de la Romana y Mesa de Asta.

Con éstos se sentaron en el presbiterio, representando a la Comunidad de Padres Franciscanos, los padres Paniagua y Alzuru.

El padre Curieses pronunció una sentida y elocuente plática, en la que, después de explicar la significación del Sacramento del Matrimonio, recordó las glorias del marqués de la Romana, de la guerra de la Independencia y de la retirada de Dinamarca.

Durante el acto, la Capilla Ovejero, dirigida por el maestro Larrañaga, interpretó la *Marcha de las bodas*, de Mendelssohn; el *Largo religioso*, de Haendel; *Melodía religiosa*, de Ovejero, y *La Priere*, de Hasselmans: esta última pieza para arpa solamente, fué interpretada admirablemente por la señorita Manzanedo.

Terminada la ceremonia, los nuevos esposos recibieron muchas felicitaciones.



Como hemos dicho, la concurrencia era muy distinguida. Lo más ilustre de la sociedad aristocrática de Madrid se ha asociado al grato suceso, por pertenecer la novia a una linajuda familia de la aristocracia. Como es sabido, su padre fué el marqués de Sanfelices. Por su madre desciende del famoso marqués de la Romana, antes citado.

Entre las muchas damas que asistían, figuraban las duquesas de Plasencia, Baena, Híjar, Vistahermosa, Santo Mauro, Noblejas y Medina-Sidonia.

Marquesas del Pazo de la Merced, Mesa de Asta, Santa Cruz, Villamanrique, Santo Domingo, Someruelos, Ahumada, Somosanchó, San Miguel de Híjar, viuda de Hoyos, Mohernando, Atarfe, Valdeolmos, Squilache, Perijáa, Bendaña, Albaserrada, Pozo Rubio, Puebla de Parga, Argüeso y Valdeiglesias;

Condesas de Maceda, Torre-Arias, Unión, Crecente, Rincón,

Sierrabella, Valmaseda, San Luis, Serramagna, Caltavuturo, Velayos, Riudoms y Villariego;

Vizcondesas de Roda, Fefiñanes y Garci-Grande, y

Señoras y señoritas de Dato, Castro, Portago, Santo Mauro, Bermejillo, Montojo, Díaz, Somosancho, Franco, Agrela, Catres, viuda de Cárdenas, García Loygorri, Lázaro Galdiano, Vázquez Barros, Propper, Travesedo, Gil Delgado, Caro, Romana, Vista-hermosa, Flórez, Beistegui, Martínez de Irujo, Bascaran, Garci-Grande, Caro, Amézaga, Romaguera y muchas más.

Los recién casados salieron de la iglesia, con sus padrinos, mientras resonaban las notas de la *Marcha de las bodas*, de Mendelssohn, y ocuparon una carroza de la Real Casa. Delante del templo, a pesar de lo desapacible del día, se había reunido numeroso público, que dirigió a la bellísima novia algunos piropos.



La distinguida concurrencia se dirigió al elegante hotel de la duquesa viuda de Sotomayor, donde poco después se sirvió un espléndido almuerzo.

Toda la casa estaba preciosamente adornada con flores. La barandilla de la escalera desaparecía bajo una guirnalda. De los marcos de las puertas, adornados también con guirnaldas, pendían grandes esferas de flores.

Sobre los muros de los salones, de agradable tono gris, destacaban valiosos cuadros antiguos y retratos. Una de las consecuencias del incendio ocurrido allí este verano, ha sido el embellecer más la casa en la obra de reparación.

De los principales salones habían desaparecido los magníficos muebles, antiguos muchos de ellos, colocándose en su lugar mesitas para servir el almuerzo a los invitados.

En la mesa principal se sentaron los novios, con su madre, los padrinos y los testigos. Todos éstos vestían de uniforme.

El almuerzo, que amenizó una orquesta de guitarras y bandurrias, fué servido con arreglo a exquisito *menú*. Durante él se sostuvo animada conversación, haciéndose votos por la felicidad de los recién casados.

Se daba noticia de los regalos que a éstos habían hecho sus augustos padrinos. El de ella consistía en un precioso afiler de brillantes y rubíes; el de él era otro afiler de brillantes y zafiros.

Entre la concurrencia llamaban la atención dos preciosos niños: un Ignacio y una Carmencita Irujo, muy guapos. Son los últimos hijos de la duquesa de Sotomayor, dignos representantes de esta dilatada familia, compuesta de bellas muchachas y este guapo chico, al contemplar la cual, y mirando a la madre, no se podría recordar aquel verso de Campoamor:

«La tierra está cansada de dar flores...»

Al retirarse los convidados repitieron sus felicitaciones a los novios y a las personas de sus familias.

Los marqueses de Campo-Fértil salen esta noche para Barcelona y Niza; desde allí se trasladarán a Bucarest, donde fijarán por ahora su residencia, puesto que el señor Beneyto tiene allí su destino en la Legación de España.

Sean muy felices.



En casa de la duquesa viuda de Sotomayor estuvo expuesta el martes y el miércoles la canastilla de boda de su encantadora hija.

Para admirar el *trousseau* y los muchos y valiosos regalos recibidos por la gentilísima novia, desfilaron por aquellos salones numerosas señoras de la sociedad de Madrid. Todas hicieron justos elogios de la canastilla, que es espléndida, y anticiparon sus felicitaciones a la marquesa de Campo-Fértil, que tantas simpatías goza.

La ropa blanca, confeccionada con gran primor y admirablemente bordada, formaba verdaderas cascadas de encajes y batistas. En uno de los salones, colocados en maniqués, se admiraban los trajes de la novia, todos preciosos y muy elegantes, además de buena cantidad de sombreros, abrigos y pieles.

Llamaba la atención el traje de desposada, muy lindo, adornado con valiosos encajes, que es regalo del novio.

El señor Beneyto ha enviado también a su prometida una *rivière* de brillantes, un abanico antiguo, mantilla y pañuelo de encajes, y otro lindo vestido.

La marquesa de Campo-Fértil ha regalado al novio una preciosa botonadura de rubíes y brillantes.

Los regalos recibidos por la marquesa de Campo-Fértil forman una verdadera y magnífica exposición de joyas, objetos de arte, bandejas de plata, porcelanas, sacos de viaje, abanicos, relojes, sombrillas y otros. Buena parte de la sociedad de Madrid ha enviado sus presentes a la bella novia, asociándose al fausto suceso y demostrando con esta grata manifestación las generales simpatías que ella y su familia gozan.

Entre los regalos llaman la atención los de familia, de los que hemos de dar cuenta, ya que la falta de espacio nos impide citarlos todos.

La duquesa viuda de Sotomayor ha depositado en la canastilla de su hija una hermosa diadema de brillantes.

De sus hermanas ha recibido magníficos solitarios y pendientes de brillantes; de los duques de Luna, sortija de zafiros y brillantes; de los de Sotomayor, tres bandejas de plata; de los marqueses de Someruelos, un saco de viaje con tocador de plata; de las señoritas de Martínez de Irujo y el marqués de los Arcos, un juego de té; del marqués de la Romana, alfiler grande de perlas y brillantes; de los condes de Torrubia, un reloj de esmalte antiguo.

Los señores de Jorro y Miranda, hermanos del novio, han regalado a la marquesa de Campo-Fértil una pulsera con un zafiro y brillantes, y su otro hermano, don Juan Beneyto, una *boullaire* grande para té.

El señor Beneyto ha regalado a su futura madre política una pulsera de rubíes y brillantes, y a sus futuras hermanas, sortijas con zafiros y brillantes, y broches. La duquesa viuda de Sotomayor, al novio, un reloj de oro, con escudo esmaltado, y las señoritas de Guillamas, cadena de reloj, con perlitas y esmalte.

La marquesa de Campo-Fértil, a su futura cuñada, una medalla de marfil, con perlas, y cadena también con perlas.

El señor Beneyto ha recibido, asimismo, de los duques de Luna una hotonadura de zafiros y de los marqueses de Someruelos un alfiler con un zafiro y brillantes.

Los duques de Albuquerque han regalado a la marquesa de Campo-Fértil dos bandejas de plata; los de Valencia, pluma y sello de oro; la de San Carlos, licorera de plata; marquesa de Santa Cruz, copa de *vermeil*; condesa viuda de Catres, broche antiguo; marquesa de Squilache, cuadro de porcelana antiguo; condes de Torre-Arias, estuche de piel; marquesa de Valdeolmos, caja de joyas, de piel; marquesa de la Ribera, florero de *vermeil*; condes de Sástago, reloj de esmalte; marqueses de la Mina, frutero de plata; marqueses de Pidal, computadora; marquesa de Manzanedo, bombonera de *vermeil*; duques de Granada, sortija de zafiros y brillantes; marquesa de Silveja, florero de *pacana*; condesa de Alcubierre, alfiler con perla; duquesa de Lécera, chocolatera de plata; duques de Plasencia, bandeja de plata; duquesa de Fernán-Núñez, abanico antiguo; duques de Baena, abanico chino; duques de Santo Mauro, dos lámparas de bronce; marqueses de Bolaños, reloj de plata repujada; condes de San Luis, saco de viaje; señores de Beistegui, abanico antiguo; condesa de Caltavuturo, licorera de cristal y plata; marquesa de Camarasa, frutero de porcelana.

De los príncipes de Metternich, frasco de sales; duquesa de Aliaga, bombonera de *vermeil*; duquesa de Medina-Sidonia, bandeja de plata; señores de Dato, frasco chino para té; marqueses de la Puebla de Parga, florero grande de cristal y *vermeil*, y marqueses de Aulencia, timbre de esmalte.

Muchos de estos regalos van firmados por Sanz.

También han hecho preciosos regalos los marqueses de Puerto Seguro, condesa de Niebla, señorita de Loygorri, don Enrique Sancho, duques de Vistahermosa, don José M. Crens, condes de Vilana, señores de Lázaro, señores de Bañer.

marquesa de Santa Susana, condes de Scláfani, marqués de la Torrecilla, duques de Medinaceli, Travesedo (D. F.), señores de Soriano y de Castro, condes de la Unión, marqueses de Bondad Real, vizcondes de Roda, duques de Bailén, duques de Híjar y de Lécera, marqueses de Torneros, condes de Llobregat y de Sierrabella, señores de Careaga, conde de Peña Ramiro, señores de Bascaran, condesa de Crecente, señora de Flores (D. M.), condesa de la Corzana, marqueses de Portago, Castelar y Marbais; marqueses de Santa Cristina, señores de Laiglesia, señora de Núñez de Prado, señores de Franco, condes de Serramagna, condesa viuda de Liniers, señores de Muguiro, mister Phipps, condesa de Cartayna, príncipes Pío de Saboya, señora de Vargas Machuca, marqueses de Valdeiglesias y otros muchos.

La condesa viuda de Pardo Bazán.

LA ilustre condesa de Pardo Bazán, gala de las letras españolas, pasa hoy por la amargura de haber visto morir a su respetable madre, la condesa viuda, y por el consuelo, dentro del dolor, de haber recogido su último suspiro.

Bondadosa, ilustre, culta, de un trato encantador y un carácter dulce como en la tierra en que nació, era la condesa viuda de Pardo Bazán dama que gozaba de merecidas simpatías y de generales cariños. Su hija la adoraba; sus nietos—Blanca, Carmen y Jaime Quiroga—se miraban en ella como en algo santo y religioso.

Muchas veces la vimos en su casa haciendo los honores de sus fiestas con exquisitas atenciones; otras gustaba de las soledades de su casa de campo, y allá, en Galicia, pasaba grandes temporadas entre los muros de su palacio solariego, a cuya restauración magnífica contribuyó con los consejos de su buen gusto y su cultura.

La bondadosa dama deja en la vida un alto ejemplo de cariño y de amor. Y nosotros, que conocemos la pena que sufre toda su familia, ofrecemos a su hija, la eximia escritora, y a sus nietos los señores de Cavalcanti y doña Carmen y don Jaime Quiroga y Pardo Bazán, la firme y sentida expresión de nuestro duelo.

Esta tarde se ha verificado su entierro. Y aristócratas, políticos, militares, literatos y artistas, cuantos la conocieron y cuantos quieren y admiran a la condesa y a sus hijos, han acudido en brillante manifestación a rendir a la dama muerta el último homenaje.

Un banquete y un concierto.

N dónde se celebró anoche esta fiesta? Casi lo adivinará el lector: en casa de la marquesa de Squilache, alma y vida de la sociedad madrileña.

Precedió al concierto la acostumbrada comida de los miércoles, en la que la dueña de la casa tenía a su derecha al ministro de la Guerra y a la izquierda al duque de Baena. Ocupó la otra cabecera el marqués de Estella, entre la condesa de Alcubierre y la duquesa de T'Serclaes.

Los demás comensales eran la duquesa de Baena, marquesa de Prado-Ameno, marquesa y marqués de Valdeiglesias, ministro de Gracia y Justicia, señor Burgos; duques de la Conquista y T'Serclaes, marqués de la Romana, académico señor Fernández de Béthencourt, duque de Hornachuelos y señor Méndez Vigo.

Por el fallecimiento de la señora viuda del general Sandoval, con la que estaba emparentado, no asistió el ministro de Instrucción pública.

La mesa estaba preciosamente adornada con claveles.

Al terminar la comida comenzaron a llegar los demás invitados. Los *bridgistas* no ocuparon sus puestos, sino que se agruparon en el gran salón de baile, para escuchar el interesante concierto que la marquesa de Squilache había dispuesto.

Se compuso de dos partes, estando la primera a cargo del nota-

ble tenor señor Inchausti, discípulo de Caruso, que ha obtenido ya grandes éxitos en salones aristocráticos, como los de las duquesas de Fernán-Núñez y Santo Mauro. El señor Inchausti, que tiene una voz extensa y bien timbrada, hizo gala de sus facultades, cantando un aria de *La Africana*, la romanza *Lolita*, *Payasos*, *El Cristo de Lezo*, el raconto de *Lohengrin* y *Dobla, campana*, composición inspiradísima esta última que valió, no sólo a su intérprete, sino a su autor, el gran marinista Martínez Abades, unos calurosos aplausos y no pocas felicitaciones. Anoche, ante tan selecta concurrencia, triunfó una vez más. ¿Le oiremos cantar en el regio coliseo?

Presentóse después una niña de diez años, Guadalupe Segura, perteneciente a una modesta familia, que tiene notables aptitudes de cupletista. Cantó, en efecto, diversos cuplés e imitó con mucha gracia a varias *estrellas de variedades*, mereciendo aplausos del selecto público.

Aun comprendiendo los razones de necesidad que tienen en su abono estas artistas infantiles, el cronista contempla siempre con pena estas precocidades.

Para que la niña Segura pudiera presentarse anoche, la marquesa de Squilache, siempre generosa, la regaló un magnífico traje de cupletista. Con él se presentará en algún teatro de Madrid, pues hasta ahora sólo ha trabajado en Argelia y en algún teatro de provincias.

La concurrencia, como hemos dicho, era muy numerosa y distinguida.

Después de un largo luto, presentáronse por primera vez en sociedad las señoritas de Santa Cristina.

Entre otras muchas señoras, asistieron las duquesas de Santo Mauro, Plasencia, Ahumada, Sotomayor, Medina de Rioseco y viuda de Arévalo del Rey;

Princesa Pío de Saboya;

Marquesas de Santa Cruz, Mesa de Asta, Valdeolmos, Almonacid, Atarfe, Moctezuma, Vadillo, Castelar, Ahumada, Casa-Torres, Villamanrique, Alquibla, Cortina, Atalayuelas, Castromonte, Bolaños, Benicarló, Caicedo y Frontera;

Condesas de Torre-Arias, Maceda, Villariezo, Vilana, Adane-

ro, Mayorga, viuda de Hornachuelos, San Luis, Aguilar, Artaza, Castilleja de Guzmán, Caudilla, Atarés, Valmaseda, Peñalver, Oli-va de Gaitán, Villamonte, San Félix, Brias y Conquista de las Islas Batanes;

Vizcondesas de Val-de-Erro y Fefiñanes, y

Señoras y señoritas de Téllez Girón, Hoces, Martínez de Irujo, Aragón y Carrillo de Albornoz, Roca de Togores, Melgar, Ramírez de Haro, Martín Aguilera, Aguilar, Beistegui, Icaza, Laiglesia, Benamejí, Villariezo, Castromonte, Arcenales, Márquez, Sanz y Escartín, Castro, Areválo del Rey, Santos y Fernández Laza, Areces, Núñez de Prado, Chaves y Lemery, Patiño, Bascaran, Muñoz Vargas, Vázquez Zafra, Guerra, Juanes, Garrido, Valdeterrazo y Suárez Inclán.

De hombres estaban el embajador de Inglaterra, el ex ministro marqués del Vadillo, los duques de Plasencia y Ahumada, marqueses de Atarfe, San Juan de Piedras Albas, Cortina, Benicarló y Frontera; condes de Peñalver, Aguilar y San Luis, y señores Santos y Fernández Laza, Beistegui, Icaza, Garnelo, Martínez Abades, Suárez Inclán, Portela, Tolosa Latour, Ortega Morejón y muchos más.

Y la marquesa de Squilache, que vestía una elegantísima *toilette* gris perla y soberbias joyas de brillantes, hizo los honores con su cortesía habitual.

Un espléndido *buffet* fué servido durante la noche.



La marquesa de Aguilar de Campóo.

(Fot. Kaulak.)

La marquesa de Aguilar de Campóo.

ON sincero dolor se enterará hoy la sociedad madrileña de la nueva y sensible pérdida que aflige a la ilustre y respetable familia de Aguilar de Campóo.

Esta mañana, a las siete, ha pasado a mejor vida la virtuosa dama que llevaba este título.

Desde hace tiempo padecía la distinguida dama una penosa dolencia, que soportaba con gran resignación y que la mantenía retirada de la vida de sociedad. En estos últimos días, a causa de la crudeza del tiempo, una afección pulmonar agravó su estado, y ante la inminencia del peligro le fueron administrados anoche los auxilios espirituales.

Repetidos golpes de la desgracia contribuyeron a aumentar los padecimientos de la noble dama.

Después de la muerte de sus dos hermanos, don Juan y don Luis de Zavala, que llevaron el título de duque de Nájera, perdió hace un año a su hijo político, el marqués de Ceballos-Carvajal, y no muchos días después a su esposo, el respetable ex ministro de Estado.

Pertenecía doña María del Pilar de Zavala y Guzmán de la Puente y de la Cerda a una de las más ilustres familias de la aristocracia española: Era hija del famoso general Zavala, primer marqués de Sierra-Bullones, y por su madre descendía de la antigua y

nobilísima familia de los condes de Oñate. Llevaba los títulos de marquesa de Aguilar de Campóo y Sierra-Bullones, y condesa de Oñate, Castañeda y Treviño. Fué dama de las Reinas Doña María Cristina y Doña Victoria Eugenia, y poseía la banda de la Orden de Damas Nobles de María Luisa.

De su matrimonio con don Ventura García Sancho, conde de Consuegra, tuvo cuatro hijas: doña Pilar, actual duquesa de Nájera, casada con don Leopoldo Travesedo, hijo de los difuntos condes de Maluque; doña Trinidad, condesa de Paredes de Nava, casada con el marqués de Herrera; doña María del Milagro, marquesa de Montealegre, viuda del marqués de Ceballos-Carvajal, y doña Carmen, religiosa.

Hermanas de la finada son la marquesa viuda de Riscal, condesa de Villaseñor y la marquesa de San Lorenzo de Valle-Umbroso.

La muerte de la marquesa de Aguilar de Campóo será muy sentida en la sociedad de Madrid, pues, como toda su familia, gozaba en ella grandes simpatías por su virtud y su caridad.

También era muy estimada por toda la real familia. Sus Majestades se apresuraron a enviar esta mañana su pésame a los hijos de la finada, y lo propio hicieron, en cuanto tuvieron conocimiento de la noticia, todos los infantes.

Por la casa mortuoria desfiló hoy buena parte de la sociedad de Madrid para expresar su duelo.

Mañana viernes, a las once y media, se verificará la conducción del cadáver a la Sacramental de San Isidro.

Dios haya acogido en su seno el alma de la virtuosa señora, a cuyos desconsolados hijos, hermanos y demás familia, enviamos nuestro sentido pésame, asociándonos a su duelo.



Días después se celebraron en San José solemnes funerales, constituyendo una nueva y sentida manifestación de duelo.

En el centro del templo se alzaba un severo túmulo, rodeado de candelabros.

Presidieron el duelo los hijos políticos de la finada, duque de Nájera y conde de Paredes de Nava; el nieto conde de Campo-Real, el sobrino marqués de Riscal, hermano político marqués de Valle-Umbroso, el marqués de Peñafuente y el párroco de San José, don Donato Jiménez.

En la numerosa concurrencia figuraban los duques de la Conquista, Santo Mauro y Bailén; marqueses de la Torrecilla, Rozalejo, Martorell, Santa Cristina, Bondad Real, Sanfelices de Aragón, Grigny, Peñafiel y Zahara; condes de Maluque, Torreánaz, Guendulain, Cerragería, Casal, Cedillo, Aybar y Torata; barón de Casa-Davalillo, y señores Pérez de Guzmán (D. N.), Travesedo (D. F.), Hurtado de Amézaga, Pérez del Pulgar, Manzanos, Quiroga, Vales Failde, Castro (D. A.), Torres (D. E. M.), García San Miguel y López de Ayala, entre otros.

También asistieron muchas aristocráticas damas de la sociedad de Madrid.

Al terminar la ceremonia recibieron nuevas manifestaciones de pésame los hijos y demás parientes de la respetable finada.

El Carnaval en los salones.

A pasado el Carnaval sin que en los salones aristocráticos haya tenido el menor eco. Con este motivo han exclamado muchas personas de sociedad:

—Es la primera vez que ocurre esto en Madrid en esta época. Y tienen razón.

Aun en los años menos animados, menos brillantes, no faltó en la sociedad madrileña una fiesta, algunas fiestas de Carnaval. Los bailes de trajes, los banquetes, hasta algunos *bridges* con enmascarados jugadores hicieron siempre su aparición en los salones aristocráticos, con el contento y el regocijo naturales de cuantos a tales fiestas asistían, y hasta casas en las que no suelen abundar las reuniones en grande abrían sus salones en estas fechas en que impera la careta y el antifaz y en los que parece que hay la obligación de alegrarse.

Pero este año, en sociedad, el Carnaval ha pasado desapercibido; ni una fiesta, ni una reunión, ni un eco, cosa que la juventud ha considerado extremada. ¿Ha sido la actual guerra europea la causa de este silencio? No lo creemos posible, sino seguro. La presente contienda ha dañado muchos y respetables intereses; por otra parte, ha puesto en los espíritus un poco de tristeza, el recuerdo de los que sufren, el dolor de los que mueren, el llanto de los que quedan en la viudez, en la orfandad... Mas si todo esto era obligado,

era justo que así sucediese en las naciones beligerantes; en los países neutrales podía haberse dedicado un eco a estas fiestas carnavalescas.

No ha habido nada, nada. Por primera vez ha sucedido esto en Madrid. Y no sólo ha sido la desanimación para los mayores, sino que también ha alcanzado a los niños. Para la infancia tampoco ha habido nada. Y nosotros nos hemos acordado de aquella lady de Bunsen, embajadora de Inglaterra, que todos los años abría sus salones en honor de los niños con un precioso baile de trajes.

Este año sólo ha habido la alegría al aire libre; la Castellana y Recoletos han recogido las risas y las bromas de las mascaritas y del público, y allí hemos visto nosotros cruzar a las damitas cubiertas de *confetti*, de serpentinas y de flores, entre escasas frases de ingenio y otras abundantes de dudoso gusto.

El Carnaval ha pasado, pues, y ha entrado la Cuaresma. Se acabaron las bromas.



Señorita María Cánovas del Castillo.

(Fot. Kaulak.)

Una boda. La Srta. de Cánovas del Castillo y el señor Ardizone.

 EN la capilla del Santísimo Cristo de la parroquia de San Ginés, adornada con profusión de flores y luces, se celebró ayer tarde el enlace de la bellísima señorita María Cánovas del Castillo—apellido que nos recuerda muchas grandezas en la historia política de España—con el señor don Juan Ardizone y Guijarro, joven e ilustrado médico militar.

Los encantos de la novia, que son muchos—su figura, su cara, su alma—, eran realzados ayer por sus galas de desposada. El blanco vestido de raso liberty, el albo velo, todo de antiguo encaje, contribuía al esplendor de la contrayente. El novio vestía de uniforme de gala. Y ante aquel altar, que era vergel y un ascua de oro, recibieron los novios la bendición nupcial de manos del reverendo jesuita padre Garzón.

El padre de la novia, don Antonio Cánovas del Castillo, ordenador de pagos de los ministerios de Gracia y Justicia y Gobernación, artista ilustre también que ha hecho famoso el seudónimo de *Kaulak*, con la madre del novio, doña Consuelo Guijarro, apadrinaron el enlace, en el que figuraron como testigos, por parte de ambos, don Carlos Álvarez Guijarro, don Ramón Rodríguez Valdés, don Gumersindo de Azcárate, don José Martínez Marín y don Máximo y don Jesús Cánovas del Castillo.

¡Qué grato suceso este de ayer para la ilustre familia de los

Cánovas! ¡Qué de recuerdos para el padre de la desposada, al que su tío, el estadista insigne, profesaba verdadero cariño! Por eso, entre tantas felicitaciones como se repartieron para los novios y para sus padres, iban otras muy efusivas para la abuela de la novia, doña Adelaida Vallejo, viuda de don Emilio Cánovas del Castillo, que, haciendo un alto en sus tristezas que la retraen del mundo, hizo ayer un acto de presencia en el matrimonio de su nieta.

Terminada la ceremonia religiosa, los concurrentes se dirigieron a casa de Tournié, donde se sirvió un espléndido té, repartiéndose entre los invitados, como recuerdo del día de ayer, unas lindas bomboneras con los retratos de los nuevos esposos. Y para consignar si la fotografía era un primor, bastará decir que estaba hecha por *Kaulak*.

Por la noche, y con los deseos de felicidad para los nuevos esposos de todos sus amigos, los jóvenes señores de Ardizzone salieron para Toledo, donde pasarán los días primeros de su luna de miel.

La duquesa de Castro Enríquez.

AYER nos sorprendió la noticia del fallecimiento, casi repentino, de la ilustre dama doña Isabel Álvarez Montes Alonso Bayón Yáñez y Fernández de la Somera, duquesa de Castro Enríquez, condesa viuda de Plasencia, dama noble de la Orden de María Luisa.

Dama caritativa, demostró espléndidamente su filantropía contribuyendo espontáneamente, cuando la suscripción de la guerra de Cuba, con 500.000 pesetas en metálico, con notorio perjuicio de sus intereses, puesto que hubo de disponer de papel del Estado, que entonces estaba en baja. Además de este patriótico rasgo, característico de la mujer española, hizo muchas obras de caridad a particulares en cantidades de cinco, diez y quince mil pesetas, repetidas en diferentes ocasiones.

La ilustre finada era ahijada de la Reina Doña Isabel II, a la que ha sido completamente fiel hasta su muerte. El entrañable cariño que aquella Reina profesaba a la duquesa halló siempre correspondencia en ésta, que la quiso con fe ciega.

Entre los muchos cargos que ha desempeñado la duquesa de Castro Enríquez figura la presidencia del Asilo de la Santa Espina, verdadera institución benéfica creada por la madre de la finada, por cuyo recuerdo se le concedió el título de condesa de la Santa Espina; fué camarera mayor de la Congregación de Nuestra Señora del Carmen, a cuyas expensas se sostiene la parroquia de San Gi-

nés, y pertenecía, además a muchas Congregaciones religiosas y benéficas de Madrid y provincias.

La muerte de la señora duquesa de Castro Enríquez, que, como dejamos dicho, fué casi repentina, la sorprendió rodeada de sus entrañables hijos los marqueses de Valderas y condes de la Revilla, que la asistieron con solícito cuidado hasta el último momento.

Hoy son esperados los otros hijos de la finada, los condes de Plasencia, que se encuentran en Córdoba, y los de Serdañola, que residen en Valencia.

De la linajuda familia de la duquesa forman parte los condes de Troncoso, los marqueses de Valdavía, la condesa de Albaterra y los marqueses de Boil.

El cadáver de la respetable y caritativa dama, al que velan hermanas de la Caridad, descansa en severa arca de ébano tapizado, colocada en el suelo y rodeada de blandones, dando frente al altar levantado en la capilla ardiente, en la misma habitación que sirvió para el mismo triste caso a seis hijos, contigua al suntuoso salón de recepciones del grandioso palacio, por el que desfilaron toda la Grandeza española y al que hoy cubren crespones de luto.

En dicha capilla, y durante la mañana de hoy, se dirán seguidamente misas por el alma de la finada.

Por la tarde se verificará el sepelio de la ilustre dama, cuyo acto constituirá seguramente una imponente manifestación de duelo.

Descanse en paz la caritativa duquesa, cuya pérdida será llorada por muchas familias, a quienes tanto bien hizo, y reciba su aristocrática familia nuestro más sentido pésame.



Esta tarde se verificó su entierro en el cementerio de San Isidro.

Abrió la marcha del cortejo fúnebre el estandarte de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, de la parroquia de San Ginés, y seguía el clero de ésta con manga, cruz alzada y cantores.

En una carroza tirada por cuatro caballos era conducida la caja de caoba con herrajes de plata.

Presidia el duelo el jefe del Gobierno, señor Dato, albacea testamentario de la duquesa; los hijos de la finada, marqueses de Serdañola y Valderas y condes de Revilla y Plasencia, y el párroco de San Ginés.

En el acompañamiento, numeroso y distinguido, figuraban el ex presidente del Consejo de ministros señor Maura, los ex ministros marqueses de Tenerife, Vadi-
llo y Figueroa.

Los duques de Sotomayor, Vega, Béjar y Veragua.

Los marqueses de Cenete, Santa Cruz de Rivadulla, Castromonte, Casa Saltillo,
Rafal, Casa León, Hermida, Regalia, Valdeiglesias.

Los condes de Cerragería, Villamonte, Revilla-Gigedo, Chacón, Villanueva,
Santa Lucía, Sepúlveda, Almenas y Sallent.

Señores Barroso, Espinosa de los Monteros (don Eugenio), Bofarull, Gil Del-
gado, Cos, Argüelles, Martín Veña, Sanchis, Melgar (don Manuel), Gamazo, Weyler,
Creus, Polavieja, Dávila, Corredor, González Castejón, Huerta, Sáinz de los Terre-
ros, Elola, Sevillano, Retortillo Macpherson (don Agustín) y otros.



En los salones de la marquesa de Squilache. Una fiesta aristocrática.



La casa de la marquesa de Squilache.

—Bien, señor.

Y se cerró la portezuela y el coche comenzó a rodar. Dentro pensaba yo: Último miércoles de la marquesa; último día, por ahora, de fiesta grande en sus salones. ¡Qué lástima! Y ¡cuánto lo siente la sociedad aristocrática! Pero lo impone la Cuaresma, y la Cuaresma manda. Por gusto de la marquesa de Squilache, estas fiestas de los miércoles seguirían todo el año; por deseo de cuantos a ellas concurren, no hay que decir; mas la época impone un poco de silencio, y a la tradición hay que obedecer. Pero la verdad es que es una lástima. El único salón que este año se ha abierto a las alegrías del mundo es el de esta dama, ilustre por tantos conceptos y bondadosa por tantos motivos. «Marquesa—le dicen—, que Fulanito no tiene para pagar la casa y se muere de hambre.» «¡Vaya por Dios!—responde—. Pues que pague el cuarto y que viva.» Y de su bolsa sale un socorro siempre. «Marquesa—le repiten unas lindas muchachas—, queremos que nos deje usted bailar; es nuestra afición.» Y, amable y sonriente, la marquesa les dice: «Pues bailad cuanto tengáis gana.» Y siempre atiende, y siempre complace.

Pero ahora no se debe bailar, y no se baila. Hay que esperar a que lleguen los sonos alegres de la Pascua, y entonces los salones de la marquesa volverán a abrirse ampliamente. De aquí al Domingo

de Resurrección sólo los íntimos, sólo los habituales contertulios acudirán al palacio de la plaza de las Cortes.

Hemos llegado. El coche se detiene en el amplio zaguán, entre las redondas esferas de boj. Y descendemos de él y comenzamos a subir la espléndida escalera. Los salones están iluminados. Es la última noche *de recibo* y la despedida es brillante. ¡Cómo no! Se celebra un gran banquete y luego una fiesta de arte. Y los comensales, o mejor dicho, los que han de ser los comensales, que esperan ya en el salón de los espejos, cambian sus primeros saludos con la marquesa, sobre cuya *toilette* de raso brochado refulgen los brillantes y muestran el oriente las perlas.

La figura casi gigantesca de Pepe, el mayordomo de la marquesa, se yergue en la puerta del salón y anuncia:

—La señora marquesa está servida.

Y al comedor pasan los invitados. Con la marquesa de Squilache siéntanse a la mesa, cuyo dibujo de flores semeja artístico parterre, el presidente del Consejo y la señora de Dato, el ministro de la Guerra y la condesa del Serrallo, el ministro de Gracia y Justicia y la señorita de Burgos, que al lado de su padre pasa una temporada en Madrid; el ministro de Instrucción pública, conde de Esteban Collantes; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el capitán general marqués de Estella, la condesa y el conde de Agrela, la duquesa viuda de Sotomayor, la marquesa y el marqués de Valdeiglesias, la marquesa de Bolaños, el subsecretario de Gracia y Justicia, marqués de Grijalba, y el diplomático señor Méndez de Vigo.

Y cuando se terminó el espléndido *menú*, impreso en la blanca y blasonada cartulina, y cuando los comensales saboreaban el café, comenzaron a llegar los invitados a la fiesta. Fiesta de arte era y el éxito fué brillante. Se animaron más los salones, se iluminaron más, se embellecieron más; y fué de las primeras en llegar la gentilísima Genoveva Vix, la celebrada diva de nuestro teatro de la Opera, la que sedujo con su arte y su elegancia la noche de su *début*, interpretando deliciosamente el personaje de Manon; la que mostró su soberana distinción en el acto de *Cours la reine*.

Anteanoche su figura se envolvía primorosamente en su ligerísima *toilette*. Sobre palidísimo fondo de tono rosa caía su traje

blanco, bordado de cristal y salpicado de diamantes. Al descubierto sus hombros, dejaban admirar la delicadeza de su busto. Un turbante de gasa cristalina, bordado de brillantes, cobijaba sus rubios y rizados cabellos. Y a su garganta se ceñía un soberbio collar de magníficas esmeraldas. Alta, delgada, esbelta, elegantísima, con sus ojos azules como el cielo, Genoveva Vix era un primor.

—Cuando usted quiera.

—Cuando lo quiera usted.

El hermoso salón blanco se había llenado de damas que ocupaban, bajo los espejos, los albos divanes; en los saloncitos extremos se congregaron los ilustres caballeros. Y cuando el maestro Guervós, el gran acompañante de las eminencias artísticas, se sentó al piano, cesó toda conversación y se hizo el silencio. Genoveva Vix iba a cantar. Y cantó. Cantó con su voz deliciosa, finísima, dulce, encantadora, subyugando desde el primer instante a cuantos la escuchaban, el *Pensée d'automne*, de Massenet; *La Chevelure*, de Debussy; una romanza de la ópera *Louis*, de Charpentier; *Pour un baiser*, de Tosti; *Obstination*, de Foutenattes, y, por último, la habanera de la *Carmen*, de Bizet.

Prodigiosa. Admirable. Las manos, todas, ofrecieron sus aplausos a la bellísima diva, que al final de cada obra obtuvo una ovación.

—Señora Vix, no se nos marche usted del Real.

Hubo un intermedio. No he de decir «descanso», porque nadie se cansó de escuchar el arte. Hubo un intermedio, en el que la concurrencia pasó al comedor, cuya mesa aparecía repleta de manjares. Y a los pocos momentos el blanco salón volvió a ser ocupado por el selectísimo concurso. ¡Cuánta dama hermosa y cuánta mujercita en flor! Pues ante ellas, en el centro de aquel salón, apareció la figura de Pepe Medina, el sin par imitador, el imitador inimitable, el artista original, sencillo, modesto y admirable.

Hace unos miércoles entretuvo encantadoramente a los contertulios de la marquesa; hace unas noches—el sábado—los Reyes llamáronle a Palacio, y allí, en la intimidad, Medina hizo las delicias de la familia real, que se había reunido para escucharle. Anoche volvió a casa de la marquesa y recreó el espíritu de cuantos le oyeron. Entre carcajadas continuas y aplausos espontáneos se des-

lizó deliciosamente el trabajo del singular actor. ¿Qué hizo? Uno, dos, tres monólogos. Y luego, con ese don especialísimo de la imitación con que Dios le ha dotado—y que Dios se lo conserve muchos años—, parodió a Carreras en *El pobre Valbuena*, en *La Revoltosa*; a Ortas, en *El amigo Melquiades*; a Chicote, a Santiago, a Barraycoa, a Rubio, a Ontiveros, representando después una escena de *La mala sombra*, en la que intervienen cinco personajes, e imitando a los cinco: Carreras, Ontiveros, Manzano, García Valero, Soriano. Fué el de Medina un gran éxito. No era oírle a él: era oír a los artistas imitados.

Todos pasaron una noche deliciosa. «¿Por qué se acabarán—se decían—estos ratos tan agradables?» «Marquesa—le añadían—; es preciso que venga la Pascua y que estos salones vuelvan a ofrecernos sus encantos.»

Y la marquesa de Squitache respondía: «Pues dejemos pasar la Cuaresma y esperemos a que venga la Pascua, con sus alegrías, su sol y sus flores.»

La concurrencia.

Citaremos los nombres de las damas que la formaban, aunque algunos, sintiéndolo, queden olvidados:

La princesa Pío de Saboya, las duquesas de Medina de Rioseco, Plasencia, Sotomayor, Algete, Tetuán y Luna; las marquesas de Alameda, Atalayuelas, Atarfe, Alquibla, Benicarló, Caicedo, Espinardo, Frontera, viuda de Hoyos, Moctezuma, Mohernando, Almonacid, Mesa de Asta, Prado-Ameno, Ribera; las condesas de los Andes, Alcubierre, viuda de Arcentales, Caudilla, Castilleja de Guzmán, Heredia-Spínola, Hornachuelos, Maceda, Corzana, Oliva de Gaitán, Pinofiel, Romanones, Torre-Mata, Riudoms, San Luis, Torre-Arias, Velayos; vizcondesas de Roda, Fefiñanes y Garcigrande.

Las embajadoras de Italia e Inglaterra, condesa de Bonin-Longare y lady Hardinge; madame Van Royen, esposa del ministro de los Países Bajos; madame Vieugué, esposa del consejero de la Embajada de Francia.

Señoras y señoritas de Núñez de Prado, Laiglesia (D. E.), Martín y Aguilera (D. V.), Icaza, Ayquavives, Bañer, Pereira, Oliva de Gaytán, Dato, Espinosa de los Monteros, Caro, Martínez de

Irujo, Sanz y Escartín, León, Mencos, Téllez-Girón, Ximénez de Sandoval, Zulueta y Martos, Casa-Torres, Guerra, Juanes, Bertrán de Lis, Bermúdez de Castro, Quiroga y Navia Osorio, Gómez-Barzanallana, Collantes, Chaves y Lemery, Figueroa, Travesedo, González de Castejón, Hoces, Jordán de Urríes, Fernández de Córdoba, Lázaro, Vázquez Barros, Movellán, Muñoz Vargas, Muguero, Rodríguez de Rivas y algunas más.

El ex presidente del Consejo conde de Romanones, los embajadores de Italia e Inglaterra, el ministro de Holanda, los secretarios de la Argentina e Italia, señores Moreno y Macario; el agregado militar de Italia, capitán Marsengo; el consejero de Francia, M. Vieugué; el alcalde de Madrid, señor Prast; el presidente de la Audiencia provincial, señor Ortega Morejón; los generales Tovar y Primo de Rivera (don Miguel), los duques de Hornachuelos (que ha salido hoy para Larache como ayudante del general Fernández Silvestre), Plasencia, Sotomayor y Tovar; marqueses de Gerona, Benicarló, Romana, Laurencín, Ahumada, Atalayuelas, Narros, Frontera, Mohernando y Ribera; condes de Guendulain, San Luis, Ardales del Río, Riudoms, Caudilla, Andes, Heredia-Spinola y Maceda; vizconde de Roda, señores Tolosa Latour, Garnelo, Burell, López Muñoz, Martínez Abades, Hoyos y Vinent, Bernaldo de Quirós, Lázaro, Gache, Bäuer, Alcázar y Roca de Togores, Sancho, Santa María, Retortillo, Velasco, Weyler (D. A.), Navarro Reverter, Laiglesia, Cavestany, Gómez-Barzanallana, Vadillo, Icaza, Figueroa, el capitán general marqués de Tenerife, Lastra, Creus y algunos más.

Los honores, muy amablemente hechos.

No faltaron las mesas de tresillo y de *bridge* y sus partidos correspondientes.

La marquesa de Squilache regaló a Medina una preciosa petaca, y de la misma ilustre dama recibirá hoy un magnífico abanico antiguo la gentilísima Genoveva Vix.

Fiestas en las que, como en la de anoche, se reúnen la aristocracia y el arte no pueden resultar mas que de una manera: encantadoras.

Se sirvió un espléndido *buffet* en aquella mesa adornada con las frutas de Abarán, los helados de Tournié y los bombones y los dulces de Hidalgo. Todo exquisito.

MARZO - 1915

Un té del ministro de Bélgica. Del beneficio de María Guerrero.

EL ministro de Bélgica en Madrid, barón Grenier, dió ayer tarde en el Hotel Ritz, según dijimos, un té en honor del ministro de Estado belga, M. Cooreman, que desde hace algunos días se encuentra en Madrid, y de su acompañante, el ilustre canónigo señor Carton de Wiart.

Fueron invitados a la reunión muchos representantes del Cuerpo diplomático extranjero y distinguidas personas de la sociedad de Madrid.

Entre los primeros figuraban el embajador de Inglaterra y lady Hardinge, el de Italia y condesa Bonin-Longare, el de Francia, M. Geoffray; ministro de Holanda y Mme. Van Royen, ministro de Suecia y baronesa de Falkenberg, encargado de Negocios de Portugal, consejero de Francia y Mme. Vieugué, secretario de Inglaterra y Mme. Phipps, secretario y agregado militar de Italia, señores Macario y Marsengo; secretario de la Legación argentina y otros.

De personas de la sociedad asistían también la duquesa de Fernán-Núñez, duquesa y duque de Montellano, marquesa del Muni, duquesa viuda de Sotomayor, condesa de Scláfani, marquesa de Bolaños, condesa de San Félix y señorita de Castellanos, señores de Lastres, condesa y conde de la Vega de Ren, marqués de la Mina, duque de Tetuán, conde de la Mortera, secretario del Rey, don

Emilio M. de Torres; conde y condesa de Romanones, ex ministro señor Navarro Reverter, don Manuel González Hontoria, don Pablo Bosch y muchos más.

Los concurrentes fueron obsequiados con un espléndido té.

Los señores Cooreman y Carton de Wiart fueron presentados a muchos de los invitados, con quienes hablaron de los sucesos de la guerra, refiriendo algunos episodios muy interesantes y dramáticos.

Negó M. Cooreman las noticias publicadas por algunos periódicos, respecto a sus propósitos de dar algunas conferencias en Madrid. Tal propósito no ha existido nunca.

La reunión fué muy agradable.



La noche de ayer puede decirse que fué de fiesta en la Princesa. Beneficio de María Guerrero, nuestra gran actriz. La sala del teatro estaba brillante. Y entre la concurrencia distinguida vimos a la condesa de Romanones y a la duquesa de Pastrana, a la marquesa de Valdeiglesias, a la condesa de Maceda, vizcondesa de Fefiñanes y señora de Flórez, la duquesa de Dúrcal y la señora de Bosch y Labrús, la marquesa de la Laguna y la condesa de Requena, la duquesa de Pinohermoso, la condesa de Villamonte, la marquesa de Caicedo, la marquesa de Argüelles, la señora de Liñán, las señoritas de Bernaldo de Quirós y la condesa de Saceda, la duquesa de la Victoria y la princesa Pío de Saboya, las señoras y señoritas de Sánchez Guerra y Barroso, la marquesa de Portago y la señorita de Cabeza de Vaca, la duquesa de Tetuán y las señoritas de O'Donnell, la marquesa de Pozo-Rubio y la señorita de Fernández de Villaverde, la condesa de Heredia-Spínola, las señoras y señoritas de Sterling, Alvarez Quintero, Marquina, Carvajal, Miller, Fernández de Villavicencio, Verdugo, Allende y muchas más.

El cuarto de la insigne artista aparecía convertido en un bellissimo jardín y en una linda exposición. Tantas flores había y tantos presentes se reunieron. Porque no en balde la sociedad aristocrática quiere con afecto sincero a la excelsa María.

Así, de un centro de plata rebosaban las camelias, enviadas por la condesa de San Félix; de rojos claveles era la *corbeille* de la

marquesa de Argüelles; espléndidos aquellos abanicos enviados por el duque de Tamamés y por don Antonio de Hoyos; elegantísima la sombrilla enviada por la marquesa de Ivanrey; lindo aquel retrato de María Guerrero en *La alcaldesa de Pastrana*, encerrado en rico marco de amatistas, obsequio de la señora de Marquina, y cien presentes más de los condes de San Luis, de la señora de Laiglesia, de la condesa de Agrela, de los condes de Romanones, de la marquesa viuda de Hoyos, de la condesa de Pardo Bazán, de los condes de Heredia-Spínola, de los marqueses de Valdeiglesias, de Martínez Sierra, de los señores de Sánchez Guerra, de Vargas Machuca, de Jacinto Benavente, de Margarita Xirgu, de Emilio Thuillier, de Cristino Martos, de Manuel Merino...

No faltó el presente de la Casa del Pueblo, que consistía en dos hermosos jarrones de fina porcelana, y no faltó tampoco la *corbeille* de la infanta Isabel, primera que salió al escenario cuando la escena se cubrió de flores; ni faltó la augusta dama, que desde el primer momento ocupó su palco con la señorita Juana Bertrán de Lis.

De pleno triunfo, de pleno agasajo. De todo esto fué la noche. Y todo ello era muy merecido.



La condesa de Bornos.

 EN su finca de Los Lavaderos, cercana a Toledo, falleció ayer la ilustre señora doña María de la Asunción Ramírez de Haro y Crespi de Valldaura, condesa de Bornos, Grande de España, muy conocida por su título y por su cuantiosa fortuna, que algunos elevan a cien millones de pesetas.

El título de condesa de Bornos, creado en 1644, y al que se unió la Grandeza de España en 1780, lo heredó de su padre en 1855. Estaba también en posesión de los títulos de marquesa de Villanueva del Duero y condesa de Murillo, ambos con Grandeza, y de los de condesa de Montenuovo, Peñarrubias y Villaverde.

Poco aficionada a frecuentar la sociedad, hizo siempre una vida muy retirada. Apenas venía de vez en cuando a Madrid, gustando más de residir en el campo que en su palacio de la calle del Pez, en el que no ha mucho hizo reparaciones que importaron más de 90.000 duros.

Profundamente religiosa, la condesa de Bornos se consagraba preferentemente a obras piadosas y de caridad. Hacía el bien de continuo y en silencio, repartiendo cuantiosas sumas. Ayudó a gran número de instituciones benéficas, y jamás llamó a su puerta una necesidad que no fuera socorrida.

De sus múltiples beneficios apenas se enteró más que su apode-

rado, el conde de Guevara, en quien la condesa tenía depositada su confianza.

La muerte de esta ilustre dama es acaso el único hecho que da ocasión a que de ella se ocupen los periódicos.



Descendía la condesa de Bornos de la famosa doña Beatriz Galindo, *la Latina*, y era poseedora de uno de los mayorazgos fundados por esta señora y su esposo, don Francisco Ramírez, conquistador de Málaga y sucesor del legendario Gracián, el del milagro de Atocha. El segundo mayorazgo, con su castillo de Rivas de Jarama, lo poseyó el célebre duque de Rivas don Angel Ramírez de Saavedra, autor del *Don Alvaro*.

Los padres de la finada condesa residieron también constantemente en la finca Los Lavaderos de Rojas. Allí falleció el difunto conde, don Jesús Ramírez de Haro, en 1854, cuando su hija contaba cuatro años. Su esposa falleció en 1880. Los restos de ambos descansan en el panteón de la capilla de aquella posesión, donde también han recibido sepultura las cenizas de la última poseedora del título.

Acostumbrada desde su niñez a vivir en Los Lavaderos, prefirió siempre aquella residencia a la de su palacio de Madrid. Su principal distracción consistía en presenciar las labores del campo y las operaciones del cuidado de la ganadería. Cuando llegaba la época del esquila, gustaba mucho de asistir a este trabajo, y obsequiaba espléndidamente a rabadanes y pastores.

No le atraía la vida de sociedad, ni la sedujo el matrimonio.

La fortuna territorial de la condesa de Bornos era de las mayores de España. Poseía fincas en las provincias de Burgos, Valladolid, Zamora, Santander, Granada, Jaén, Logroño, Córdoba, Badajoz y Toledo. Su ganadería era también de las más importantes, pues no tendría menos de 20.000 cabezas. Al cuidado de todos estos bienes había 19 administradores.

Como ella se cuidaba de todos los asuntos de la casa y se entendía con estos administradores, así como con el administrador general y con el secretario, su despacho era como el de un ministro.

Cuentan que en una ocasión la presentó uno de sus administradores una Memoria proponiendo el arrendamiento de una finca que habría que quitar a los colonos, con lo cual aquélla produciría mucha mayor renta. La condesa decretó al pie: «Negado por no perjudicar a mis colonos».

Muchas veces se la ofrecían compras de fincas y ganados de pobres propietarios que se encontraban en gran necesidad, y ella accedía siempre, pagando a buen precio. Si se la hacía observar que se perjudicaba en sus intereses, como la condesa sólo se proponía favorecer a los pobres, contestaba:

—Ese es mi abono del Real.

En años malos perdonó muchas veces las rentas a sus colonos. En sus casas de Madrid no se dió jamás el caso de que un inquilino fuese desahuciado por atrasos en el pago. Los viejos servidores de la Casa, cuando dejaban de prestar servicio por ancianidad o invalidez, quedaban con pensión.

Se recuerda que, cuando surgió la segunda guerra carlista, como se creyera que su madre tenía las ideas del partido del Pretendiente, fueron confiscados sus bienes. Fué nombrado entonces tutor de la condesa niña el ilustre hombre público don Manuel Silvela, que cumplió rectamente los deberes de la administración que se le impuso. Al hacerse la Restauración, fueron devueltos todos los bienes confiscados.

Decíase que la fortuna de la Casa de Bornos producía entonces una renta de un millón de pesetas. No es de extrañar, pues, que con las rentas acumuladas se multiplicase aquel importante patrimonio.

Además de las pensiones a sus servidores, de sus constantes obras de caridad, de la concesión de dotes a doncellas pobres para contraer matrimonio o profesar en religión, se recuerdan muchos rasgos de generosidad de la condesa.

Cuando la crisis de la caña de azúcar quedaron en una situación muy apurada, por efecto de la mala cosecha, los colonos de Motril. La condesa regaló más de un millón de pesetas para repartir entre aquéllos. De ese modo pudieron los obreros hacer frente a sus necesidades.

Hace unos cuantos años envió otro millón de pesetas a Su Santidad el Papa León XIII.

Para reposiciones de Institutos piadosos y benéficos de Toledo ha dado también en diversas épocas fuertes cantidades.

Al estallar la guerra de España con los Estados Unidos fué la noble dama la que acudió con mayor suma al llamamiento nacional.

El heredero de los títulos de la Casa es el mayor de los primos hermanos de la condesa por la línea paterna, o sea el conde de Villariezo, hermano de la condesa viuda de Campo de Alange y del conde de Villamarciel.



En la parroquia de Santiago Apóstol, de Toledo, se celebraron días después solemnes funerales en sufragio por el alma de la condesa de Bornos.

Presidieron el duelo los condes de Villariezo, Serramagna, Campo de Alange y Guevara; los hijos del conde de Villamarciel, el prior de los Carmelitas y el capellán de la Casa, entre otras personas, formando parte de la concurrencia las autoridades de Toledo y representaciones de varias Comunidades religiosas.

Después de los funerales se distribuyeron entre los pobres 3.000 bonos, por valor de seis reales y un kilo de pan cada uno. También se repartieron cuantiosos donativos entre todos los Centros benéficos, parroquias y Corporaciones católicas.

Dice un periódico que desde que falleció la condesa, el administrador general, conde de Guevara, tiene dada orden de que a todos los pobres que se acerquen a la finca de Los Lavaderos, pidiendo limosna, se les socorra con la cantidad de 2,50 pesetas, si son hombres, y de una peseta, si son niños o mujeres.

En todas las capitales de provincia y cabezas de partido donde tenía posesiones la condesa, se ha dispuesto que se celebren las misas de San Gregorio.

El tresillo y el "bridge"

Los tresillos y los *bridges* animan los salones madrileños. A falta de fiestas mayores, los aficionados a estos juegos se reúnen frecuentemente, y ante sus mesas, elegantemente dispuestas, se cambian apuestas que a veces suelen ser respetables.

Los señores de Vázquez de Zafra, que son unos *bridgistas* considerables, han tenido en su casa unos jueves muy animados. Sus salones de la calle de Serrano se han visto muy concurridos, y en ellos ha imperado el *bridge* valientemente; pero por ahora se suspenden tan interesantes partidas, y la de mañana será la última.

Los marqueses de Benicarló han tenido también tardes muy brillantes de *bridge*, y en su casa de la calle de Almagro se han pasado horas deliciosas. La marquesa de Arco-Hermoso es una tresillista admirable, y todas las noches hay su consabido cambio de baraja. La marquesa de Squilache todas las noches, después de la comida, a la que invita a sus más íntimos, prepara su consabida mesita tresillesca, y la marquesa de Argüelles es otra de las favoritas del juego español. Por ahora no cultiva el *bridge*; pero se dispone a cultivarlo y, como en el tresillo, triunfará.

—¿Cuántas horas lleva usted jugando, marquesa?—le hemos dicho un día.

—Pues no lo sé—nos ha contestado amablemente—; empeza-

mos a las cuatro de la tarde y son... las tres de la madrugada y aún nos faltan por sacar unas puestas.

Y esta pregunta y esta contestación se ha repetido algunas veces. Es una tresillista incansable.

Ayer reunió en su casa—¡oh, Huerta espléndida de recuerdos unidos a la historia de España!—a un buen número de amigos para... ¿para qué?, pues para jugar al tresillo y al *bridge*. Vestía una *toilette* de encaje blanco que era un primor. Bordeando el escote lucía un collar de hermosas perlas. Y eran sus compañeros de mesa el capitán general marqués de Estella y el conde de San Luis. ¿Perdieron? Ella, no. El general Primo de Rivera, tampoco. En otras mesas se jugaba al *bridge*, como, por ejemplo, en aquella ocupada por la señora de Vázquez de Zafra, sobre cuya cabecita dorada descansaba un coquetón sombrero de terciopelo negro bordeado de blanca pluma; por la marquesa de Sotelo, por la señora de Dorado, esposa del caballero de S. M., y por el señor Suárez de Tangil; y ocupaban las demás la marquesa de la Conquista, la princesa de la Glorieta, la marquesa y el marqués de Benicarló, la señora de Cuesta, la de López Chicheri, la de Flórez, el marqués de Ahumada, el general Ezpeleta, los señores Albuquerque, Dorado y Vázquez de Zafra y alguno más.

—He perdido tanto.

—Yo he ganado cuanto.

—Faltan por sacar dos puestas.

—Se continuará.

La gente joven, que no juega, se dedicó a charlar y formó su tertulia en uno de los encantadores saloncitos del palacio. No se tocó el piano, pero hubo música: la que producían con sus voces aquellas lindas mujercitas, que eran: la señora de Liñán y Rosario y María Bernaldo de Quirós, hijas de los marqueses de Argüelles; la condesita de Saceda, las señoritas de Cuesta, González-Alvarez y Méndez de Vigo. Con ellas, los señores Pineda, Nardiz y Argüelles, entre otros.

Se pasó la tarde muy agradablemente y se sirvió un espléndido té.



La marquesa viuda de Donadio.

(Fot. Franzen.)

La marquesa viuda de Donadío.

CEN su casa de la calle de Doña Bárbara de Braganza ha fallecido esta mañana, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad, la anciana y distinguida señora doña Concepción Nájera y Aguilar, marquesa viuda de Donadío.

Era la finada una dama respetable y caritativa que, como toda su familia, gozaba justas simpatías en la sociedad de Madrid.

De su matrimonio con el difunto marqués de Donadío deja cuatro hijos: don Antonio Fernández de Liencres, actual poseedor del título, casado con doña Guadalupe de la Viesca, hija de los difuntos marqueses de Viesca de la Sierra y hermana de la duquesa de Seo de Urgel y de la marquesa de Santa María de Silvela; doña María Josefa, esposa de don Luis Barroeta; don Miguel, casado con doña María Flórez, y don Luis, soltero.

Nieta de la finada es la marquesa de Villabragima, hija política de los condes de Romanones, y hermano suyo fué el difunto primer marqués de Nájera, padre del marqués actual.

No frecuentaba ya los salones aristocráticos porque los años habían echado sobre ella su carga pesada; por consiguiente no se la saludaba en las fiestas mundanas; pero sin embargo hizo hace poco tiempo un alto en su retraimiento habitual y salió para asistir a una ceremonia.

—Dichoso día el de hoy, marquesa—la dijeron algunos.

—¡Qué quiere usted—contestó ella—. Todos los días no se casan nietas!

Sucedía esto en la boda de su nieta Anita Fernández de Liencres con el marqués de Villabrágima.



En la tarde del día 10 se verificó su entierro.

El cadáver, encerrado en magnífica caja de caoba, fué conducido en una carroza tirada por seis caballos.

Presidieron el duelo el conde de Romanones, el marqués de Donadío, don Miguel y don Luis Fernández de Liencres y don Luis Barroeta.

En el acompañamiento figuraban los señores Bäuer, Prast, Santa María de Paredes, Bahía, Kindelán, Martos O'Neale, García San Miguel, Alonso Martínez, Pérez de Guzmán, Figueroa, Travesedo y Retortillo Macpherson (D. Agustín).

Los condes de Cerragería, Cabaña de Silva, Artaza, Almenas, Bernar, Maluque, Casa Sedano, Finat, Casal, Casa Flórez, Cedillo, Andes y Guendulain.

Los marqueses de Nájera, Santa María de Silvela, Puebla de Rocamora, Peralta, Laurencín, Guevara, Miranda, Castromonte, Ribera, Villatoya, Goicoerrotea, Benicarló y Jura Real.

Los duques de las Torres, Tovar, Ahumada, Unión de Cuba y Nájera.

Nos asociamos sinceramente al duelo de los hijos y nietos de la finada, enviándoles nuestro sentido pésame.

Un concierto en la Princesa. Escuchando a María Barrientos.

UNA buena parte de la sociedad aristocrática asistió anoche al teatro de la Princesa para festejar con su presencia y sus aplausos a la diva sin par, admirable y admirada, que se llama María Barrientos. Y si en el primer concierto—tarde feliz en la que nos renovó los recuerdos de cuando la oíamos en el Real—obtuvo el éxito entusiasta que merecía, anoche el triunfo fué tan espontáneo como clamoroso.

Por oír a la Barrientos—así se la llama—había una grandísima expectación. Así, a pesar del precio de las localidades, el teatro se vendió hasta el último asiento.

¿Qué decir de María Barrientos? ¿No basta recordar las ovaciones cariñosísimas del público y el entusiasmo delirante de la multitud? El arte de María Barrientos nos emocionó con una intensidad que pocas veces se aprecia aun en las fiestas artísticas de mayor trascendencia. El difícilísimo arte del *lieder*, de la canción de concierto, toda exquisitez e intimidad, es en María Barrientos algo que no es fácil adjetivar con los vocablos que aplicamos a todo el mundo. Su timbre delicioso y cristalino, los preciosos jugueteos de su voz, sus acentos apasionados e intensos, hacen que nos emocionemos y aplaudamos con fervor.

Mas como nosotros no vamos a hacer crítica, sino sencillamente a hacer crónica, y como ya queda apuntado el éxito personal de la

artista, consignaremos aquí que la sala del lindo teatro ofrecía un aspecto brillante y que palcos y butacas eran ocupados por concurrencia selectísima.

S. A. R. la infanta doña Isabel, gran entusiasta de la música y de los artistas españoles, acudió desde primera hora a su palco, acompañada de su dama la señorita Juana Bertrán de Lis. Vestía la infanta una *toilette* gris perla y se adornaba con brillantes. Su dama ceñía sus cabellos con una cinta de plata.

En su palco, María Guerrero, la gran María Guerrero, que además de una gran amiga es, asimismo, una gran admiradora—¿y quién no?—de la Barrientos. ¡Vaya un par de Marías!

En los suyos, en sus localidades respectivas, la condesa de Romanones, su esposo, el ex presidente del Consejo; la duquesa de Pas-trana, la marquesa de Villatoya, la princesa Pío de Saboya, la señora de Cuadra, la duquesa de Dúrcal, la marquesa de Valdeiglesias, la joven señora de Marañón y su hermana la bellísima señorita de Moya, la marquesa de Bolaños, la señora de Bailer, las señoras de Reynot y Linares Rivas, la condesa de Alcubierre y la marquesita de Espinardo, la señorita de Ladrón de Guevara, la marquesa de Amboage, la señora y señorita de Sterling, la señora viuda Del Río, la señora viuda de Saro, las señoritas de Bernaldo de Quirós y Argüelles, Méndez de Vigo, Movellán (hija de los marqueses de este título, que pasa en Madrid una temporada), Sellés, la señora de Gómez-Acebo, la señora y señorita de Cañás, dos bellas argentinas que se encuentran accidentalmente en España; las señoritas de Carvajal, Maturana, Heredia, Villavicencio y Cañedo; la marquesa de Somosancho, la señorita de Caballero y Echagüe, la señora de Güell, la de Arnús, la de Bosch, la señora de Guerra y la señorita de Juanes—dos argentinas—, la marquesa de Aguiar, la señora viuda de Orfila y su hija María Luisa, señorita de Potestad, señora de Orfila, señora de Santana, la ilustre diva Graziella Pareto, gran admiradora de la Barrientos, y muchas más.

Todas ellas rindieron su homenaje a la artista.

Aquellas manos enguantadas de blanco, brindaron repetidamente sus palmas a la española ilustre en cuya garganta puso Dios el tesoro encantador de su voz.

Fué ovacionada, repetidamente ovacionada, Y a través de su

primorosa *toilette* azul, dibujábase la silueta delicada de su cuerpo gentil que se inclinaba en reverencia de gratitud ante aquellas férvidas aclamaciones. Sobre su pecho lucía un magnífico *pendantiff* de brillantes. Su cabellera negra la coronaba con un alto *sprit*.

Al final le fué ofrecida una hermosa *corbeille*.

La fiesta de San José en los salones.

PARA la sociedad aristocrática fué la tarde de ayer de mucha animación. No hubo grandes recepciones como otros años, no; pero no faltaron horas muy concurridas en algunos palacios. La marquesa de Argüelles es una de las Pepitas más populares de la sociedad madrileña; su casa, los salones de esa *Huerta* espléndida que ella tiene por residencia, se ven todos los años, en el día de San José, llenos de amigos que van a ofrecerla su felicitación por su santo; pero ayer hubo menos, mucho menos que de costumbre, y eso que el anuncio era de haber más. ¿Por qué? La marquesa de Argüelles era gran amiga, buenísima y entrañable, de la marquesa viuda de Arco-Hermoso, y la marquesa viuda de Arco-Hermoso—gran tresillista, como la marquesa de Argüelles, y a la que aludíamos en una de nuestras crónicas recientes—falleció anteayer y ayer fué enterrada.

La Huerta, pues, no se animó. A ella iba diariamente la dama sepultada ayer, y la marquesa de Argüelles no quiso tener recepción, como homenaje de dolor a la que fué su amiga; pero así y todo, los amigos, los íntimos amigos de la Casa acudieron a decirle a la de Argüelles:

—Marquesa, mil felicidades y otras mil y mil más.

Aquello era un jardín. Rosas, claveles, camelias, violetas, crisantemos, lilas blancas... ¡qué sé yo!... Y todo en bellos centros de

porcelana, de plata o de bronce y en monumentales *corbeilles*. ¡Cómo estaba aquella galería o *loggia*! Porque, además de las flores—no hay adorno mejor después de la mujer—, se ofrecían al elogio de los reunidos no sé cuántos presentes enviados también por la amistad.

La condesa de Adanero recibió también. Su palacio, ese gran palacio del paseo de Santa Engracia, se vió muy concurrido; sus monumentales salones se vieron muy animados, y en ellos, como en los de *La Huerta*, abundaron las flores. Con tantas simpatías como cuenta, era natural. Y asimismo fueron muy felicitadas otras aristocráticas Pepitas, como las marquesas de Manzanedo, Jura Real, Marzales, Rafal y Zarco; las condesas de Llovera y Sástago, y la señora de Ugarte, esposa del ministro de Fomento.

Entre los Pepes conocidos, uno de los más felicitados fué el duque de Valencia. Su palacio, un museo de obras de arte, se vió muy animado, y, como siempre sucede en aquella casa, las horas pasaron rápidas y dichosas. ¿Cómo pasarlo de otra manera entre aquellos cuadros soberanos, entre aquellas esculturas soberbias, entre aquellas amabilidades que los duques tienen para sus amigos? Los salones estaban todos encendidos; el teatrillo preparado, para su mejor efecto, como en noche de representación; el fondo del escenario lo cerraba un soberbio tapiz.

—¿Cuándo ofrece usted alguna fiesta, querido duque?

Y cuando íbamos a escuchar la contestación, otra felicitación que recibía le hizo callar.

—Mil enhorabuena, ilustre duque —le decían—. ¿Conque abuelo otra vez? Ya he felicitado a la duquesa.

En efecto; la joven señora de Narváez (una Macías casada con el primogénito de los duques, que también celebraba ayer su santo) acaba de dar a luz una nueva niña, y muy hermosa.

Y abandonamos el palacio dejando en él a muchos amigos: las dos duquesas de Noblejas, la marquesa y el marqués de Benicarló, la marquesa de Zornoza, la de Cartago, la señora de Díez Martejín, la condesa y el conde de Casal, la condesa y el conde de Mayorga, los vizcondes de Roda y su hija Carmen Jordán de Urriés, la marquesa de Garcillán, los marqueses de Oquendo, el ministro de Instrucción pública y las señoritas de Esteban Collantes... algunos más.

Y allá quedaron aquella escultura ecuestre del general Narváez, aquel retrato de la marquesa de Espeja pintado por Madrazo...

El obispo de Madrid, el duque de Tamames, el de Zaragoza, Baeza..., todos fueron muy felicitados. Y otro más que aún no ha llegado a ser Pepe porque todavía — felizmente para él — no ha dejado de ser Pepito. Me refiero a Pepito Canalejas, aquel gran amor de aquel gran hombre que ayer también hubiera estado *de días* si la infamia de una mano criminal... Muchos amigos de aquel estadista insigne, que lo son, por tanto, de su viuda y que también lo son de Pepito, acudieron a felicitarle. Y entre ellos estaba ese gran artista del cincel que se llama Mariano Benlliure y que, por cierto, acabó ayer un espléndido busto en mármol de la duquesa de Canalejas para brindárselo a Pepito en recuerdo de su insigne padre. Porque...

Porque este busto de la hoy duquesa de Canalejas era un ferviente deseo del ilustre don José. La víspera del atentado, por la tarde, se comenzó la obra. Al día siguiente había de continuarse; pero... no se continuó. España entera sintió un sacudimiento de indignación, anegando de llanto su alma nacional.

Para el busto, para esta obra de Benlliure, como suya una filigrana, fueron las últimas palabras que se cruzaron entre el presidente y su esposa.

—María—le dijo—. Vístete pronto y vete a casa de Mariano. Deben aprovecharse las horas de sol.

Y se fué a despachar con S. M. para luego presidir el Consejo de Gobernación... que ya no presidió.

Ante duelo tan hondo la viuda renunció a seguir la obra; pero recientemente, no ella, sino el artista, ese gran artista de tanto corazon como talento, fué el que dijo a la duquesa:

—Vamos, María, a continuar esa obra, en la que mi gran amigo tenía tanto interés. Y vamos a continuarla, porque yo se la ofrezco a Pepito en el día de su santo, en recuerdo de usted y en memoria de su padre.

Y allí, en el salón-rotonda de la casa junto al busto en bronce de Canalejas, hecho por el mismo Benlliure, será colocado este otro de la duquesa, en mármol, y en el que el artista genial ha puesto el sello de su acierto insuperable.



Doña Maria Bernar de Allendesalazar.

(Fot. Kaulak.)

Charlas de salón.

La señora de Allendesalazar. En la Embajada de Inglaterra. Viñuelas. Otras noticias.



CHARLAMOS?

—Cuanto usted quiera.

—Pues comencemos entonces por dedicar nuestras primeras palabras a una dama ilustre que acaba de fallecer en la madrugada de hoy.

—¿Su nombre?

—María Bernar de Allendesalazar, la señora de Allendesalazar, como habrá usted leído mil veces, porque su nombre figuró siempre en toda obra de patriotismo y de caridad, Ella, tesorera de esta institución, presidenta de aquella otra, secretaria de la de más allá, y siempre de buen grado y encantada de trabajar por España y por los desvalidos.

—Gran corazón, entonces.

—No lo sabe usted bien. Y además una esposa modelo y una madre amantísima. ¡Pobre viudo! ¡Pobres hijos! ¡Cómo tendrán su corazón en estos momentos viendo al ser querido quieto y quieto, impávido a toda caricia, insensible a toda ofrenda de amor! ¡Ella que fué tan cariñosa! Frecuentó mucho los salones aristocráticos, donde se la profesaba gran afecto, y cuando fué *ministra* de Estado en su casa se celebraron muchas comidas diplomáticas y algunas brillantes recepciones.

—Elevemos por su alma una oración.

— Que ha de ir al cielo derecha. Y a su viudo, y a sus hijos, y a su hijo político, don Manuel González Hontoria, ex subsecretario de Estado, dediquémosles nuestros pésames muy sinceros por duelo tan grande.

—Después...

—Como esta charla recoge los ecos de la vida de sociedad, desde esta nota triste que ya hemos consignado, como si hubiésemos puesto un puñado de flores a los pies de la muerta con nuestro justo sentimiento, pasaremos a la Embajada de Inglaterra, donde se ha celebrado una comida íntima, porque no son los momentos propios para fiestas solemnes.

—Y los comensales...

—Fueron muy contados. Con sir y lady Hardinge sentáronse a la mesa el embajador de Francia, M. Geoffray; el ministro de Suecia y la baronesa de Falkenberg, la marquesa de Bolaños, el consejero de Francia y Mme. Vieugué, el secretario de la Embajada de Italia, señor Montagnini; el de la de Inglaterra, Mr. Phipps; el de la Legación argentina, señor Moreno, y mistress Williams.

—¿Mistress Williams?

—Sí; es una dama que está pasando una temporada con los embajadores de Inglaterra. Su marido es un brillante oficial inglés, que, como buen patriota, presta su servicio en la guerra. Y como nota simpática, le añadiré que ha nacido en Jerez y que habla el castellano, con un salado acento andaluz, tan bien como el inglés.

—Es curioso.

—Terminado el banquete acudieron a la Embajada muy escasas personas, entre otras el embajador de Italia y la condesa de Bonin-Longare, mistress Phipps y el ex ministro señor Osma. No hay que decir que hubo sus partiditas de *bridge*. Se supone. Pero sí hay que decir que el diplomático argentino señor Moreno, que además de diplomático es un gran aficionado a la música, y a veces autor de inspiradas composiciones, ejecutó en el piano algunas de sus obras.

—Todo en *petit comité*.

—Y quizás por eso todo en tono de mayor afecto.

—Ahora...

—Añadiremos que el día de ayer—buena entrada de primave-

ra!—no se prestó para las excursiones que los domingos suelen emprender a Viñuelas algunos amigos de los duques del Infantado. Los marqueses de Santillana pasan una temporada en esta soberbia posesión cercana a Madrid que se llama *Castillo de Viñuelas*, y los domingos reciben íntimamente a los que van a saludarles. Es una hermosura. La casa, espléndida; el campo, una delicia. Apenas se penetra en la finca se ven en alegre correría las manadas de gamos, que ya no se asustan de los automóviles. Y después de tomar el té, en unos minutos se regresa a Madrid. Entre otras personas, estuvieron el domingo pasado la marquesa de Squilache y los marqueses de Santa Cruz.

—Mañana, día *de días*: santo de la marquesa de Peñafiel y del cardenal primado, señor Guisasola.

—Veo que ha cambiado usted de tema. También lo cambio yo para añadirle que en San Sebastián se ha celebrado el enlace de la hija tercera de la condesa viuda de Peñafiorida—Consuelo Mendizábal—con el ingeniero don José de Arteaga y Ayala; que los marqueses de Mos se han trasladado desde Vigo a Londres, y que para esta última capital han salido anteanoche la duquesa de Santoña y su hermano el duque de Peñaranda, conde del Montijo.

—Y la teniente aya del príncipe de Asturias...

—Cierto. Con ellos marchó también la condesa del Puerto, que en un colegio de Londres tiene a su hijo Alvaro, y a verle va.

—Y se acabó.

—Se acabó por hoy. Veremos cuándo damos una enhorabuena a una bella dama que va a ser titulada.

—¿Bella?

—Bella y rubia. Va mucho a sociedad y está muy bien emparentada. Será marquesa. Marquesa de Diezma, si no me engaño; marquesa también de la Hinojosa, si no me vuelvo a engañar.

—Bella... rubia... con un apellido florido... Ya voy cayendo... Ya voy cayendo.



El triste acto del entierro del cadáver de la señora de Allendesalazar, constituyó una sentidísima manifestación de duelo. En ella se exteriorizaron la estimación y las simpatías que la bondadosa dama gozaba en la sociedad de Madrid.

Pocas veces se ve reunida en estos actos concurrencia tan grande. Numerosas

personalidades de todos los partidos políticos y de la sociedad, Grandes de España, diplomáticos, académicos, senadores y diputados, acudieron a rendir este homenaje de duelo a la finada y de consideración y simpatía a su esposo, el distinguido ex ministro don Manuel Allendesalazar, y a sus hijos.

El cadáver de la virtuosa dama, encerrado en féretro de nogal con herrajes de plata, fué bajado en hombros por los servidores de la casa, y depositado en una carroza tirada por cuatro caballos.

Precedían a ésta, al ponerse en marcha la comitiva, el clero parroquial, con cruz alzada, y dos filas de porteros y ordenanzas de la Compañía Arrendataria de Tabacos, con lachas encendidas.

Seguían Juego las dos presidencias de duelo.

La primera estaba formada por el secretario particular de S. M. el Rey, don Emilio María de Torres, que ostentaba la representación del Soberano; el conde de Agullar, representando a la Reina Doña María Cristina; el duque de la Victoria, por el infante don Fernando; el marqués de la Mesa de Asta, por el infante don Carlos; el señor Creus (don José María), por la infanta doña Isabel, y el señor Moreno Abella, por el infante don Alfonso.

En la segunda presidencia iban los obispos de Madrid-Alcalá y Segovia, el ex presidente del Consejo don Antonio Maura, subsecretario de la Presidencia, marqués de Santa Cruz, en representación del jefe del Gobierno, señor Dato, que a la misma hora estaba despachando con S. M. el Rey; el hijo político de la finada, ex subsecretario de Estado señor González Hontoria; el hermano, conde de Bernar; el director espiritual, el conde viudo de Albiz y el señor Landecho.

La concurrencia, como antes decimos, era numerosísima, y la lista completa ocuparía un gran espacio. Recordamos algunos nombres.

Figuraban en el cortejo los ministros de Estado, Gobernación, Hacienda, Guerra, Gracia y Justicia y Fomento; el ex presidente del Consejo señor conde de Romanones; el presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; el capitán general marqués de Tenerife, y los subsecretarios de Estado, Gobernación e Instrucción pública.

También asistieron el gobernador civil, señor Sanz y Escartín; el gobernador del Banco, señor Domínguez Pascual; alcalde, señor Prast; director general de Seguridad, señor Méndez Alanís; el de los Registros, señor Jorro y Miranda, el de Correos y Telégrafos, señor Ortuño; el ministro de Suiza, señor Mengotti; los ex ministros señores Rodríguez San Pedro, marqués de Figueroa, Sánchez de Toca, marqués de Pílares, Ferrándiz, Navarro Reverter, Arias de Miranda, Alonso Castrillo, Gullón (don Pro), Barroso, Osma, Luque, Calbetón, Aznar, Pérez Caballero y Alvarado;

Generales Bascaran, Macías, Calonge y Martínez (don Justo); duques de Sessa, Torres, Montellano, Nájera, San Fernando y Medina de las Torres; marqueses de Portago, Torrelaguna, Barzanallana, Cortina, viudo de Mondéjar, Rozalejo, Santa María de Silvela, Cerralbo, Aulencia, Santa Cristina, Gerona, Ibarra, Romana, Castromonte, Pidal, Donadio, Grigny, San Vicente, Teverga, Hoyos, Cayo del Rey, Távara, Pons, Argüelles, Toca, Algara de Gres y Valdeiglesias;

Condes de Cerragería, San Luis, Guenduláin, Unión, Sepúlveda, Pie de Con-

cha, Peñalver, Aybar, Superunda, Villamonte, Sástago, Conquista, Eril, Caudilla, Venadito, Alpuente, Campo de Alange, Lascoiti, Campo Real, Scláfani y Maluque; Vizcondes de Eza y Roda;

Barones del Castillo de Chirel y de la Vega de Hoz, y

Señores Rolland, Bäuer, Mena, Zurano, Gamoneda, Alarcón, Silvela (don Tomás), Espada, Lastres, Santos y Fernández Laza, Betegón, Alvarez Guijarro, Cárdenas (D. R.), Fernández Victorio, Fabié, Goicoechea, Febrer, Pardo Balmonte, Gómez Ocaña, Pulido, García Patón, Tormo, Torres (D. J. L.), Pérez de Guzmán, Conde y Luque (D. R.), Bahía, Maura (D. F.), Angoloti, Lázaro Galdiano, Gullón (don Eduardo), Muñoz (don Buenaventura), Retortillo y Macpherson, Hergueta e Ibarra (dón Tomás).

El cadáver de la virtuosa dama recibió cristiana sepultura en el cementerio de la Sacramental de Santa María.

El señor Allendesalazar y sus hijos han seguido recibiendo numerosas manifestaciones de pésame por la irreparable desgracia.

Viernes de Dolores.

L de ayer fué viernes de Dolores. Las Lolas y Lolitas aristocráticas celebraron su santo, y aunque los salones madrileños no tuvieron la animación de otros años, tampoco faltaron residencias que se abrieran a la amistad.

La duquesa de Ahumada—una de las damas más ingeniosas de la sociedad aristocrática—recibió a sus amigos. Los saloncitos de su elegante piso bajo de la plaza de Santa Bárbara se vieron muy concurridos, y las flores y los presentes abundaron en ellos. Y es que esta «Doloritas»—como le llaman íntima, cariñosa y familiarmente sus amigos—cuenta con un caudal de simpatías.

La duquesa de Fernán-Núñez, los duques de Montellano, el marqués de la Torrecilla, la marquesa de Moctezuma, la condesa de Torre-Arias y sus hijos, los marqueses de la Mina y su hijo don Tristán, la duquesa de Parcent, las señoritas de Barrenechea, los condes de Vilches, el de la Cimera, los señores de Lastra y muchos más la felicitaron por tarjeta por no encontrarse en Madrid.

Y personalmente Piedita Iturbe, la duquesa de Plasencia, las marquesas de Squilache, Ahumada, Valdeolmos, Mina, Santa Cruz y Viana; las condesas de Torre-Arias, viuda de Peña-Ramiro y San Félix; la condesa del Fresno y la señora de Peñalver.

Otros años, por la noche, solía recibir otra Lola aristocrática, que ocupaba puesto preferente en el gran mundo: la condesa de

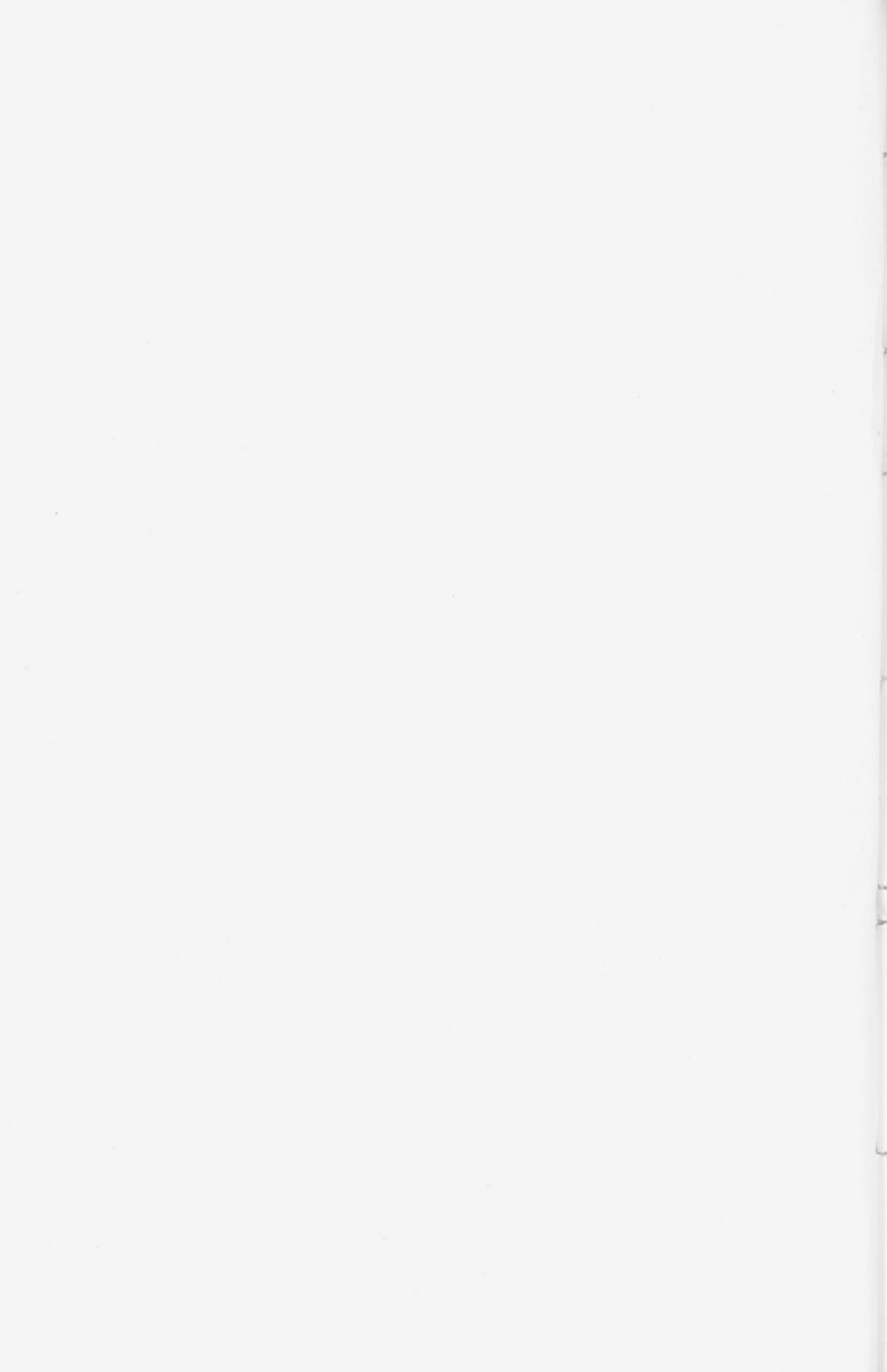
Torre-Arias. Pero ayer no recibió a sus amistades, dejando todas sus tarjetas en el elegante hotel de la calle de Almagro, al que también fueron enviadas muchas cestas de flores.

Por el contrario, abriéronse los de la condesa viuda de Vilana y admiráronse de nuevo los salones recientemente restaurados de su hotel de la calle de Nicasio Gallego. Fueron muchos los amigos que acudieron a felicitarla, y como entre ellos los había *bridgistas*, pronto se organizaron animadas partidas.

La señora de Beistegui, Mery Vadillo, la duquesa viuda de Bailén... Todas fueron muy felicitadas, recibiendo vivas manifestaciones de simpatía.

Y asimismo dejáronse tarjetas en el palacio del duque de Santo Mauro, porque el mayordomo mayor de la Reina Victoria estaba *de días*.

ABRIL - 1915



En honor de un académico. Un almuerzo. En casa de los señores de Sarthou.

LOS amables señores de Sarthou, para quienes la amistad es un culto fervoroso, queriendo testimoniar su cariño al ilustre ex ministro don Juan Navarro Reverter con motivo de su reciente ingreso en la Real Academia Española, celebraron ayer, en obsequio del nuevo académico, un espléndido almuerzo. Y en aquel comedor de su elegante casa, llena de recuerdos unidos a la vida económica de España, entre la plata repujada que brilla en sus muros y ante las flores que adornaban la mesa—rosas y claveles que, naciendo en la gran araña de bronce, caían hasta el mantel en guirnaldas diversas—, tomaron asiento los comensales, que eran, por su calidad, representantes ilustres de las distintas manifestaciones de la vida española.

Política, Aristocracia, Ciencia, Letras, Historia... de todo había entre los reunidos; y como suprema representación de España estaban allí unas cuantas damas de las que pregonan por su alma y por su cara la tierra en que nacieron.

La señora de Sarthou tenía a su derecha al presidente del Consejo de ministros, don Eduardo Dato, y a su izquierda a don Juan Navarro Reverter; el coronel Sarthou se sentaba entre las señora de Dato y la condesa de Romanones, siendo los demás comensales, la hija de los señores Sarthou, marquesita de Selva Alegre; el jefe del partido liberal, conde de Romanones; la condesa de Alcubierre

y su hija la marquesita de Espinardo; el obispo de Madrid y académico de la Historia, señor Salvador y Barrera; el ex presidente del Consejo de Estado y caballero del Toisón don Alejandro Groizard, el ex ministro de Marina don Amalio Gimero y su señora, el director de la Guardia civil y la generala Luque, la marquesa y el marqués de Torrelaguna, el duque de Lerina, los académicos de la Española don Juan Vázquez de Mella y marqués de Gerona, el senador don Juan de Ortueta y el diputado a Cortes por Morella don Luis Esteban y Fernández del Pozo.

Impreso en elegantes cartulinas, que se ilustraban con preciosos grabados, aparecía el selecto *menú*, que fué servido en una hora por el orden siguiente:

Consomé a la Regencia.
Huevos escalfados a la Nérac.
Salmón a la Real.
Sillas de ternera a la archiduque.
Jamón de York a la española.
Aves del Mans asadas.
Ensalada rusa.
Helado Juana de Arco.
Tarta siciliana.
Chester cake.
Postres.

Amenísima, variada, ingeniosa y siempre interesante fué la conversación mantenida durante el almuerzo. ¿Cómo había de ser de otro modo siendo los comensales los que eran? Así, pues, los temas se sucedieron rápidos, sin llegar al de la política.

El jefe del Gobierno, que llegaba de haber asistido con S. M. al acto de imposición de las cruces al ingeniero señor Santa María y y al capataz o jefe minero señor Fuelle (los que permanecieron once días en el fondo de la mina), se mostraba satisfechísimo de la solemnidad del acto. Y con su característica bondad decía:

—Yo, señores, confieso que lo he presenciado con viva emoción.

Y elogiando el valor de los dos supervivientes elogiaba el discurso que leyó S. M., realmente de un admirable y sereno patriotismo. Que así lo siente el Rey.

Don Juan Navarro Reverter, que es un *causeur* encantador, llevó gran parte de la charla con la sutileza de su ingenio; y los

demás reunidos... ¿qué decir de los demás si están citados sus nombres y en ellos está el mejor y más fiel de sus elogios? Pero lo que más se veía en aquel ambiente era la amistad que los congregaba a todos, esa amistad que disfruta viendo el presente, pero que goza más aún recordando el pasado; por eso aquel almuerzo recordaba el cariño que el don Juan Navarro Reverter de hoy profesaba al marqués de Torrelaguna de ayer, padre de los señores de Sarthou.

Por diversas causas, todas muy atendibles, todas muy justas, se excusaron tres invitados. Y los tres ex ministros: Burell, Gasset, Echegaray. Pero aunque no estuvieron en persona, allí se los tuvo en espíritu. Así, por lo menos, lo pedía el glorioso autor de *El gran galeoto* en una brillante carta que le escribió al señor Sarthou. «Este pícaro estómago—escribía—no quiere ser bueno; este catarro que padezco no me quiere dejar; esta vista mía dice que ya no quiere ver...» Con emoción leímos aquellas líneas.

En la galería, donde hay cuadros muy hermosos, se sirvió el café a las señoras; en el despacho—donde luce, entre otras obras de arte, un hermoso retrato de la marquesa de Guad-el-Jelú, madre del señor Sarthou, espléndida representación de la arrogancia y la belleza españolas—se le sirvió a los caballeros mientras se encendían los habanos.

Recordando fechas decían algunos:

—¡Cómo pasa el tiempo!

Y la misma frase hubimos de repetir cuando se nos ocurrió mirar el reloj.

Tan rápidas pasaron las horas entre las atenciones de los señores de Sarthou y de la marquesita de Selva Alegre.



Doña Manuela Díez Bustamante, viuda de Gallo.

Doña Manuela Díez Bustamante, viuda de Gallo.

Nos enteramos con verdadero sentimiento de esta otra noticia tristísima: la muerte de la señora viuda de Gallo.

—Si hay damas con simpatías—oímos decir—ésta es una.

Y quien así afirma tiene razón porque sólo simpatías puede y debe conquistar quien posee un corazón noble, un alma generosa, una bolsa espléndida. ¡Ah, la bolsa de la señora viuda de Gallo! Nunca se cerró al eco de dolor que llegaba hasta ella; jamás permaneció impasible ante las necesidades que llegó a conocer.

—Mire usted, señora, que yo... que mi mujer... que mis hijos...

—Vaya, vaya—respondía—, consolemos al triste, que así lo manda Dios.

Y la limosna brotaba inmediata de sus manos.

Frecuentaba mucho la sociedad aristocrática, y eso que desde la muerte de su hijo, que la produjo incurable dolor, ella no era la misma. ¡Ah, aquel hijo adorado!... Pero aunque no concurría con aquella frecuencia, solía vérsela en sociedad, elegantísima, y presta siempre a ayudar toda fiesta benéfica que se iniciara, porque la desgracia no llamaba nunca en vano a su puerta.

—¿Qué se organiza ahora?—solía preguntar.

—Pues ahora, este beneficio para este asilo o para este centro, o para los pobres de tal parroquia.

—Bueno, pues contad conmigo.

Y al día siguiente pedía un palco y daba por él diez veces su valor, es decir, diez veces su precio, que es distinto.

Y así siempre.

Ahora mismo, para el Grupo escolar del distrito del Congreso, al que ella pertenecía, ha dejado una cantidad que su hija, la marquesa viuda de la Viesca de la Sierra, entregará a la marquesa de Squilache.

Su muerte ha sido muy sentida; tenía que serlo.

Y nosotros, que tomamos parte en ese duelo, le ofrecemos a su hija, hoy hija única, nuestro pésame más sentido.



Boda de la señorita Rosario Comyn, hija del conde viudo de Albiz, con el marqués de Santa Cruz de Rivadulla.

(Fot. Marin y Ortiz.)

Una boda. La señorita Rosario Comyn y el marqués de Santa Cruz de Rivadulla.

N la parroquia de San Jerónimo el Real, bellamente adornada con tapices, plantas y flores, se celebró ayer el enlace de la encantadora señorita Rosario Comyn y Allendesalazar, hija del conde de Albiz, con el joven teniente de Artillería marqués de Santa Cruz de Rivadulla, hijo de la condesa viuda de Revilla-Gigedo.

Si recientísima desgracia—la muerte de la ilustre señora de Allendesalazar, tía de la novia—no hubiese impuesto el luto en la familia del conde viudo de Albiz, este enlace hubiese constituido una brillante nota en la vida de sociedad por las muchas amistades que tanto los Albiz como los Revilla-Gigedo cuentan entre la aristocracia española; pero así y todo, el artístico templo de los Jerónimos se vió muy concurrido por distinguidas personas que a él acudieron para, después de presenciar la ceremonia, felicitar cariñosamente a los nuevos esposos.

El conde viudo de Albiz, padre de la novia, y la marquesa de Canillejas, condesa de la Vega del Sella, apadrinaron la unión, en la que figuraron como testigos, por parte de la linda desposada, que ayer realzaba su belleza con las galas de su primoroso y sencilló vestido blanco, el ex subsecretario de Estado don Manuel González Hontoria, don Luis Landecho, el conde de Albiz y don Eusebio de Calonge, y por parte del novio, el ex ministro marqués de Figueroa, el mar-

qués de Canillejas, el conde de Revilla-Gigedo y don José Ramírez de Haro, todos de uniforme.

Entre la concurrencia estaban las duquesas de Luna, Valencia y Sotomayor; marquesas de Urquijo, Frontera, Cenía, Castelar, Someruelos, Pidal, Castellfuerte, Santa María de Carrizo, Somió y Berna; condesas de Albiz, Revilla-Gigedo, Sallent, Finat, Torre-Arias, Belascoaín, Chacón, Serrallo, Casa-Puente, Aguilar y Sástagó; señoras y señoritas de Canillejas, Maturana, Armada, Bernaldo de Quirós, Argüelles, Casas, Guillasas, Silvela, Patiño, Bertrán de Lis, Estabella, Calonge, Esteban Collantes, Fernández-Hontoria, Sanz y Magallón, Fernández de Córdoba, Lerrundi, Castelo, Méndez de Vigo, Caro, Núñez de Prado, Sanchiz, Bascaran, Landechó, Allendesalazar, Cabanillas y algunas más.

Solamente para las personas de las familias de los novios fué servido en casa del conde viudo de Albiz un almuerzo en mesitas.

Su Majestad el Rey envió ayer mismo al novio unos preciosos gemelos de zafiros y brillantes. El Monarca le remitía aquel obsequio con una tarjeta suya, en la que cariñosamente se leía: «A su amigo y compañero». Y es que en estas frases recordaba el Soberano, con una sencilla y afable gentileza, que el hoy marqués de Santa Cruz de Rivadulla fué ayer uno de los aristocráticos niños que pasaron con él toda su infancia jugando a diario, ya en los regios salones del Alcázar, bien en los reales jardines del Campo del Moro.

Los marqueses de Santa Cruz de Rivadulla—sean muy felices—salieron ayer mismo para La Granja. Desde allí se trasladarán a Barcelona y luego a Baleares, en donde fijarán su residencia por tener allí su destino el joven artillero.



La marquesa viuda de Villalobar.

La marquesa viuda de Villalobar.

UN verdadero sentimiento ha causado ayer en la sociedad madrileña la muerte de la marquesa viuda de Villalobar, madre de nuestro ministro en Bruselas y hermana de la marquesa viuda de Hoyos, tan querida entre nuestras clases aristocráticas. Con cristiana resignación sobrellevó su desgracia la ilustre dama muerta ayer.

Confortada con el cariño de los suyos y con los auxilios espirituales, ha dejado de existir esta dama bondadosa, que supo lo que fueron grandezas sin cuento y dolores amargos de la vida.

Era hija del primer marqués de Vinent y de doña Ana O'Neil, de la Casa irlandesa de los condes de Tirone; su esposo era hermano del difunto duque de Rivas, y son sus hijos, don Rodrigo, poseedor del marquesado de Villalobar y representante de España en Bruselas; don Alonso y don Antonio de Saavedra.

Frecuentó mucho los salones aristocráticos en los tiempos de su esplendor; pero desde hace algunos años vivía retirada de la vida mundana, con el pensamiento fijo en Dios y en sus caridades.

Descanse en paz la ilustre dama, y reciban sus hijos, y su hermana especialmente, y todos los suyos, la viva expresión de nuestro pésame.



El entierro de la respetable señora doña Valentina Vinent y O'Neil, marquesa viuda de Villalobar, verificado esta tarde, ha constituido una expresiva manifestación de duelo de la sociedad de Madrid.

El cadáver, encerrado en severo féretro negro, fué conducido al cementerio de la Sacramental de San Isidro en una carroza tirada por cuatro caballos.

Presidieron el duelo el director espiritual, el ex ministro señor Rodríguez San Pedro, el hijo menor de la finada, don Antonio Saavedra, y los sobrinos, marqués de Hoyos y don Antonio de Hoyos y Vinent.

Entre la numerosa y distinguida concurrencia figuraban el ministro de la Guerra, conde del Serrallo; el gobernador del Banco de España, señor Domínguez Pascual; el alcalde, señor Prast; el ministro de Bélgica, barón Grenier; los duques de Bivona y Vistahermosa, marqueses de la Torrecilla, Ribera, Santa Cristina, Muni, Gaviria, Miranda, Ahumada, Torneros, Mesa de Asta y Castromonte; condes de Cerrajería, Venadito, Maceda, Revilla-Gigedo, Scláfani, San Félix y Torata; barón de la Vega de Hoz, y señores Lastres, Elizaga, Llanos y Torriglia, Dorado (don Fernando), Roca de Togores (don Francisco), Torres (don Emilio), Castro, Padilla, Travesedo y muchos más.



La marquesa viuda de Villadarias.

(Fot. Franzen.)

La marquesa viuda de Villadarias.

CON la muerte, acaecida ayer en San Sebastián, de esta ilustre y virtuosa dama desaparece una figura interesante de la sociedad aristocrática.

Había sido en su juventud doña Carolina Taçón y Hewes una belleza soberana, que apenas hizo su presentación en los salones cautivó a todos, no solamente por su hermosura, sino también por su bondad y por su ingenio. Casó con el marqués de Villadarias, de la noble Casa de los Fernández de Henestrosa, que ostentaron también, entre otros títulos, el principado de Santo Mauro, y como este prócer habíase afiliado a la causa de Don Carlos, fué ella también figura principal en la Corte del Pretendiente.

Tenía éste en grande estima las altas cualidades y nobles virtudes de la ilustre dama, y más de una vez la confió el cuidado y compañía de doña Margarita. Durante los años de la guerra civil salió de España y se estableció en Pau; mas no dejaba de pasar largas temporadas en el palacio de los duques de Parma, unas veces, y otras, en Viarregio. Allí tuvo ocasión de tratar a todos los principales enlazados con las familias de Borbón y de Parma, que simpatizaban con la causa de Don Carlos, y mientras seguía con interés los trágicos episodios de la guerra civil, que destrozaba a España en su bondadoso corazón hallaban igual benévola simpatía las víctimas de una y otra causa.

Jamás salieron de sus labios acentos de odio para nadie, no; respetó todas las creencias, todas las simpatías, todos los afectos, hablando siempre con gran consideración de los adversarios del carlismo derrotado; esto ya no es poca virtud en quien acaso hubiese deseado otro triunfo; y cuando Don Alfonso XII, el ex alumno del Colegio Teresiano, de Viena, vino a instalarse en el trono de sus mayores y la anhelada paz puso fin a nuestras contiendas civiles, la marquesa de Villadarias volvió a Madrid y su salón fué durante muchos años, no el centro del carlismo, pues no fué nunca un salón político, mas sí el centro de un mundo heterogéneo y brillante, en el que se encontraban a menudo el aristócrata y el literato, el militar y el político, los que pelearon por la causa del Pretendiente y los que contribuyeron con sus esfuerzos a la restauración de la Monarquía reinante.

Rememorando cosas pasadas, liemos de recordar ahora las veces que en torno a la mesa de tresillo que presidía el hoy salón de la marquesa de Squilache, aparecían reunidas la marquesa de Villadarias—casi la camarera mayor de doña Margarita de Parma—, la marquesa de los Ulagares, que había figurado en la Corte de la princesa de la Cisterna, o sea la esposa de Don Amadeo de Saboya, Reina que fué de España, y el héroe de la Seo de Urgel, del Baztán y de Sagunto, el ilustre general Martínez Campos.

La marquesa de Villadarias, que sentía la sugestión que, al decir de sus partidarios, ejercía Don Carlos de Borbón en cuantos le trataban, hablaba, sin embargo, de nuestro joven soberano Don Alfonso XIII con un respeto rayano en la admiración. Ella no quiso nunca ejercer presión en las opiniones políticas de sus hijos, que, acaso dada la veneración que por su madre sentían, hubieran violentado sus naturales simpatías. No fué así, y hoy sus hijos—excepto el primogénito, marqués de Villadarias—son leales partidarios del Rey Don Alfonso.

La marquesa de Villadarias ha muerto como vivió: cristianamente, dando alto ejemplo de resignación, rodeada de sus hijos y de sus nietos.

Reciban su hija María, señora de Mazarrasa, y sus hijos, el marqués de Villadarias, el conde de Peralta y don Francisco Fernández de Henestrosa, la expresión del más sentido pésame.

MAYO - 1915

La marquesa de Squilache, enferma.

EL CASO en otro lugar de este número—escribía yo en el *Heraldo* del día que se señala—encuentren los lectores unas líneas dedicadas a la marquesa de Squilache y a la dolencia que padece. Cuando las escribimos, muy de mañana, la gravedad no existía ciertamente; los cuidados, como decimos, sí. Pero conforme ha ido entrando el día el estado de la paciente se ha empeorado mucho; tanto, que llega — a la hora de escribir estos renglones, siete de la tarde— a una alarmante agravación.

Se han celebrado varias consultas, se han diagnosticado muchas cosas; a la postre, el ataque gripal ha degenerado en bronconeumonía.

La enferma está inquieta, a ratos delira, otras veces la serenidad resplandece en su cerebro.

Su Majestad el Rey telefonó esta mañana a casa de la marquesa interesándose vivamente por su estado.

—Señora—le dijo Felicia, su doncella de confianza—: S. M. el Rey ha mandado telefonar preguntando cómo seguía la señora.

La marquesa de Squilache dejó helados a todos los presentes con su respuesta.

—Que telefonen a S. M.—contestó—agradeciéndole todo su cariñoso interés y diciéndole que, como buena cristiana que soy, me dispongo a bien morir.

Miró a todos y sus manos crisparon nerviosamente los pliegues de las sábanas.

Después telefonó al nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi.

— Que le digan de mi parte—dió orden— que si puede venir un momento se lo agradeceré mucho.

Y monseñor Ragonesi, que se disponía a salir de su palacio para asistir a la fiesta religiosa de la Diputación de la Grandeza, desvió su programa y acudió presuroso al palacio de la plaza de las Cortes.

Entró en el salón-dormitorio. La marquesa, después de besarle el anillo, le dijo:

— Monseñor: quiero despedirme de los que tan amables han sido conmigo.

— ¿Despedirse?—interrogó el nuncio.

— Sí, sí, despedirme. Sé que me muero.

Después deliró; su imaginación voló muy alto; sus labios pronunciaron no sé cuántas frases. Luego, serena ya, habló de su entierro.

— Quiero—ha dicho esta tarde—que me embalsamen; que a mi entierro, y no por boato ni por vanidad, sino para que vayan rezando por mi alma, asistan las hermanitas estas y los pobres aquellos y los asilados de aquí... y qué sé yo los nombres que citaba...

Son horas amargas las que allí se pasan escuchándola, oyendo de sus labios estas palabras, que ponen duelo en nuestro corazón, y congoja en nuestro espíritu, y lágrimas en nuestros ojos.

No hay tiempo de escribir más.

Ahora mismo termina la consulta celebrada por los doctores Tolosa-Latour, Grinda y Mata. Salen de ella muy desesperanzados. Sus caras lo dicen. Sus caras hablan. No hay mas que verlos para comprender que el estado de la marquesa de Squilache es gravísimo, gravísimo...

—Aguardaremos una crisis—han dicho—. Y...

Por el palacio de la plaza de las Cortes desfila todo el mundo: pobres, ricos, aristócratas, humildes, literatos, artistas...

Y todos ponen en los pliegos sus nombres y en sus labios estas palabras, sinceramente sentidas:

Salve Dios la vida de esta dama, ya que tantas vidas salvó ella con su caridad inagotable.



La marquesa de Squilache.

(Fot. Kaulok.)

La marquesa de Squilache. Una gran pérdida.



Ha muerto.

Nos resistimos un poco a creerlo. Nos parece que la vamos a seguir viendo en sociedad, en los salones, en su palacio, recibiendo amablemente al *todo Madrid* que a él acudía. Nos parece que la vamos a seguir admirando en esta presidencia, en aquella Junta, dando iniciativas, poniendo su esfuerzo, su bolsa, su inteligencia, su actividad, su corazón, su alma, su *toda ella* al servicio de todo propósito noble, de toda idea generosa, de todo sentimiento de bien, de caridad y de patriotismo.

Pero no, no la veremos más. Ha muerto. Y es que la Muerte, gran egoísta, llévase principalmente a los seres queridos, a los seres que valen, a los seres que proporcionan grandes beneficios en este o en aquel sentido. Y se ha llevado a la marquesa de Squilache, tan buena, tan leal, tan generosa, tan espléndida, tan popular, con esa popularidad que da el hacer diariamente el bien por su propia mano, sabiendo en quién recae el beneficio, conociendo el beneficiado al propio corazón que dicta aquel rasgo. No la veremos más. Su palacio, tan hidalgo, tan abierto siempre a todo el mundo, se ha cerrado para siempre; sus amigos la llorarán y la recordarán para siempre, porque el recuerdo que nos deja es de los que no se pueden olvidar.

Ha muerto. Para la sociedad aristocrática, para los pobres, para

Madrid, me atrevo a decir que para España, es un día de duelo. Porque el nombre de la marquesa de Squilache, sus rasgos y sus obras, no se quedaron solamente en la corte, sino que, traspasando los límites de la villa, llegaron a todas las provincias, a todas las comarcas, a todos los pueblos. ¿Dónde no se ha llorado alguna vez? Pues esas lágrimas fueron secadas, en parte por lo menos, por la ilustre dama que ha dado a la vida el último adiós.

¡Pobre marquesa y pobres de los que recibían su protección! Pierden con ella un ángel bueno. Y pierde la sociedad de Madrid su mantenedora más firme.



Era, realmente, todo corazón. No sabía estar contenta si antes no había beneficiado a los pobres. Y muchas veces, muchas veces, dos horas antes de comenzar en su casa una gran fiesta, enviaba a este asilo o a aquella casa de misericordia un sobrecito que contenía un donativo.

—¿No vamos nosotros a pasarlo bien?—decía—. Pues que los que no lo pueden pasar así que, por lo menos, lo pasen menos mal.

Y añadiendo un cariñoso «¡Pobrecitos!», daba orden de que el donativo llegase a su destino cuanto antes.

Era una mujer admirable. No nos ciega el afecto. Es la realidad misma la que con sus hechos nos habla. Sostenía el Asilo de Jesús de San Martín, tan limpio, tan claro, tan bello, tan lleno de sol. Y todos los días del año, que diluviase, que hiciese bueno, que nevase, que hiciese frío o calor, a las once y media de la mañana, invariablemente, con una puntualidad extraordinaria, un coche, que a veces era el suyo, otras un *peña*, otras un *simón*, se detenía en la calle de Alburquerque ante la puerta del Asilo. Era la marquesa que llegaba, vestida de negro, con un sombrero muy sencillo: con una modestia encantadora.

Sor Martina, la superiora, salía a recibirla. Y la marquesa, que observaba todo, que lo inspeccionaba todo, que todo lo hacía pasar por sus manos y por sus ojos, recorría el Asilo y luego bajaba al comedor, un comedor más limpio que el oro, con sus largas mesas dispuestas para unos 150 comensales.

—Son las doce menos cinco, señora marquesa—decíale la superiora.

Y la dama, que ya había cubierto su falda y casi su cuerpo con un albo delantal, decía:

—Pues que pasen.

Una puertecita pequeña que da a la calle se abría entonces y una larga fila de pobres que formaban cola en la acera iban penetrando respetuosamente y ocupando sus puestos. Sentados ya, el sacerdote bendecía la mesa y la marquesa llenaba los platos de comida, y ella misma los servía uno por uno. Y como estaba en todo, y se cuidaba de todo, y lo veía todo, solía decir:

—Ponerle otro plato a este ancianito, que parece que quiere repetir.

O esto otro:

—Darle otra naranja a este niño, que me parece que le gustan mucho.

Quien esto escribe sirvió muchas mañanas con la marquesa la comida. Después me decía siempre:

—Ahora que he dado de comer a ciento cincuenta hermanos nuestros, ya podemos comer nosotros.

Y por la noche nos reuníamos en su gran comedor, entre la plata repujada, aspirando el aroma de las flores, servidos por sus gallardos servidores.

¿Cómo olvidar las obras buenas de la marquesa de Squilache? ¿Y cómo recordarlas todas? Son incontables. Y, además, por lo múltiples, por lo varias, tienen que olvidársenos muchas, y más en estos momentos en que, pretendiendo recordar todas, agólpanse en nuestra memoria y en tropel.

Pero vive aún el recuerdo de su ayuda a los asilados del Hospicio, su cariño a los braceros sin trabajo de Motril, sus limosnas a los naufragos de San Sebastián y a los pobres de Andalucía, su ayuda, en una ocasión, de 25.000 pesetas, al Fomento de las Artes, sin contar otros donativos en otras fechas; su protección a los artistas, el premio que concedió cuando el centenario del Dos de Mayo, sus desvelos por la Cruz Roja, de la que era presidenta general; el monumento al cabo Noval como personificación del heroísmo del soldado español; los miles de postales y de gafas que envió al ejér-

cito de operaciones en Melilla, además de socorros a los heridos, cuando la campaña del 909... Y, además, su acción constante en favor del pobre organizando esta función, y aquella corrida, y una tómbola, y un baile, y este festejo, y aquel aliciente, siempre con el interés más vivo, con el celo más intenso, con la actividad más grande, con el sentimiento más generoso. Recuérdese también el Grupo escolar fundado por ella; recuerden los que recibieron beneficios lo buena que era, y Ilórenla.



Toda la familia real tuvo siempre por la marquesa de Squilache una gran simpatía. En su casa se rompió una tradición que se conservaba perenne. Las augustas personas no podían o no debían ir a casas cuyos dueños no fueran grandes de España. Y la marquesa de Squilache, que no lo era entonces todavía, vió que con ella no rezaba la tradición.

Una noche se celebró una gran fiesta—el 29 de Enero de 1909—; los salones se adornaban con flores, la servidumbre lucía sus casas galoneadas, cayendo sobre el rojo calzón, y una distinguidísima concurrencia acudió al palacio de la plaza de las Cortes. Vestía la marquesa aquella noche—lo recuerdo bien—un bello traje blanco cubierto de encajes de Inglaterra, entre los que fulguraban por su oriente varios hilos de perlas. Y acompañada de sus íntimos el capitán general marqués de Estella (que no se separa de la casa desde que cayó enferma), que era entonces ministro de la Guerra, y del entonces teniente general Azcárraga, á la sazón también presidente del Senado (y hoy enfermo asimismo, en lucha terrible entre la vida y la muerte), y de su deudo el marqués de las Atalayuelas, descendió por la suntuosa escalera, cubriendo sus hombros con blanca piel de armiño, para recibir a... a la infanta doña Isabel.

¿Era posible, no siendo la marquesa grande de España? Bien se vió que sí. Y a los acordes de la Marcha de Infantes su alteza real descendió de su carruaje y del ancho tapiz de la escalinata destacaba su egregia figura, que se reproducía luego en las lunas de los espejos de las mesetas.

Así entraron en los salones la augusta infanta de España—que

vestía traje blanco brochado de flores malva, adornando su garganta con un hilo de brillantes que es un collar histórico, puesto que fué un obsequio de Narváez a la infanta cuando visitó, con su augusta madre, su palacio de Loja—y la marquesa de Squilache, con los señores citados, con la marquesa viuda de Nájera y con el señor Coello.

La infanta había traspuesto los umbrales de la casa de la marquesa de Squilache. Se había roto la tradición.

Y nosotros nos acordamos en aquel momento de todas las obras piadosas que había hecho, de todas las necesidades que había remediado, de todas las magnanimidades de su alma, y dijimos para nosotros:

Sí, sí; la marquesa no es grande de España por decreto; pero lo es por su corazón.

Más tarde—porque todo suele llegar en la vida—lo fué también por Real decreto de S. M. El Rey seguía paso a paso la vida caritativa de la marquesa, su españolismo, su deseo, y sabía que merecía un alto honor. ¿Cuál? La grandeza de España. Y firmó el decreto. Y recuerdo que una tarde, cuando la marquesa se disponía a salir de su casa para dirigirse a su iglesia del paseo de Luchana, donde el nuncio de Su Santidad debía cantar un *Te Deum*—en el que predicaba el padre Calpena—por la terminación de la campaña de Melilla, un servidor de la marquesa entrególe una carta.

—Señora: esta carta acaban de traer de orden de Su Majestad.

—¿De Su Majestad?

—Así han dicho.

La abrió. La emoción se dibujó en su semblante, sus mejillas se ruborizaron, casi llegó a llorar de alegría. Volvió a leer la carta, y luego exclamó:

—¡Qué bueno es!

—¿Quién, marquesa?

—El Rey.

Aquella carta era del Rey, de puño y letra del Monarca, en cuyas líneas le decía que acababa de firmar el decreto concediéndole la grandeza de España como justo premio a sus acciones de piedad, de caridad y de bien en favor de todos los necesitados, y que quería ser él el primero en felicitarla al tiempo que le expresaba el placer que con la firma del decreto había experimentado.

¡Qué bueno es!

Allí lo comprendió todo la marquesa. Llegó a la iglesia, y las felicitaciones formaron un homenaje. Toda la sociedad de Madrid, allí reunida, estrechó su mano. Aquello era justo. Más tarde Su Majestad la Reina Doña Victoria la concedió el lazo rojo de dama; el Papa la condecoró con la cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*; el Rey, con la banda de Damas Nobles de María Luisa; Madrid, España, la habían condecorado ya con su respeto, con su cariño y con su admiración.



Con la muerte de la marquesa de Squilache desaparece una gran dama, la mantenedora más firme—lo hemos dicho—de la vida de sociedad, la que gustaba de reunir en su casa a todas las manifestaciones de la vida española: Aristocracia, Política, Banca, Milicia, Arte, Literatura, Prensa; todo, en fin, lo que significa y representa fuerza viva de la nación.

Sus salones fueron también diplomáticos. En ellos se reunieron en noches de fiesta diversos representantes extranjeros; alguna cuestión internacional quién sabe si se dilucidaría allí mientras unos jugaban al *bridge*, mientras la juventud bailaba... Y banquete hubo en el que sus comensales eran de tal categoría y número que hubiese podido celebrarse Consejo de ministros.

Para todos la muerte de la marquesa de Squilache es una gran pérdida. La sociedad madrileña lo ha de sentir mucho. La influencia de la marquesa de Squilache era decisiva; sus salones—como los de otros tiempos—eran centro de todos y de todo; su amabilidad y su hidalguía llevaban el sello de la raza. Socialmente considerada, su figura era gigantesca. De todos era amiga y todos la querían. Y decir que en la organización de tal beneficio o de tal fiesta intervenía o la presidía la marquesa de Squilache, era como apuntar un triunfo descontado y grande.

¿Qué salones quedan ahora en Madrid donde a diario se rinda culto a todo lo que tiene una representación cultural? Con la marquesa de Squilache muerta se cierran unos que eran clásicos y típicos.

Gran amiga de sus amigos, hasta última hora ha sabido demos-

trarlo. Murió hace días el subgobernador del Banco Hipotecario, don Luis Fernández de Heredia, con quien le unía antigua amistad, y quiso rendirle el último tributo de su afecto velando su cadáver.

Por la mañana, después de haber cumplido el piadoso deber que ella se impuso, se retiró a su casa indispuesta. Se acostó. Pero a las dos horas hubo de levantarse para cumplir otro deber, y fué a su Asilo de San Martín para servir su comida a los pobres. Así lo hizo, y regresó a su casa, peor; tanto, que tuvo que meterse en el lecho seguidamente. Y no se ha levantado más. Únicamente lo abandonó unos segundos en el momento en que le dieron el Santo Viático. Cuando el sacerdote penetró en el dormitorio la ilustre dama se incorporó.

—¿Qué vas a hacer, Pilar?—le dijeron sus parientes que la cuidaban.

—Arrodillarme—respondió ella serenamente—. Yo no puedo recibir al Señor mas que de rodillas.

Y así lo hizo. Puso sus dos rodillas en el suelo y comulgó.

En estos días de enfermedad ha sufrido mucho. Pero ya no sufre; ya descansa para siempre esta ilustre señora, que tenía un espíritu como pocos de firme, como pocos de animado, a pesar de sus setenta y siete años. Y ha muerto tranquila, en la paz de Dios y de la Humanidad, sin enemigos ni adversarios, sino aureolada de todos los cariños, de todas las admiraciones y de todos los respetos.

Por nuestra pluma, emocionada, enviamos pésame muy sentido y muy sincero a todos sus deudos, a todos sus amigos, a la sociedad aristocrática y a los pobres, los pobres sin hogar y sin recursos, que fueron el gran amor de la marquesa cuya pérdida lloramos todos.



La traslación del cadáver de la marquesa de Squilache al Asilo de Jesús de San Martín, verificada esta tarde, constituyó una imponente manifestación de duelo.

En el acto de hoy se han visto confundidos diplomáticos, políticos, aristócratas, literatos y artistas con desvalidos de la fortuna, que no han querido dejar de rendir este último tributo a la caritativa dama, que fué para ellos una verdadera Providencia en sus horas de angustia.

El palacio de la plaza de las Cortes ha sido un constante desfile de personas necesitadas. En las listas colocadas en la portería, los agradecidos, los admiradores de la noble señora, ponían sus firmas al pie de sentidas frases de dolor.

«Dios la tenga en su gloria. Hoy estamos de luto todos los pobres»—se leía en una.

«Personas como la señora marquesa no se debían morir jamás. ¡Qué bien abiertas habrá encontrado las puertas del Cielo!»—decía otra.

Y algunas más, recogidas al azar: «El cabo de Barbaastro, inútil por la guerra, José Puchol»; «Un pobre a quien socorrió»; «Un subalterno de Instrucción pública»; «La imprenta del Asilo de Jesús»; «Tomás Sanz y María Verdugo, padres de la niña Julieta, recogida por la señora marquesa»; «Un admirador de su generosidad», y así, unas y otras, todas expresando su profundo pesar, su intenso sentimiento por la irreparable pérdida.

Es, en verdad, hermoso y consolador dejar tras de sí esta aureola de sincera gratitud.

Así resulta que esta tarde, al ponerse en marcha el fúnebre cortejo, el público que invadía los alrededores de la casa no pudo contener su emoción. Los hombres se descubrieron respetuosos y algunas mujeres prorrumpieron en sollozos.



Hasta las doce de la mañana estuvieron diciéndose misas en la capilla ardiente por los sacerdotes de la parroquia de San Jerónimo.

Los alabarderos continuaron dando la guardia de honor al cadáver hasta el último momento.

Poco después de las dos comenzaron a acudir a la casa mortuoria los amigos íntimos de la casa, que habían de asistir luego a la traslación de los restos.

Pronto los amplios salones del palacio—aquellos salones que no ha mucho esplendían en magníficas fiestas—se vieron completamente llenos.

A las tres se dispuso la salida del féretro.

El momento fué altamente emocionante. Las damas, de rodillas, lloraban; los caballeros abrieron paso a lo largo de los salones, y el piquete de Alabarderos formó en el vestibulo.

Los cuatro fieles criados de la marquesa, Andrés, Juan, Carlos y José, vestidos con las libreas de gala de la Casa, y ostentando brazales negros, fueron designados para sacar en hombros el féretro. Los muchachos acogieron la invitación con íntima satisfacción. Era una ocasión más que se les brindaba de hacer resaltar su agradecimiento a su señora.

Sinceramente emocionados tomaron el féretro, y con él en hombros cruzaron por las ricas estancias entre un profundo silencio.

El féretro era de ébano liso, con herrajes de plata. En la tapa aparecía un sencillo Crucifijo de marfil.

Precedidos por el clero bajaron los criados por la amplia escalera, a cuyos lados se extendían numerosos niños de Asilos y Colegios, con velas encendidas.

Abajo, en el patio, aguardaba el landó de la marquesa, que había de conducir el cadáver.

Se había acondicionado el coche convenientemente, revistiéndolo de severos paños negros.

El antiguo cochero de la marquesa—el vicjo Lucas, que se hallaba a su servicio desde hace treinta y cuatro años—guiaba el tronco de caballos.



A la hora fijada se puso en marcha el fúnebre cortejo.

Marchaba, en primer término, el clero de la parroquia de San Jerónimo, con cruz alzada. Seguía el landó que conducía el cadáver, y que iba rodeado por hermanas de la Caridad, criados de la Casa y niños de los Asilos.

A continuación marchaban dos presidencias del duelo.

La primera la formaban el duque de Alburquerque, en representación de Sus Majestades los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria; el marqués de Marbais, por la Reina Doña Cristina; el marqués de la Mesa de Asta, por el infante don Carlos; el capitán Pulido, por el infante don Fernando; el conde del Real Aprecio, por la infanta doña Isabel, y el señor Moreno Abella, por el infante don Alfonso.

La segunda presidencia la componían el obispo de Madrid-Alcalá, el presidente del Consejo de ministros, los ministros de la Gobernación, Gracia y Justicia e Instrucción pública; el alcalde de Madrid, el duque de Hornachuelos, el marqués de las Atalayuelas, los condes de San Luis y de Romero, don Martín Rosales, don Alfonso de Borbón, el comandante de Caballería señor León y el teniente de alcalde señor Retortillo y de León.

Seguía a pte la numerosa concurrencia, que no quiso tomar los coches, á pesar de la lluvia que caía.

¿Cómo citar los nombres de todos los que figuraban en la imponente comitiva? Imposible. Recordamos algunos, sin embargo.

Recordamos a los embajadores de Italia y Rusia, conde Bonin-Longare y barón de Budberg; ministros de la Argentina, señor Marco Avellaneda; de Cuba, señor García Kohly, y del Japón, señor Arakawa; capitanes generales marqueses de Estrella y de Tenerife, presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; gobernador del Banco de España, señor Domínguez Pascual; ex presidente del Congreso señor Villanueva, ex ministros señores Cierva, Luque, Alvarado, marqués de Figueroa, Allendesalazar, Pérez Caballero, marqués de Pílares, Sánchez de Toca, conde de Albox, Gasset, conde de Sagasta, Alonso Castillo y Groizard; ex embajadores marqués de Villa-Urriutia y conde de Paredes de Nava, director general de Correos y Telégrafos, señor Ortuño; gobernador civil, señor Sanz y Escartín; presidente de la Diputación, señor Díaz Agero; presidente de la Audiencia, señor Ortega Morejón; ayudantes del ministro de la Guerra, en representación del conde del Serrallo, y subsecretario de Instrucción pública, don Jorge Silvela;

Duques de Béjar, Unión de Cuba, Valencia, Baena, Arión, Andría, Tovar, Alameda, Dúrcal, Sotomayor, Roca, Aliaga, Torres, Gor, Estremera y Victoria;

Marqueses de Torrecilla, Portago, Cerralbo, Martorell, Tamarit, Arellano, Santa Cristina, Vivel, Goicoerrotea, Frontera, González Castejón, Narros, Santa María de Silvela, Villabragima, Donadío, Gerona, Encinares, Salar, Castromonte, Bendaña, Guevara, San Miguel de Bejucal, Fuensanta de Palma, Berna, Canillejas, Riscal, Távara, Perinat, Oquendo, Najera, Miravalles, Zarco, Villamediana, Argüeso, Retor-